

Litoral

POESÍA CUBANA

LITORAL / EDICIONES UNESCO



litoral

Revista de la Poesía, el Arte y el Pensamiento

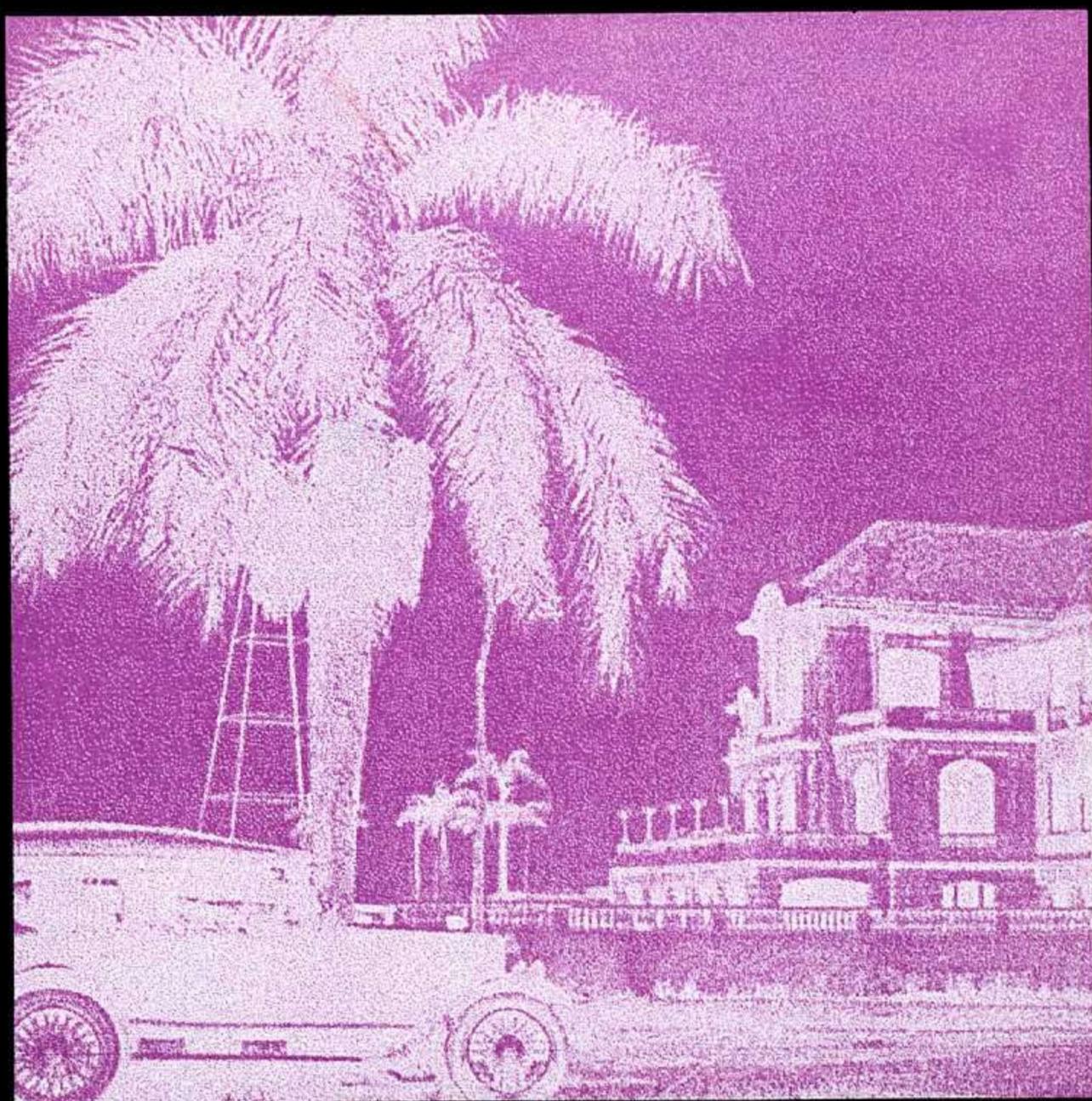


*Torremolinos - Málaga
Andalucía - España - Europa*

215-216



Con un mismo fuego
POESÍA CUBANA





Dibujo de Nicolás Guillén

COLECCIÓN UNESCO DE OBRAS REPRESENTATIVAS
ISBN Ediciones UNESCO: 92-3-30457-7

Litoral

Felipe Orlando



Con un mismo fuego
POESÍA CUBANA

selección
Aitana Alberti

LITORAL / UNESCO

MCMXCVII

SOMOS

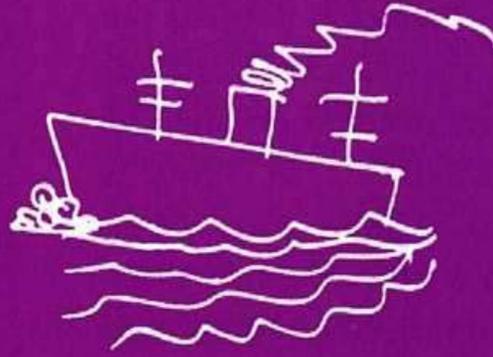
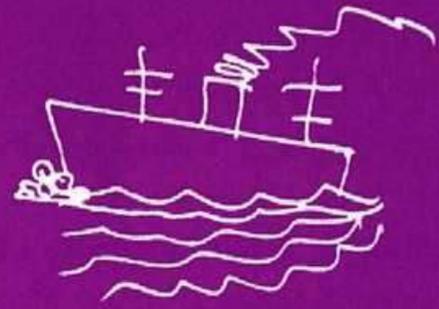
Somos ciertamente.

Somos por encima de las letras
amarillas de los cables
en esta isla luminosa
que anteayer fue construida.

Sómos aún con nuestros ojos llorosos
de rocío
con el puño y el defecto
y el error y el que no sabe
y el que sabe pero ha errado.

Somos por debajo de las débiles
sonrisas de las suaves mariposas
derrotadas. Somos siempre
en esta zona pequeñita que habitamos.

(Ser simplemente ser
es en este tiempo
y este paralelo
una amplísima victoria.)

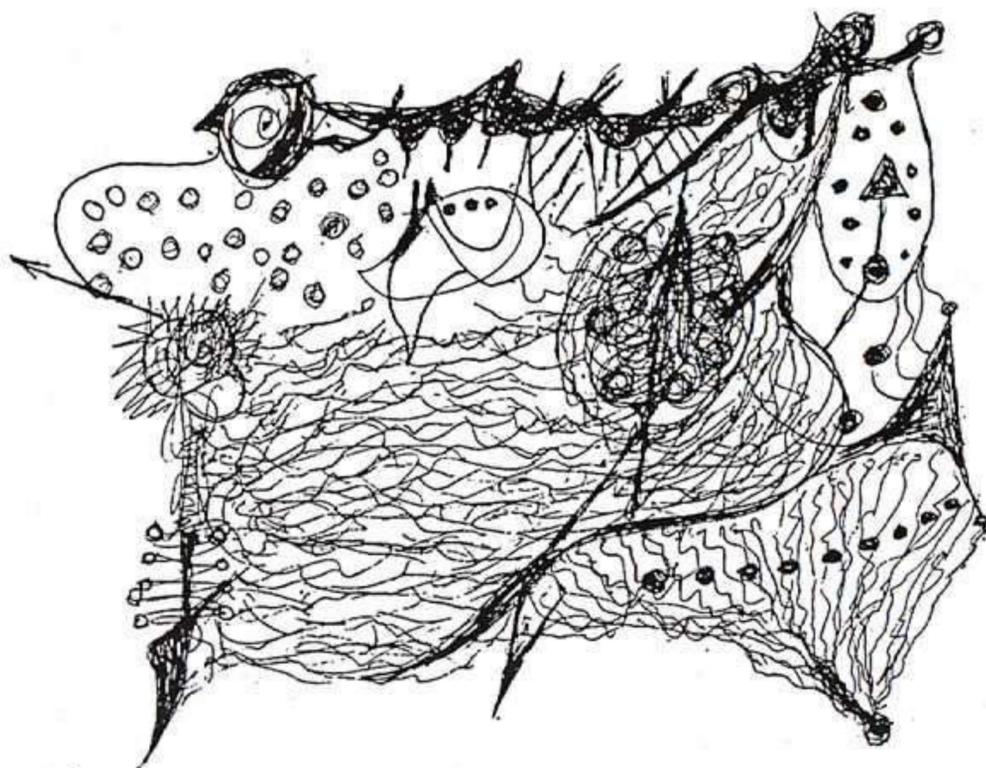


Dibujo de Nicolás Guillén

Apuntes sobre la poesía en la Cuba del siglo XX

Salvador Bueno

Director de la Academia Cubana de la Lengua



Dibujos de Felipe Orlando

Como consecuencia de la última etapa de las guerras de independencia iniciada en 1895, la ocupación del país por los Estados Unidos durante cerca de cuatro años y la frustración de la endeble república inaugurada en 1902, la producción poética, salvo muy pocas excepciones, ofrece un panorama desolador. Muestra significativa testimonio el volumen colectivo *Arpas cubanas* (1904) que contiene autores de varias generaciones. En su prólogo, Aniceto Valdivia «Conde Kostia», andaba errátil en la revuelta maraña. Entre los más jóvenes son escasos los que utilizan procedimientos de la nueva poesía, el modernismo, menos lo que siguen a Julián del Casal (1863-1893), ninguno a José Martí (1853-1895), entregando a veces tímidos logros. Prevalcían los que

cultivan una vacua poesía patriótica (el gran tema del momento). Casi todos se ubican a la sombra de un desvaído romanticismo.

Durante el segundo decenio, asoman los empeños renovadores no en la capital sino en provincias. Son poetas matanceros y orientales en su mayor parte. Veinte años después de la muerte de Casal, aparece *Arabescos mentales* (Barcelona, 1913), primer libro poético de Regino E. Boti (1878-1958). Es el despunte de la primera generación republicana. En su largo prólogo, «Yoísmo», exterioriza sus reflexiones sobre estética y poesía, amén de otros criterios. Con sus cuatro libros posteriores, brinda la evidencia de sus esfuerzos por mantener al día su discurso lírico. Quiere emancipar su verso de los engañosos

requiebros de la poesía académica y convencional. Su indudable «cerebralismo» despoja su obra del mediocre sentimentalismo. El rigor en la elaboración de la forma, el selecto vocabulario, señala lo peculiar de su parnasianismo. Experimenta con las más novedosas tentativas de la creación lírica. *Kindergarten* (1930), el último libro que publicó, se aproxima a la vanguardia, cuyas técnicas analizó con responsabilidad.

Con diez años de edad menos, su compañero en las jornadas a favor de la renovación poética, José Manuel Poveda (1888-1926), sólo pudo publicar un libro, *Versos precursores* (1917). Poveda se yergue rebelde contra un mundo hostil, impone su radical afirmación «de la huraña vida en que vivo». Ante la opaca realidad republicana ensaya ademanes cínicos y desdeñosos. Aquella existencia desesperada y vehemente no le permitió componer «el poema seguro y altivo». Dicha obra con acento simbolista transmite el recio, áspero temperamento poético que hervía de impaciencia ante la mediocridad que lo asediaba.

Del grupo matancero el de mayor relevancia fue Agustín Acosta (1886-1979). Aunque con certeza Federico de Onís lo incluyó en «la reacción hacia la sencillez lírica» nunca se desprendió de la impronta rubendariana. Su primer libro, *Ala* (1915) verifica la variedad de sus modos de expresión. Desde el segundo, *Hermanita* (1923), se observa sus afanes por mayor simplificación en su lirismo, más sutil y sereno. La clarinada patriótica de *La zafra* (1926) manifiesta su preocupación por la problemática político-social, avizorando el poderío decisivo de los capitales foráneos. Sobresale allí el empleo de la décima, las limpias y frescas imágenes del paisaje

y de la vida campesina. De Camagüey era Felipe Pichardo Moya (1892-1957) quien, con los anteriores, forma parte de nuestros posmodernistas que lograron vencer el estancamiento que padecía la poesía en Cuba a principios de siglo.

Tras la primera posguerra arriba un decenio sacudido por brusquedades y antagonismo. La segunda generación irrumpe con audacia frente a las crisis de un país que no rige sus propios destinos. Resuenan los ecos de la revolución mexicana y de la rusa, las polémicas transformaciones en las artes y las letras que quiebran lo tradicional y convenido por siglos. La antología preparada por Félix Lizaso y José Antonio Fernández de Castro, *La poesía moderna en Cuba* (1882-1925), publicada en Madrid en 1926 realiza un adecuado balance del quehacer lírico durante cuatro décadas. Concluye con la sección «Los nuevos», coetáneos de los antólogos y del Grupo Minorista, principal vehículo de las nuevas ideas en lo político tanto como en el arte.

No todos los autores entre los nuevos continuaron su labor poética. Rubén Martínez Villena (1899-1934) se apartó del quehacer literario cuando se entregó de lleno a la lucha contra la dictadura de Gerardo Machado: todo lo ofreció para conquistar la justicia social. De su breve obra vale subrayar el «prosaísmo sentimental» de su «Canción del sainete póstumo», los sonetos de perfecta estructura y cuidado léxico como «Insuficiencia de la escala y el iris», el énfasis anheloso de «El gigante». No obstante la brevedad de su producción vale constatar su valiosa talla de poeta.

Por senda muy similar transcurre Juan Marinello (1899-1977) que escri-

bió poemas de tono elegíaco, de honda intimidad, publicados en *Liberación* (1927), y después sólo unos pocos más. Volcó su potencialidad intelectual en ensayos críticos sobre cuestiones culturales y literarias, y otros con objetivos políticos que constituyen el fundamento de su relevancia. María Villar Buceta (1899-1977) en su libro *Unanimismo* (1927) hace confidente su verso sencillo para comunicar su mundo interior adolorido. Aquel tiempo pugnaz en el que parece que el mundo se derrumba, enmarca la poesía irónica y burlesca de José Zacarías Tallet (1893-1989). Muy tardíamente publicó *La semilla estéril* (1951). Una broma pertinaz, sus giros desenfadados, ecos del cotidiano vivir, caracterizan el prosaísmo de Tallet.

El vanguardismo como tal tuvo escaso desarrollo en Cuba aunque autores del momento lo utilizaron transitoriamente. Sin embargo, elementos vanguardistas están presentes en la poesía social y la poesía pura que surge en la década del 20. Avanzado de esta última fue Mariano Brull (1891-1956). Obra de juventud, *La casa del silencio* (Madrid, 1916) revela la lectura de Juan Ramón Jiménez y Enrique González Martínez. Atraído por las polémicas sobre la poesía pura edita *Poemas en menguante* (París 1928). La novedad estriba en el uso de palabras carentes de significado, atrayentes tan sólo por su efecto fónico. Alfonso Reyes de una de sus estrofas extrajo la palabra «Jitanjáfora» para denominar este juego verbal. Brull persistió en sus ejercicios de fantasía al mismo tiempo que publicaba sus traducciones de Valéry, su maestro máximo.

Eugenio Florit (1903) transita de la poesía pura hacia otras manifestaciones

líricas. De lo pulcro y ceñido de *Trópico* (1930) donde la décima popular en Cuba se afina y depura, sigue en la misma década con otras colecciones donde el tenue rasgo barroco, por una parte, y el influjo de Juan Ramón, por otra, adquiere su corpus definitivo en *Poema mío* (México, 1947) en el que resplandece uno de sus libros mejores *Doble acento* (1937). A partir de *Conversación a mi padre* (1949) y *Asonante final* (1955) expresa una voz coloquial: la melancolía, la sencillez, se nutren con las palabras de todos los días.

Del juego verbal y la inocencia de la niñez que caracterizan *Júbilo y fuga* (1931), excelente muestra de poesía pura, Emilio Ballagas (1908-1954) se encamina a la poesía negrista para pasar a una creación de concentrada angustia, de un férvido romanticismo nuevo que reúne en *Sabor eterno* (1939). Volvemos a encontrar allí «Elegía sin nombre» y «Soneto sin palabras». (El uso de la preposición «sin» transparenta la emoción del poeta que se siente el despojado, sin palabra, sin tiempo. Premiado en 1951 *Cielo en rehenes* pudo conocerse póstumamente en la edición de su obra completa en 1955. Escoge la forma más ceñida del soneto, las notas de una religiosidad expuesta con humildad, con un fino dibujo barroco. Dentro de la poesía pura destaca también Ramón Guirao (1908-1949) quien es, con Tallet, iniciador de la poesía negrista, de la que habían sido precursores Poveda, Pichardo Moya y otros.

La poesía social dispara sus dardos en una situación histórica de miseria y represión, a fines de los 20. Con el poema «Salutación fraternal al taller mecánico» (1927) gana renombre Regino Pedroso (1896-1983). Es el poeta obre-

ro que tras darse a conocer con suntuosos sonetos parnasianos toma conciencia de su condición social. La poesía proletaria de *Nosotros* (1933) no define todo su perfil creador. A poco compone un tipo de poesía que se ha llamado «cósmica» representada por *Más allá canta el mar* (1939). Con voz épica canta la hazaña de Bolívar, *Sinfonía de libertad* (1945). Culmina su trayectoria *El círculo de Yuan-Pei-Fu* (1955) homenaje a sus antepasados chinos. Escéptico, comprensivo, suavemente irónico, expresa «la eterna mutabilidad de la existencia».

Manuel Navarro Luna (1894-1966) fue el más consciente cultivador del vanguardismo en *Surco* (1928). Los tiempos convulsos lo llevan a la poesía militante, comprometida en la defensa de los campesinos, desde *La herida tierra* (1938). Portavoz de una poesía patriótica compone el canto épico dedicado a los héroes de nuestra historia. De carácter intimista es *Doña Martina* (1952). El amor filial se expresa en bellas décimas (no usual en esta temática) que realzan el valor de dicha elegía.

Nicolás Guillén (1902-1989) es el más alto representante de la poesía social y negrista. Encontró en el ritmo y la estructura del son, género musical, con elementos españoles y africanos, el modo esencial de su manera poética. No quedó en el pintoresquismo de sus *Motivos de son* (1930), con el reflejo del habla de negros y mulatos, con efectos de comicidad, para denunciar los prejuicios étnicos. Pronto dio un salto de calidad con *Sóngorocosongo* (1931) que saludó jubilosamente a Unamuno. En el prólogo, Guillén define el sentido de estos «poemas mulatos». Quería «hablar en negro de verdad» sin mengua de su cali-

dad artística. Buen conocedor de la poesía tradicional española y del folklore cubano maneja con destreza las formas poéticas. A la posición antirracista añade el antiimperialismo en los libros siguientes. No olvida los temas universales: el amor, la muerte. No son sus obras sólo heraldos de negros y mulatos, sino síntesis de una cubanía raigal. Entre sus «Elegías» es de subrayar la dedicada a Jesús Menéndez (1951), ambiciosa composición en la que emplea largos versículos al modo bíblico, fragmentos en prosa y el extraordinario «son del soldado», breve obra maestra.

No se parece la obra de Dulce María Loynaz (1902) a las de sus compañeras de la poesía femenina. Es distinta, es diferente: sus versos son evanescentes. No es poesía «pura» sino depurada. Su primer libro lo tituló simplemente: *Versos* (1938). Más tarde edita *Juegos de agua* (1947) y *Poemas sin nombre* (1953), esta última en prosa poética. Caracterizada por su sencillez e intimidad resplandece con una suave luz, sin inútiles ornamentos, con la expresión de sutiles estados anímicos sugeridos con leves notas recatadas.

No tenía aún veinte años Félix Pita Rodríguez (1909-1990) cuando trazó sus primeros versos siguiendo la línea de la vanguardia fascinado por el surrealismo. Su manera poética concierta la expresión de su intimidad y de su fantasía y la fervorosa dedicación a la defensa de las causas populares. *Corcel de fuego* (1948) da a conocer su cultivo de un verso ágil y armonioso en el que advertimos aún la huella del surrealismo. A partir de *Las crónicas* (1961) abre una etapa de poesía política en defensa de su país asediado. Sorprende después el

bello lirismo de *Historia tan natural* (1970) y *Tarot de la poesía* (1976): el despliegue de su fantasía, su amplio léxico, su ironía y desenfado.

La frustración de la revolución antimachadista provoca una situación de provisionalidad que se extiende por varios años. Brota durante esta etapa la tercera generación literaria. Punto de partida para muchos fue *La poesía cubana en 1936* (1937) auspiciada y seleccionada por Juan Ramón Jiménez durante su exilio en la Isla. Podemos extender dicho periodo de 1935 a 1958, en el que percibimos varias modalidades. Existe en aquellos años una tendencia que enlaza la protesta social con el intimismo. En esta línea ubicamos a Ángel Augier (1910), lo social se vuelca enérgico y anheloso de un futuro de equidad en el poema «Tiempo muerto» y muchos otros. A su lado se extiende una línea de efusión subjetiva: *Canciones para tu historia* (1941). Abarca el paisaje y la historia de su tierra natal en *Isla en el tacto* (1965). Mirta Aguirre (1912-1980) expresa en forma llana, propia de la poesía popular española, sus más nobles vivencias, en estrecha solidaridad con sus ansias de justicia. En *Presencia interior* (1938) emplea adjetivos de color que dan particular luminosidad a sus poemas. *Juegos y otros poemas* (1974) recoge la madurez creativa de su sobria expresión lírica.

Serafina Núñez (1913) se dio a conocer por su contribución a *La poesía cubana, en 1936*. Una voz íntima que diluye la sofocada experiencia, una alquitarada emoción, son rasgos distintivos de su obra que ha ido publicando en pausadas ediciones. Hace años sintetizó su obra «la poesía como fineza».

La contribución lírica de Samuel Fei-

jó (1914-1992) ocupa un lugar peculiar en nuestra poesía. Revela, por una parte, el cultivo de una poesía campesina con acento muy personal, los paisajes y las figuras de «tierra adentro». Es sin duda, el poeta de la naturaleza insular. Otro sector de su lírica cobija su subjetividad mediante poemas como *Beth-el* (1949), labor que corre paralela a los trascendentalistas del Grupo Orígenes. Desde los años 50, Jesús Orta Ruiz, el indio Naborí, (1922) utilizó la décima «viajera peninsular», como instrumento apropiado para la mayor recepción popular. *Estampas y Elegías* (1955), su primer libro inicia la edición de sus militantes colecciones poéticas, en las que sobresale *Entre, y perdone usted* (1973): «para ofrecernos una poesía despojada cuya austera ternura, soplando desde lo hondo de los años amargos, refresca nuestra esperanza ...» (Eliseo Diego).

Frente al desconcierto y confusión de la circunstancia posmachadista, jóvenes escritores comienzan a publicar en revistas fundadas por ellos mismos. Clímax de estas publicaciones fue *Orígenes* (1944-1956). El grupo de poetas que en torno de ella se reúne intentó llegar a lo cubano no a través de fórmulas costumbristas y folklóricas sino buscando la cubanía en reductos más secretos. Guía y orientador del Grupo Orígenes fue José Lezama Lima (1910-1976). Una enorme cultura literaria y teológica impele su ardua labor destinada a tomar posesión de la realidad a través del poema como vehículo de conocimiento en busca de lo absoluto. Lo que no encontramos es un ademán de confidencia y entrega vuelto el poeta enteramente a lo objetivo. La robustez de sus imágenes, la potencia verbal, la sintaxis desorbita-

da a veces, lo opulento y excesivo de sus versos, aumentan la dificultad de su lectura. Sumamente original, este quehacer responde a un sistema poético excepcional que define no sólo su poesía sino también su narrativa y ensayística.

La promoción de mayor edad del Grupo Orígenes, está compuesta por Virgilio Piñera Llera (1912-1979), Ángel Gaztelu (1914), Justo Rodríguez Santos (1915) y Gastón Baquero (1918). Piñera, dentro del Grupo, ocupa una posición discrepante, que proviene de su actitud crítica y satírica que comunica una protesta sorda, hiriente, ante una circunstancia carente de sentido. El sacerdote Ángel Gaztelu en su libro *Gradual de laudes* (1956), va en seguimiento de la serenidad por medio de un verso pausado y armonioso, de clara estirpe clásica, empleando gran variedad de formas: sonetos, romances, décimas. En 1948, Cintio Vitier anotaba que Baquero «se había entregado por entero al periodismo». Los dos cuadernos que publicó en 1942 demostraban su identificación con Lezama, con *Orígenes*. Ya residente en España por motivos políticos, ha dado a conocer varias obras que revelan una honda, madura evolución. A partir de *Memorial de un testigo* (1966) abre una nueva etapa en su crear. Observamos en la madurez la misma rebelión contra la muerte, pero la desazón del ser humano ante el misterio despierta nuevas respuestas. Una cierta inclinación por lo coloquial y una manera más desenfadada resaltan como rasgos nuevos en su lírica con inclinación en ciertos casos, a lo irónico.

La segunda promoción posee algunos rasgos comunes: sus poemas están relacionados con la memoria, la nostalgia, los recuerdos de la infancia, la reli-



giosidad que es núcleo de este Grupo. Eliseo Diego (1920-1994) publicó su primer libro poético, *En la calzada de Jesús del Monte* (1949) que fue una cabal revelación. Allí hallamos la propia vida del poeta, la evocación de sus lugares queridos, el ambiente familiar y la nota quejumbrosa por el fracaso de la República. Con esta obra y la siguiente, *Los extraños pueblos* (1957) desentraña un ayer donde las cosas están rodeadas por una aureola de magia y misterio, expresada con sencillez sin subrayados sentimentales, en un verso sobrio y escueto. Después de años de silencio publicó *El oscuro esplendor* (1966); culminación de su poesía intimista, seguido por *El libro de las maravillas de Boloña* (1968), una suerte de ilustración lírica de las letras y viñetas de la vieja imprenta habanera de José Severino Boloña. En libros sucesivos, Eliseo Diego ha conquistado el

peraltado sitial de la mejor poesía cubana contemporánea.

Una de las figuras capitales de las letras actuales de Cuba es Cintio Vitier (1921). Toda su obra literaria e investigativa está en relación con su creación lírica. Su primer libro está centrado en el ámbito de Juan Ramón, el propio «andaluz universal» escogió esos poemas. Enseguida, Vitier enfrenta un dilema: el influjo de dos maestros irreconciliables: Lezama y Vallejo. *Vísperas* (1953) agrupa sus publicaciones durante quince años: la reflexión y el diálogo con su radical sustancia, con su raíz y su mundo, con las formas y las sombras que llaneza le rodean. *Canto llano* (1956) conlleva una transición: el autor desdeña el afán formal, se inclina hacia la llenanza de expresión. *Testimonios* (1968) incorpora poemas definitivos que explicitan un profundo vínculo con su país y su pueblo. *La fecha al pie* (1981) es eso, la anotación del día y del año para fijar la raíz de hechos y emociones trascendiéndola por medio de la poesía.

Fina García Mairuz (1923), la única voz femenina del Grupo Orígenes, recibe también el influjo de Juan Ramón y el maestrazgo de Lezama. No prefiere la experimentación, se aferra casi siempre a las formas tradicionales, en las que hace destellar su delicadeza. Octavio Smith (1921-1987) sigue la lectura de Lezama con similares rasgos de hermetismo, pero su tono es distinto, como se percibe en *Del furtivo destierro* (1946) y sus obras siguientes. El Grupo Orígenes no es homogéneo por lo ya visto, y Justo Rodríguez Santos (1915) toma su propia vía, más cercano a otro tipo de poesía, Lorca y Alberti, aunque partiendo, como los otros, de Juan Ramón.

En el mismo año en que ocurre la toma del poder por la Revolución, aparece *Poesía joven de Cuba* (1959). Breve antología preparada por Roberto Fernández Retamar y Fayad Jamís incluía autores que se dieron a conocer en la década del 50. Los antólogos presentan en el prólogo algunos rasgos representativos: «un manifiesto deseo de humanizar la poesía, no eluden el prosaísmo, prefieren el tono conversacional, la violencia, la efusión sentimental, la preocupación social y política (no de modo demagógico), el desdibujo, la impureza». Rolando T. Escardó (1925-1960), uno de ellos, se vio transido por la miseria, el hambre, la soledad. En sus libros póstumos: *Las ráfagas* y *Libro de Rolando* (1960), captamos el truncamiento, el tono acezante, la tendencia coloquial. Otro malogrado: José Álvarez Baragaño (1932-1962). Su primer libro, *Cambiar la vida* (París, 1952) atestigua su dependencia del surrealismo. En La Habana editó *El amor original*, pórtico de su obra fundamental: *Poesía, revolución del ser* (1960). Su preocupación ontológica se vuelca con la tensión de su espíritu contradictorio, y la experiencia profunda de la praxis revolucionaria. En sus últimos poemas, «Mi patria es Cuba» e «Himno a la muerte» observamos la realización de un autor en los umbrales de su madurez.

La obra poética de Roberto Fernández Retamar (1930) experimenta un proceso enriquecedor. Tras sus primeras obras, *Elegía como un himno* (1950) y *Patrias* (1952), gana su madurez con el rigor que impone a su verso, la sagaz inteligencia y la enjuta sobriedad que lo llevan a un directo coloquialismo. A partir de *Vuelta de la antigua esperanza* (1959) es portavoz de vivencias no sólo

personales, sino también colectivas. La experiencia concreta de estos años conlleva un acendramiento y vigorización de su lirismo: *Poesía reunida* (1966), *Que veremos arder* (1970), *Juana y otros poemas personales* (1981). Fayad Jamís (1930) dio a conocer *Los párpados y el polvo* (1954): se asoma al misterio, abre las puertas con temor a avizorar la ignorada realidad que le rodea. *Los puentes* (1962), con poemas escritos en su mayor parte en París, incluye piezas esenciales que afirman su voz lírica. Debo citar aquí su antológico «Vagabundo del alba». *Por esta libertad* (1963) posee acento épico; sus versos militantes mantienen la ternura de su mejor poesía, se estremecen al tocar los temas de la patria en lucha. *Cuerpos* (1966) constituye una selección de sus más logrados poemas. *Abrir la verja de hierro* (1973) calibra la plenitud de su manera lírica. Jamís empleó la prosa poética en *La pedrada* (1962) y en otras piezas. Ni el polvo, la miseria y la enfermedad le arrebataron el amor y el optimismo.

Entre otros poetas del 50 descuella Pablo Armando Fernández (1930).

Fue en *Toda la poesía* (1961) donde reveló su potencia creativa, su enérgica forja metafórica, la calidad imaginativa que atrajo la atención de Ezequiel Martínez Estrada, quien subrayó las dotes excepcionales de esta poesía densa y compleja, con la que transmite la nostalgia de la niñez, la desesperación y el desgarramiento que se aposentan en sus versos estremecidos de resonancias bíblicas. *El libro de los héroes* (1964) sacudido por evocaciones y vivencias, ligadas a mitos ancestrales.

Entre los nuevos de esta hora incluimos a Carilda Oliver Labra (1924). En tono conversacional asoma ya en sus

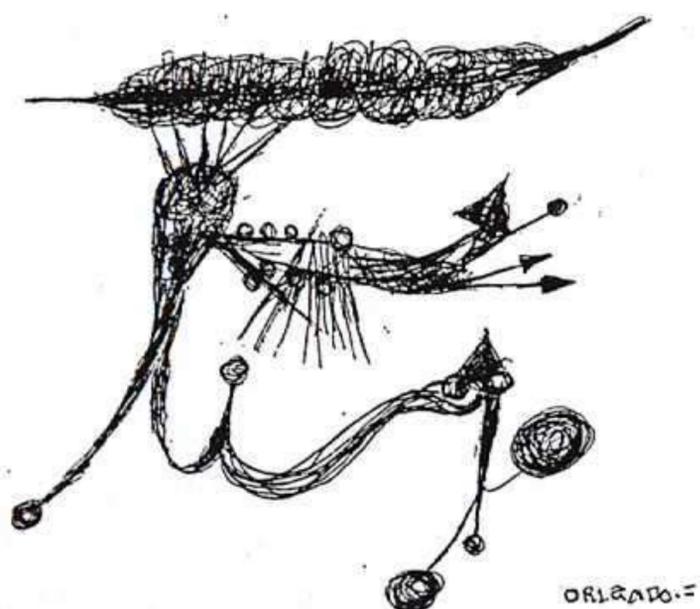
primeras obras, singularmente en *Al sur de mi garganta* (1950). Desde ésta, percibimos su vehemente neorromanticismo que es nota tenaz en su producción. Rafaela Chacón Nardi (1926) recibió el espaldarazo de Gabriela Mistral cuando ésta leyó *Viaje al sueño* (1948), señal segura de su maduración lírica siempre con evidente preocupación formal. En esa línea se encuentra *De rocío y de humo* (1965). Su adhesión a la poesía militante no desmerece la calidad propia de su creación lírica.

Después de dar a conocer varias obras en la década de los sesenta, Francisco de Orán (1929) editó *Ciudad ciudad* (1979), largo poema que destaca la calidad de su lirismo. Son muy variados sus maestros y sus fuentes, pero en ningún momento queda supeditada su voz propia que maneja elementos épicos y líricos para expresar en definitiva la conformación «de un sueño cumplido». Miembro también de la «generación del 50» es Heberto Padilla (1932). Después de haber publicado varios libros, *El justo tiempo humano* (1962) fue el más logrado, *Fuera del juego* (1968) causó gran escándalo extraliterario, prosiguió su tarea instalado en el extranjero por cuestiones políticas. *El hombre junto al mar* (1981) lo componen sesenta y dos breves poemas que incluyen diálogos con personas que tuvieron influjo sobre su vida y su obra. En dichas composiciones, aunque intenta aferrarse al presente, se le escapan referencias al ayer.

César López (1933) alcanza relevancia con *Primer libro de la ciudad* (1967) y *Segundo libro de la ciudad* (1971). La ciudad es, indudablemente, Santiago de Cuba, pero no captada con elementos costumbristas y folklóricos. Existe, sí, una mitificación de su ciudad natal en

la que concurren evocaciones, ensueños. Entre los coloquialistas de su promoción, su escritura no aporta el eco popular como sus coetáneos hacen en en buena medida, prefiere el punto de vista intelectual expresado en una plática llana.

Luis Sardíaz (1936) recibe en sus obras poéticas la experiencia cotidiana, el ser y el hacer que vierte en libros como *Haber vivido* (1966), *Como el que viene de un largo viaje* (1975) y la recopilación que tituló *Todo lo que tiene fin*



es breve (1983). Hombre que está sumido en el arduo ajetreo de cada día lo transmite a su verso, sin dejar al mismo tiempo, de analizar lo visto y autoanalizarse. Sentimientos e ideas que fluyen por el sendero de un coloquialismo que acoge el humor y la ironía con la frescura de un poeta que enfrenta la realidad sin vacilaciones ni medias tintas. Manuel Díaz Martínez (1936) se proyecta de modo personal en el sentimiento amoroso sin inclinarse a lo romántico: en *El amor como ella* (1961) y *El país de Ofelia* (1965) que dan paso a otros temas y procedimientos desde *Vivir es eso* (1968). Dicha nueva meta logró relieve en *Mientras traza su curva el pez*

de fuego (1984). La suma poética que es *Alcándara* (1991), con la esdrújula que trae resonancias medievales, marcó una cota más alta en su obra. Establecido en el extranjero por motivos políticos publicó *Memorias para el invierno* (1995) donde la nostalgia intenta llenar la jornada larga sin término.

Nos aproximamos a los «novísimos». Así se titularon los que comenzaron a publicar en la Ediciones El Puente entre los que sobresalen Miguel Barnet y Nancy Morejón. El mensuario *El caimán barbudo* en su primer número, marzo de 1966, publica un manifiesto: «Nos pronunciamos» firmado por una docena de jóvenes poetas. Proclaman su adhesión al proceso revolucionario que vive el país; para ellos no hay temas «no sociales»; son enemigos de las «palabras poéticas» y rechazan «la mala poesía que trata de justificarse con denotaciones revolucionarias,.... el poeta es creador o no es nada».

Los poemarios iniciales de Barnet (1940) se entrelazan con los estudios etnológicos que por entonces comenzaba *La piedrafina y el pavorreal* (1963) y después *Isla de güijes* (1964), proceden de trasplantados mitos y leyendas africanas. *La sagrada familia* (1967) obtiene sus méritos por una irónica visión de sus vivencias. En esa línea llega a *Carta de noche* (1984) por cuyas páginas cruzan gentes y lugares, que entrevió en su perímetro urbano. Su recopilación *Con pies de gato* (1995) entrega la visión entrañable de su barrio, de «su» Vedado, y sus recientes «Poemas chinos». Nancy Morejón (1944) emprende caminos de segura originalidad con *Richard trajo su flauta* (1967) elaborando temas de la cultura mulala, asumiendo la denuncia con procedimientos poéticos plausibles

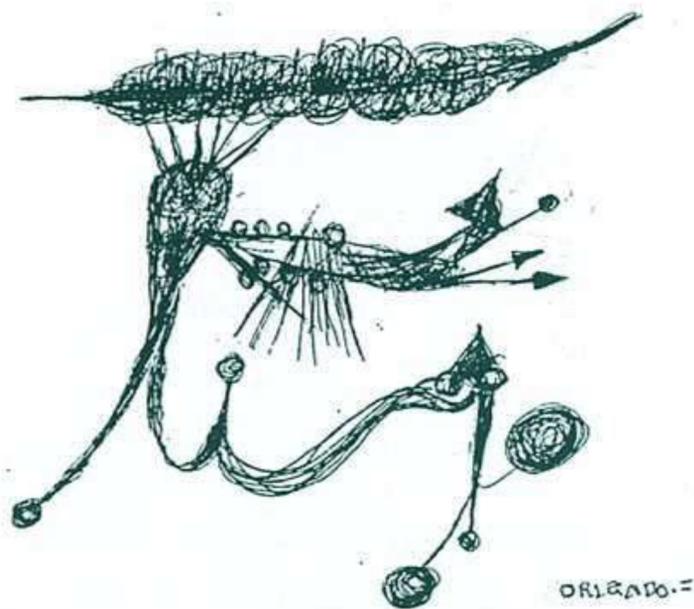
desde su situación de negra y de mujer; la cercada familia mestiza que defiende su propia cultura con la presencia de la abuela y los «orishas». David (Fernández) Chericían (1940) ha sido considerado como el más dotado de su promoción para el cultivo de las estrofas tradicionales. Tal se observa en su obra personal *La Onda de David* (1967), y en sus mejores traducciones. Debo recalcar los méritos de sus poesías para niños entre ellas *Caminito del Monte* (1980).

Guillermo Rodríguez Rivera (1943) fue uno de los fundadores de *El caimán barbudo* y de los firmantes del manifiesto «Nos pronunciamos». Ha ido pausadamente editando sus libros de poesía, *Cambio de impresiones* (1966), *El libro rojo* (1970) y *En carne propia* (1983), aunque hallamos muchos poemas suyos en revistas y antologías. La carta a su amigo Víctor (¿Casás?), «Elegía por la ciudad», constituye buen ejemplo de su poesía con su áspero dramatismo, su violencia, sus largos versos, ¿Cómo no descubrir al poeta-catedrático en las fórmulas como ejemplos de «Para ser un poeta social»?

Con una trayectoria semejante a la de su amigo Rodríguez Rivera, Víctor Casás (1944) es uno de los más ardorosos difusores de los planteamientos teóricos de los «caimanistas». Con su libro *Todos los días del mundo* (1967) encamina su franca vehemencia que gana una meta con *Entre nosotros* (1977). *Los ojos en el pañuelo* (1981): esa meta ha sido sobrepasada por una manera poética que ha sido calificada de «exteriorista», no muy ajustada a su creación.

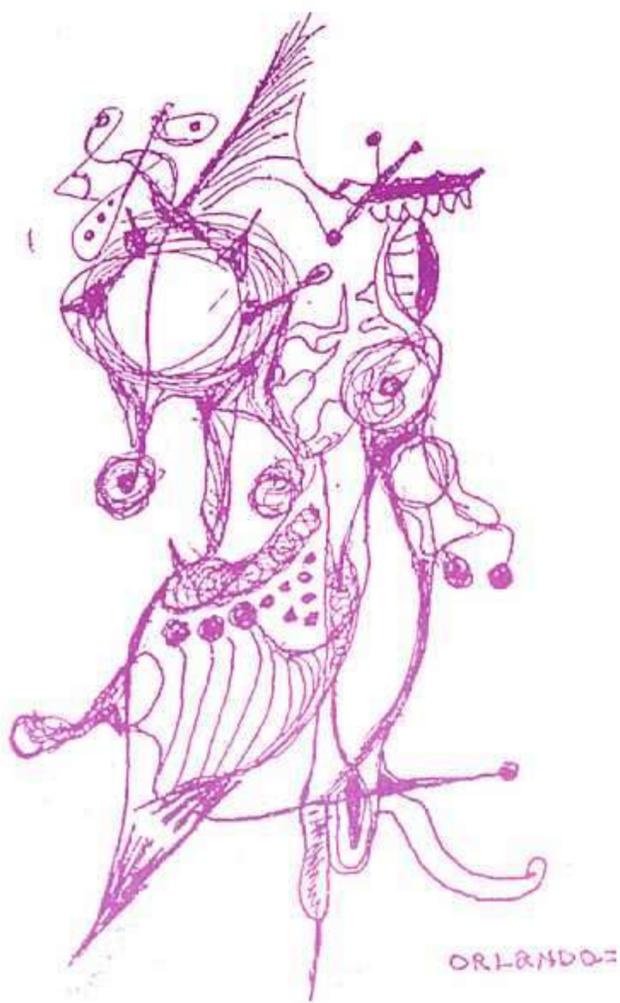
Luis Rogelio Noguerras (1945-1985) es, sin disputa, el más imaginativo e ingenioso de sus coetáneos. *Cabeza de*

zanahoria (1967) así lo anunciaba. Diez años más tarde, *Las cien mil vidas del caminante* (1977) hasta el sorprendente *Imitación de vida* (1981) no queda otra salida que acatar la afirmación anterior. Las parodias que recoge en la sección «Antología apócrifa» y otras secciones de dicho libro, lo confirman. Nadie podría reprochar que digamos: a Noguerras le sobra gracia; nunca trató de subrayar sus saberes y aciertos, sino para hacer burlas de sí mismo.



No quedarían completos estos apuntes si no concluyéramos algunos de los más notables poetas que viven fuera de Cuba. Los críticos han establecido con ellos clasificaciones y rasgos predominantes. Sin duda alguna, el «discurso de la nostalgia» se encuentra en casi todos, aunque existen otros trazos y modalidades no prescindibles.

Sólo pude conocer a Lourdes Casal (1938-1981). Preparaba los materiales que formarían su libro póstumo *Palabras juntan revolución* (1982) con versos que sacuden con su espontaneidad. Me comentó la dura experiencia: la patria de ayer, el exilio después. Entre dos ciudades, La Habana y Nueva York, un



los últimos años de vida que le dieron notoriedad por su estilo directo donde escasean imágenes y metáforas.

Con el mismo fuego, los poetas cubanos de este siglo han forjado sus obras de muy distintas maneras, hasta con antagónicas proyecciones, pero es de considerar que, con unos y con otros, este árbol siempre verde de poesía descubre un paisaje digno de colocarse al lado de los mejores que se levantan en las letras de nuestro idioma.

La Habana, octubre, 1996.

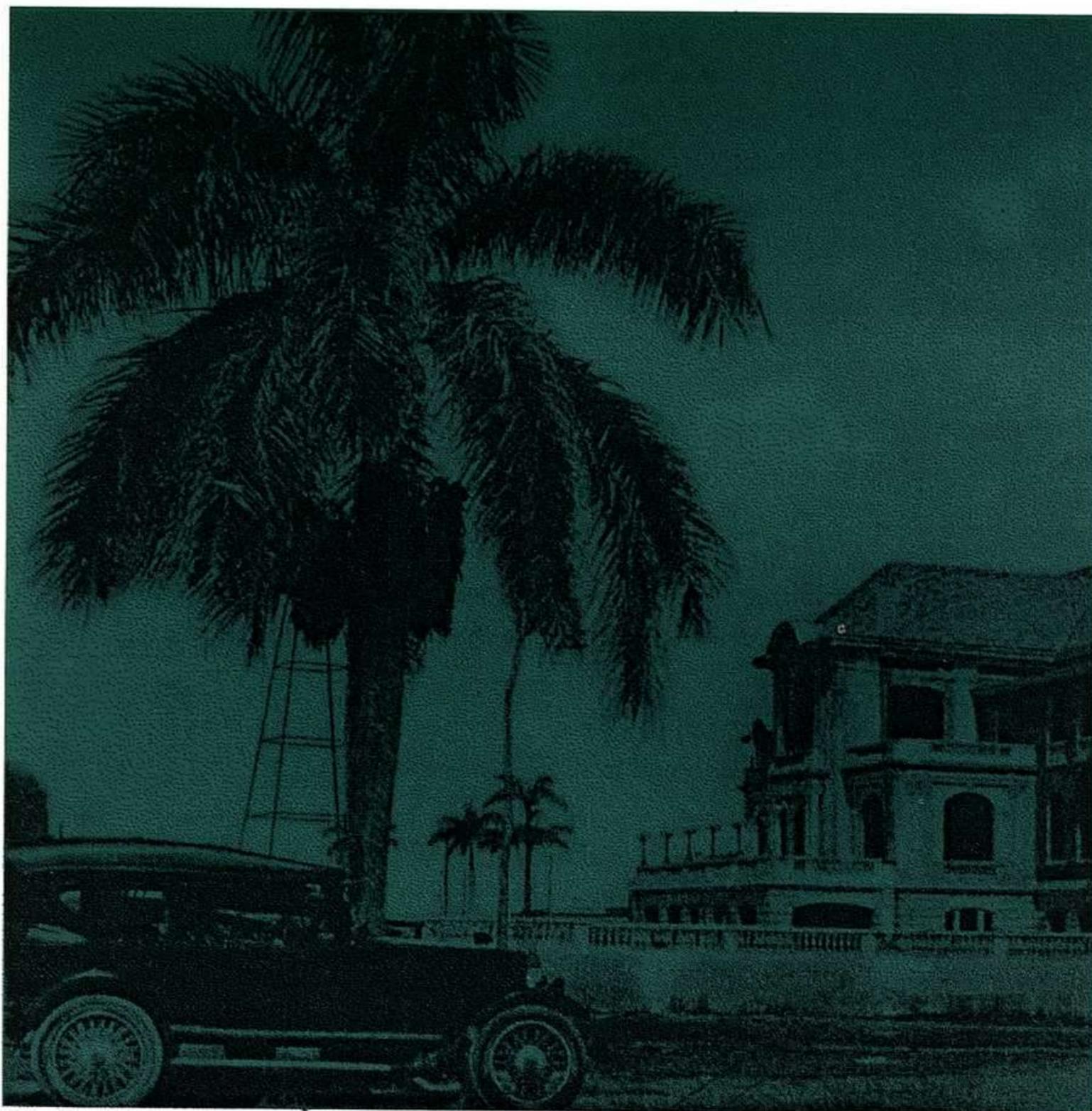
antagonismo sin «happy end». Aquí dejó sus restos y sus esperanzas. José Kozler (1904), hijo de inmigrantes judíos, se sumergió veinte años en la vida habanera de la que sigue extrayendo tesoros de poesía y, sobre todo, un lenguaje en el que los cubanismos, dejan espacio para su cultura hebrea y universal. Sus palabras, «la voluntad de vivir en español» sintetizan la cuestión que este habanero lleva en el tuétano y despilfarra con toda su riqueza acumulada.

Juana Rosa Pita (1939) publicó *Eurídice en la fuente* (1979) y *Viaje de Penélope* (1980), poemas que expresan los vínculos entre los viejos mitos de la cultura griega antigua y su oculta relación con la historia cubana. También los mitos griegos utilizados por Magali Alabau (1945) como Electra, Clitemnestra (1980) conducen a la sustancia trágica de *Hermana* (1989), la que quedó encerrada en el manicomio. Amando Fernández (1949) publicó varias obras en



CON UN MISMO FUEGO

REGINO BOTI 🌴 AGUSTÍN ACOSTA 🌴 JOSÉ MANUEL POVEDA 🌴 MARIANO
BRULL 🌴 JOSÉ ZACARÍAS TALLET 🌴 MANUEL NAVARRO LUNA 🌴
REGINO PEDROSO 🌴 RUBÉN MARTÍNEZ VILLENNA 🌴 NICOLÁS GUILLÉN 🌴
DULCE MARÍA LOYNAZ 🌴 EUGENIO FLORIT 🌴 EMILIO BALLAGAS 🌴 FÉLIX
PITA RODRÍGUEZ 🌴 JOSÉ LEZAMA LIMA 🌴 ÁNGEL AUGIER 🌴 VIRGILIO
PIÑERA 🌴 MIRTA AGUIRRE 🌴 SAMUEL FEIJÓO 🌴 ÁNGEL GAZTELU 🌴
GASTÓN BAQUERO 🌴 ELISEO DIEGO 🌴 CINTIO VITIER 🌴 JESÚS ORTA RUIZ
🌴 FINA GARCÍA MARRUZ 🌴 CARILDA OLIVER LABRA 🌴 ROLANDO ESCARDÓ
🌴 RAFAELA CHACÓN NARDI 🌴 FRANCISCO ORAÁ 🌴 FAYAD JAMÍS 🌴
ROBERTO FERNÁNDEZ RETAMAR 🌴 PABLO ARMANDO FERNÁNDEZ 🌴
HEBERTO PADILLA 🌴 CÉSAR LÓPEZ 🌴 MANUEL DÍAZ MARTÍNEZ 🌴 LUIS
SUARDÍAZ 🌴 SEVERO SARDUY 🌴 JOSÉ KOZER 🌴 MIGUEL BARNET 🌴
DAVID CHERICIÁN 🌴 GUILLERMO RODRÍGUEZ RIVERA 🌴 WALDO LEIVA 🌴
VÍCTOR CASÁUS 🌴 NANCY MOREJÓN 🌴 MAGALI ALABAU 🌴 AMANDO
FERNÁNDEZ 🌴 LUIS ROGELIO NOGUERAS 🌴 ÁLEX PAUSIDES 🌴



Havana Yacht Club

REGINO E. BOTI

Guantánamo, 1878  1958

Arabescos mentales (Barcelona, 1913); *El mar y la montaña* (1921); *La torre del silencio* (1926); *Kodak-ensueño* (1929); *Kindergarten* (1930); *Poesía* (1977. Reúne la totalidad de su poesía).

Funerales de Hernando de Soto

Bajo el lábaro umbrío de una noche silente
que empenachan con luces las estrellas brillantes,
el Misisipí remeda un gran duelo inclemente
al arrastrar sus aguas mudas y agonizantes.

De los anchos bateles un navegar se siente;
brota indecisa hilera de hachones humeantes,
y avanza por la linfa como un montón viviente
aquel sepelio extraño sin cruces ni cantantes.

Nace alto el cortejo. Se embisten las gabarras;
al coruscar las teas los rostros se iluminan
y fulgen las corazas que el séquito alto lleva.

Cien lanzas cabecean. Echa el cocle sus garras
y entre las olas turbias que a trechos se fulminan
el féretro se hunde y la oración se eleva.

9 de agosto, 1907

Perla

Aspersión argéntea en la bahía y en el espacio.
Bruma en las montañas, y en la falsa montaña
que son las nubes hacia el naciente.

Está la Natura mate y sombría.

Y el sol —para alegrarla y verla—
sobre la montaña y la falsa montaña
de nubes, asoma como enorme perla
diamantina. Amanece. Se irisa la mañana.

Ángelus

Rayas sombrías y luminosas.
Verticales: los postes. Horizontales: la playa,
los raíles y los regatos. El día
preagoniza. El crepúsculo palia
con sus rosas los grises. En la salina
el molino de viento que, en el negror, es dalia
gigante y giratoria.

Y en el ángelus hay ruido
como el de las alas de la Victoria.

Ficción de la madrugada

El cosmos íntegro está en mí.
En la madrugada, mientras leo,
me acompañan la luna y el jardín.
Un ruido lejano que recuerdo, un ruido
audaz y propulsor. Inquiero
también con la mirada. En el bruñido
manejo de cuertillas una mariposa
que aletea, con el mismo ruido
lejano, lejanísimo, de un aeroplano
en su marcha caudalosa.

Astronómica

Mi cartera doctoral—
vistiendo de flamas la aldea—
lleva una redada de estrellas
bajo el azote de la meridiana:
un frasco de loción para mi oíslo,
una camisilla para la más pequeña,
un lápiz bicolor para el heréu,
bombones para la segundogénita,
un libro de estética para mí,
raspadura batida para todos.

Y también —amarilla alba de una litis—
hay junto a la constelación
una vieja escritura de venta
con pacto de retro.
(Alabado sea Dios!)



Castillo del Morro, La Habana

AGUSTÍN ACOSTA

Matanzas, 1886  Miami, 1979

Ala (1915); *Hermanita* (1923); *La zafra. Poema de combate* (1926); *Los camellos distantes* (1936); *Últimos instantes* (1941); *Las islas desoladas* (1943); *Poesías escogidas* (1950); *Poema del Centenario* (1953); *Sus mejores poesías* (Barcelona, 1955); *Caminos de hierro* (1963).

Ex-libris

Necesidad de hacer música mía,
y de arrancarme hojas
en un otoño voluntario. Inmensa
necesidad de ser envuelto en ondas
de música que digan el secreto
que callan las palabras, las sinuosas
palabras (¡oh serpientes, oh caminos!)
que al parecer salen del alma, pero
dentro se quedan y la ahogan.

¿Y mi grito de ayer? Le puse al piano
una sordina espiritual, y ahora
sólo sabe quejarse con sonrisas
que desdeñan la gloria.
Quiero que ahonde el cauce de mi río
una vena potente, y que las ondas
lleven al mar de lo infinito el eco
de lo que nunca será dicho. Flotan
sobre mis aguas mástiles que un día
apuntaron al cielo las auroras
advenedizas; ellos no quisieron
herir el cielo, pero sí la pompa,
al corazón y al pensamiento extraña.
«Es la hora», me dicen, «es la hora»...
Es la hora ¿de qué? ¿De qué es la hora?

¿Quién sabe, bajo el sol, cuál es su hora?
Es la hora de estar quietos. ¿Se escucha
alguna voz que nos responda
al llamamiento sin palabras
que dirigimos a la sombra?

He dicho que no soy fuego de pira,
y espero que las últimas escorias
se desparramen en el viento, vuelen
con alas muertas (tristes mariposas
sin vida y sin calor) y se extravíen
por lo infinito, donde están las sombras

queriendo hacerse luz. También he dicho
que soy en mí como es en mí la sombra:
causa de luz y efecto de sí misma.
¡Ved cómo, siendo sombra, soy aurora!

Resumen: mi ideal bien poco pide:
ser música de mí, música sorda.
Ex-libris del ensueño: un árbol verde
y una paloma.

El oscuro combate

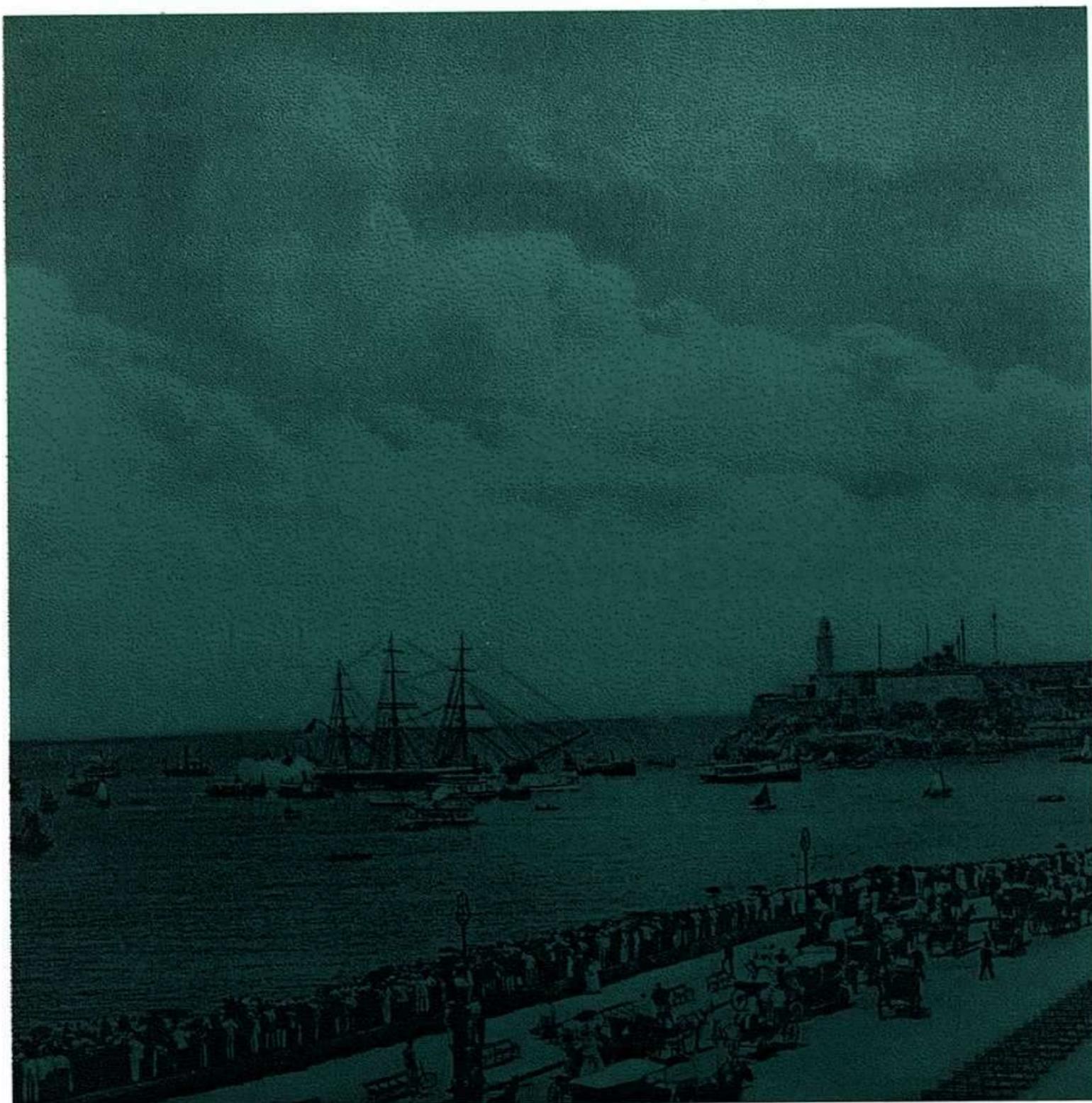
Ya estaban lejos los bronces
malditos. Sobre los muertos,
ya no volaban los ángeles.

Sólo volaban los cuervos
sobre los muertos malditos.
Sólo volaban los cuervos.
No fue victoria. Los bronces
ya estaban lejos, muy lejos.

Un clarín sonó de pronto.
Ángeles blancos triunfantes
contra los ángeles negros.
Un clarín solo, una sola
voz de clarín! Allá lejos
sobre los muertos malditos,
ángeles blancos. Y el cielo...

La piedra desnuda

Vine a decirte adiós, piedra desnuda.
Te quedas sola en medio de la noche.
Muchas veces en ti recliné mi cabeza
y tuve el sueño de Jacob. Ahora,
al continuar el viaje, no me llevo
sino la huella roja de tu arruga
en la mejilla. Soy agradecido.
Las suaves almohadas no me han dado
sino plácidos sueños, enervantes
apreciaciones de la vida. Hacía
falta a mi voluntad tu agria dureza.
Tal vez eres la misma que a Jacob
le dio el bíblico sueño, y en tu entraña,
como un raro metal, duerme el augurio.
Te quedas sola en medio de la noche...
Vengo a decirte adiós, piedra desnuda...



Puerto de La Habana, 1908

JOSÉ MANUEL POVEDA

Santiago de Cuba, 1888  Manzanillo, 1926

*Versos precursores (1917); Órbita
de José Manuel Poveda (1975).*

Serenata

Con la voz de otro tiempo, con la antigua voz pura
de las viejas jornadas sin dolor ni amargura,
vengo a darle al silencio, cerca de tu ventana,
una serenata insegura
que te recuerde otra lejana.

En pugna con la suerte, vencedor del Destino,
mil veces extraviado, recobré mi camino;
y hoy vuelvo a hacerte ofrenda de mis cantares tristes,
—vaso de muerte, negro vino—,
aun cuando sé que ya no existes.

¡Qué largo el tiempo desde que se abatió mi vida
sobre las propias huellas de la tuya querida!
Olvido lanzó bruma y silencio en el pasado;
mas sobre la huella perdida
ya tú ves cómo he retornado.

Cerrada, en la penumbra, muestra su visionaria
ceguera tu desierta vidriera solitaria;
pero yo sé que cuando surja el grito doliente
de mi canción extraordinaria
tú habrás de estar allí presente.

A la voz conocida tú acudirás, quien sabe,
más amante que nunca y más bella y más grave,
y exhalará mi pecho, por sobre el olvido,
una armonía sobria y suave
que solamente oirá tu oído.

Pondrás tu mano blanca entre mi mano bruna
mientras cante mi boca la canción oportuna,
y si alguien cruza entonces el sendero sombrío,
verá sólo un rayo de luna
y sentirá un poco de frío.

Sol de los humildes

Todo el barrio pobre,
el meandro de callejas, charcas y tablados, de repente
se ha bañado en el cobre
del poniente.

Fulge como una prenda falsa el barrio bajo,
y son de óxido verde los polveros
que, al volver del trabajo,
alza el tropel de obreros.

El sol alarga este ocaso,
contento al ver las gentes, los perros y los chicos,
saludarle con cariño al paso,
y no con el desdén glacial de los suburbios ricos.

Y así el sátiro en celo
del sol, no ve pasar una chiquilla
sin que, haciendo de jovial abuelo
le abraza a besos la mejilla.

Y así a todos en el barrio deja un mimo:
a las moscas de estiércol, en la escama,
al pantano, sobre el verde limo,
a la freidora, en la sartén que se inflama,
al vertedero, en los retales inmundos;
y acaba culebreando alegre el sol
en los negros torsos de los vagabundos
que juegan al base-ball.

Penetra en la cantina,
buen bebedor, cuando en los vasos arde
la cerveza, y se inclina,
sobre nosotros, a beber la tarde.

Pero entonces comprende
que se ha retrasado,
y en la especie de fuga que emprende
se sube al tejado.

Un minuto, y adviene la hora de esplín,
la oración misteriosa y sin brillo,
y el nocturno, medroso violín
del grillo.

El grito abuelo

La ancestral tajona
propaga el pánico,
verbo que detona,
tambor vesánico;

alza la tocata de siniestro encanto,
y al golpear rabioso de la pedicabra,
grita un monorritmo de fiebre y de espanto:
su única palabra.

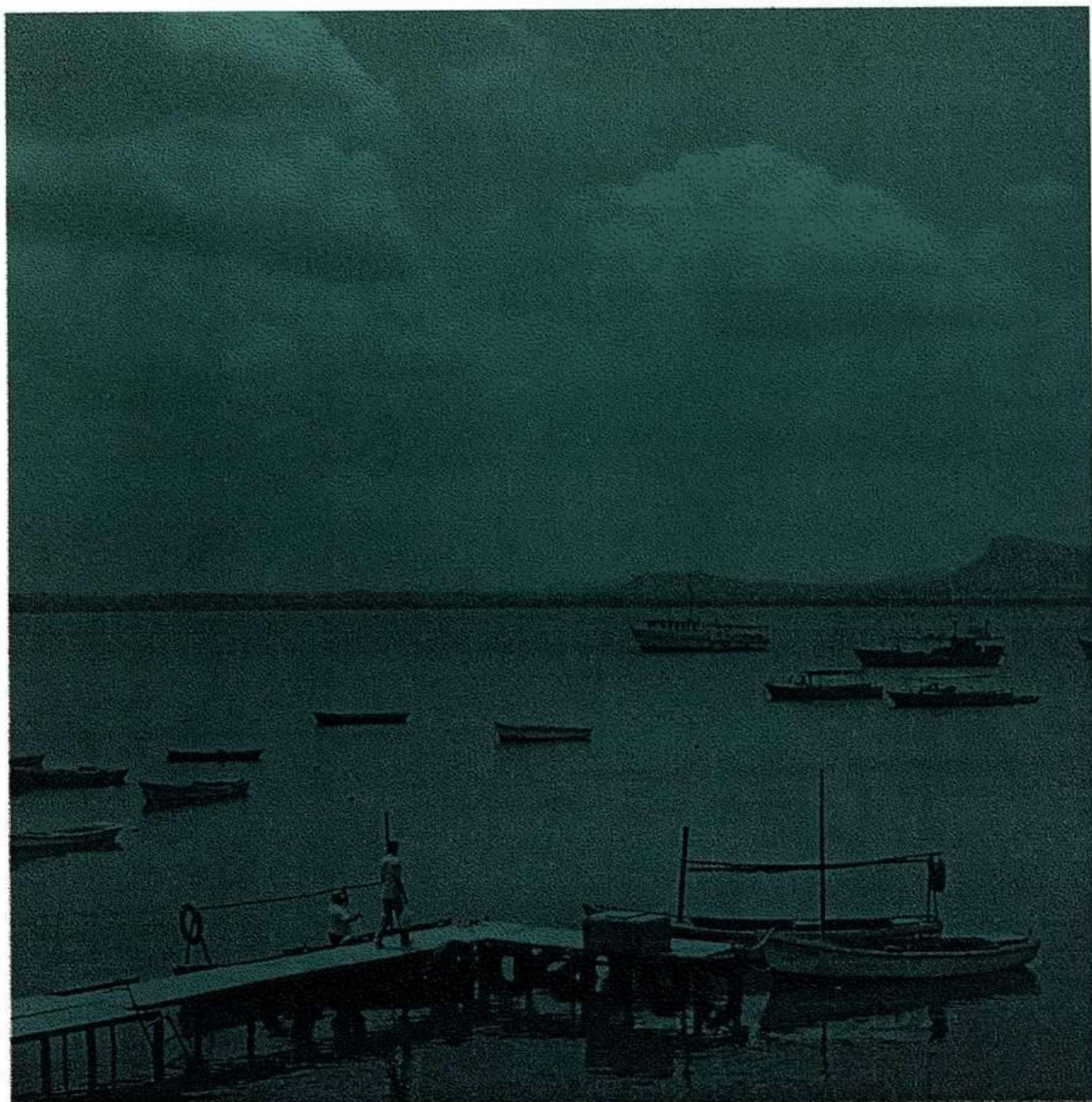
Verbo del tumulto,
lóbrega diatriba,
del remoto insulto
sílabas exclusivas.

De los tiempos vino y a los tiempos vuela;
de puños salvajes a manos espurias,
carcajada en hipos, risa que se hiela,
cánticos de injurias.

La tajona inulta
propaga el pánico;
voz de turbamulta
clamor vesánico.

Canto de la sombra, grito de la tierra,
que provoca el vértigo de la sobredanza,
redobla, convoca, trastorna y aterra,
subrepticio signo, eh! que nos alcanza

distante e ignoto,
y de entonces yerra y aterra y soterra
seco, solo, mudo, vano, negro, roto,
grito de la tierra,
lóbrega diatriba,
del dolor remoto
sílabas exclusivas.



Bahía de Gibara

MARIANO BRULL

Camagüey, 1891  La Habana, 1956

La casa del silencio (Madrid, 1916); *Poemas en menguante* (París, 1928); *Canto redondo* (París, 1934); *Poèmes* (París, 1939. Edición bilingüe); *Solo de rosa* (1941); *Temps en peine* (Bruselas, 1950. Edición bilingüe); *Rien que...* (París, 1934. Edición bilingüe).

Jitanjáfora

Filiflama alabe cundre
ala olalúnea alífera
alveolea jitanjáfora
liris salumba salífera.

Olivia oleo olorife
alalai cánfora sandra
milingítara girófora
zumbra ulalindre calandra.

Verde halago

Por el verde, verde
verdería de verde mar
Rr con Rr.

Viernes, vírgula, virgen
enano verde
verdularia cantárida
Rr con Rr.

Verdor y verdín
verdumbre y verdura
verde, doble verde
de col y lechuga.

Rr con Rr
en mi verde limón
pájara verde.

Por el verde, verde
verdehalago húmedo
extiéndome. —Extiéndete.

Vengo de mundodolido
y en Verdehalago me estoy.

Avión

El vacío sereno
rebosa de sí mismo
(péndulo sin latido):
embozo azul mirándose
cristal hueco de cielo.

¡Ave avión (avión ave),
flecha ronca de ímpetus
desordenando rumbos
en nupcias con el aire!

¡Ave, pez del espacio,
metal de escama y pluma,
aspa de trenzar ráfagas
molino de hacer cielo!

Centro (entre cerca y lejos)
reguero de distancias,
plegando y desplegando
banderas de horizonte:
¡ala, alud de oriflamas,
espejo de primicias
de luz nunca estrenada!

Imán de los confines,
voraz del cielo, trémulo
(en mar sin voz ni agua)
por olas de silentes
espacios removidos...



Tormenta tropical en La Habana

JOSÉ ZACARÍAS TALLET

Matanzas, 1893  La Habana, 1989

La semilla estéril (1951); *Órbita de José Zacarías Tallet* (1969); *Poesía y prosa* (1979).

Oración

Señor mío Jesucristo, Dios y hombre verdadero,
todavía no te has ido de mi pecho,
a pesar de los exégetas modernos
y de sus controversias sobre el cuarto Evangelio.

Y aunque eres
la dulcísima antítesis de Nietzsche,
aún en mi alma, Señor mío, ¡cuánto puedes!

Por Señor de la Edad Media
que venero con atávica inconsciencia,
en mis evocadores fantaseos
de inconforme y paradójico poeta,
todavía reinas;
a pesar de los altares adornados
con brillantes zarandajas y con flores de trapo,
y a pesar de los santos de palo
y de los hodiernos milagros.

Señor mío Jesucristo,
yo te amo porque amaste tú a los niños,
y no obstante las repletas alcancías,
los mendigos en el atrio de los templos
y el anillo de amatista del obispo.

Y a despecho de mi obtuso bisabuelo
y del trozo visible de su viejo esqueleto;
y a pesar de la encíclica
condenando la herejía modernista,
todavía permaneces en mi pecho,
Señor mío Jesucristo, porque fueron
tus palabras, «buscad primero el reino
de Dios y su justicia...» y porque fuiste
el que dijo lo del rico y el camello,
¡yo te adoro Cristo rojo de los viles,
de San Bakunin tácito maestro!

Por ser hijo de Miriam la Inmaculada,
por tus siervos,
San Francisco, San Renán y San Vicente,
por el fuego que pusiste en la palabra
del apóstol de las gentes;
porque viste cómo todos tus discípulos

una noche se durmieron
mientras, solo, agonizabas en el huerto...
y porque perdonaste
el pecado delicioso de la carne,
no te has ido de mi pecho.

Dios y hombre verdadero,
porque adoro la justicia y la belleza,
y porque yo en el fondo soy muy bueno,
y porque mi camino se desliza entre nieblas,
¡no te vayas de mi pecho!

En el banco de la paciencia

Sentado en el banco de la paciencia
bostezo y aguardo,
no sin temor en mi subconsciencia
(¿atavismo?)
que ponga en mí su ojo y su dardo
el Saginario del Abismo.

Y entre bostezo y bostezo
desfila
ante mi vista indiferente
todo eso
que mi psiquis no se asimila:
trapo, cuero, carne, hueso,
tentativa de alma y de seso,
más lengua y diente.

Pavorreal,
cretino, imbecil, idiota, necio,
acorazado contra el desprecio
tras su muralla de inconsciencia,
«más allá del bien y del mal»
vive su vida, con la presciencia
de su feroz,
incontrastable omnipotencia
y es dios...

¿Para qué gestos de impaciencia?
Hastío, tedio, aburrimiento,
cansancio, fastidio: ¡fracaso!

Apelativos de la impotencia,
vocablos de la nulidad...
¡Terror bendito del movimiento
eres el padre de la santidad!
(¿Acaso
por tus puertas una mañana
no entró Gauthama en el Nirvana?)

Esfuerzo, gasto de energía
inútil, ¡atrás, atrás!
¡Deja libre de estorbos la vía!
¡Que yo vea el dardo que porta la paz!

Energía... ¿para qué,
si lo que es y será ya fue?
Esfuerzos, afanes... ¡nonadas!
Voluntad... no vale la pena,
ya que es la vida, mala o buena,
plato sin sal ¿entre dos nadas?

Charada

Eran cuatro caballos y los cuatro de lana,
eran cuatro caballos debajo de la cama.

En el zurrón llevaba las alas un pastor,
en el zurrón llevaba las alas y eran dos.

Saltaba por el campo un grillo malojero,
saltaba por el campo con zancos verdinegros.

En el cielo reía una nube comadre,
en el cielo reía con una boca grande.

El viento zalamero montaba en una palma,
el viento zalamero, ocultando la cara.

En un reloj de cuco se asomó el pajarito,
en un reloj de cuco y una estrofa en el pico.

La esquila de una cabra repicó en el ocaso,
la esquila de una cabra con cabrioleo raro.

Y un granito de arena se paseó por mis ojos,
un granito de arena con un látigo roto.



Estatua de José Martí en el Parque Central de La Habana

MANUEL NAVARRO LUNA

Matanzas, 1894  La Habana, 1966

Ritmos dolientes (1919); *Corazón adentro* (1922);
Refugio (1927); *Surco* (1928); *Pulso y honda*
(1932); *Poemas mambises* (París, 1935); *La tierra
herida* (1936); *Doña Martina* (1952); *Poemas*
(1963); *Manuel Navarro Luna* (Antología, 1973).

2 sonetinos a la madre actual

1

Mujer: haz que tus hijos
esta noche no duerman.
¡Han madurado gritos
las doloridas siembras!

Mujer: ¿pero no escuchas...?
¡Por los negros caminos,
fatigados de angustias
van sangrando los gritos!

En los muros, el hambre
clava sus rojos filos;
y sobre olas de sangre
viene el fiero alarido.

¡Haz que no encuentre, madre,
a tus hijos dormidos!

2

¡Despiértalos... y rompe,
rompe ya esos vestidos,
y podrás esta noche
defender a tus hijos!

¡Mira cómo levantan,
sobre estandartes fríos
y entre puntas de espadas,
cadáveres de niños!

¡Despiértalos. Son hordas
de oscuros apetitos,
que se nutren de sombras
a golpes de cuchillos,

sobre inermes auroras
y sepulcros de gritos!

Doña Martina

Elegía
(Fragmentos)

I

La luz mía, pura y tierna,
más de cien años brilló.
Como era una madre, yo
llegué a pensar que era eterna.
La sombra que nos gobierna
desde su sombra infinita,
un luminar necesita
para la muerte alumbrar...
¡y ya tiene el luminar
de mi dulce viejecita!

Llegué a pensar: si ella ha sido
cien años de luz, quizás
pueda vivir mucho más
de lo que hasta aquí ha vivido.
Porque quien así ha podido
tan larga vida vivir...
¡oh muerte, debe seguir,
con su lámpara encendida,
iluminando la vida
sin cansarse ni morir...!

II

Limpia, pura, trabajada
como una piedra del río,
cuando hizo dolor o frío
en la doliente barriada,
nunca faltó su mirada
de misericordia llena.
Allí donde era la pena
de los pobres, más brutal,
ella era siempre puntual
como agua de yerba buena.

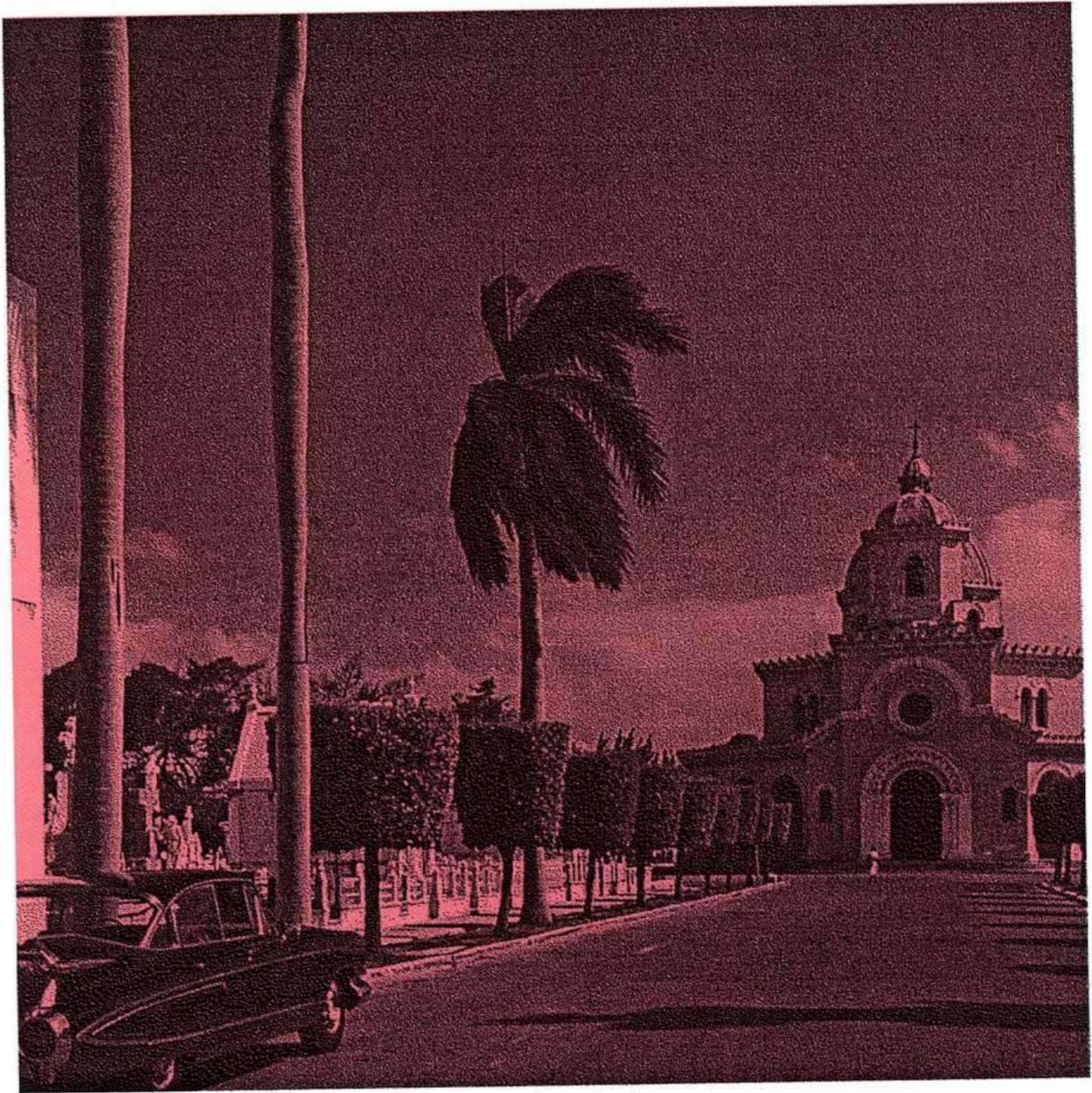
Por los años sacudido
aquel noble corazón,
en cada nueva estación
estaba más florecido.
En la luz, firme y erguido
para el amor absoluto.
No dejó un solo minuto
de florecer y brillar,
ni en cada rama de dar
luz y trino, flor y fruto.

III

En la mísera barriada
su escuela fue como un templo
de gracia y luz: un ejemplo
de ternura iluminada.
Era como una mirada
hacia otro mundo mejor:
un celeste resplandor
que aun apagado ilumina...
¡Como que es Doña Martina
que sigue enseñando amor!

IV

Le debo cuanto yo soy
si es que soy algo; le debo
hasta la luz que me llevo
de la luz en donde estoy.
Si pronto de aquí me voy
me iré con firme pisada,
y no será la jornada
tan difícil de seguir,
pues me queda por morir,
en realidad, casi nada.



Cementerio de Colón, Vedado, La Habana

REGINO PEDROSO

Matanzas, 1896  La Habana, 1983

Nosotros (1933); *Antología poética* (1939);
Más allá canta el mar... (Premio Nacional de
Poesía, 1939); *Bolívar, sinfonía de libertad*
(1945); *El ciruelo de Yuan Pei Fu* (1955); *Poe-
mas* (Antología, 1966); *Obra poética* (1975).

Five o'clock tea

Voy con las manos sucias de grasa...
Los hermosos vehículos no se detienen cuando los llamo;
y marchó por las calles, pródigo de saludos,
pero los hombres me ignoran, y pasan;
porque en la fiesta espléndida de la ciudad lujosa
llevo las manos sucias de grasa.

Sólo el paisaje y el crepúsculo me abrazan cordiales
y el viejo pavimento
que recuenta el cansado rosario de mis pasos.

Pero las grandes vitrinas del lujo
me cierran sus puertas;
el ascensor de la opulencia no me conduce a las terrazas
donde la vida canta y ríe;
porque en la hora ebria del té fragante de oro,
de enriquecer al mundo,
llevo las manos sucias de grasa.

Canto a mi martillo

¿Cuándo te cansarás
de golpear inútilmente
sobre tu duro piano de hierro?
Harto de tu cantar,
un día te arrojaré a la fragua
para hacer un juguete.

Eres fiel a mi vida,
mi hermano y compañero desde niño:
tu golpear fue mi canción de cuna,
contigo, en la esperanza y la fatiga,
he forjado la dura cadena de mis días
con largos eslabones de miseria.

Camarada en heroicas batallas del trabajo
que sobre el yunque dócil golpeando,
golpeando, golpeando,

doblegas el acero con recio canto entre las llamas;
repujas, recalcas, remachas,
forjas la rueda, la palanca, el puñal;
pero, aunque eres útil y fuerte,
un día te arrojaré a la fragua
para hacer un juguete.
Estoy enamorado de ese mágico espejo,
alargado y cortante,
que usan los hombres en las bocas de sus fusiles,
y donde se reflejan los astros, la mañana,
el universo,
en bárbaros crepúsculos de sangre.

Y como de niño nunca supe de juegos,
ahora quiero reír, cantar, clamar también
con un grito más hondo y humano,
frente a esos hombres recios que juegan
a la muerte:
¡alto! ¡alto! ¡alto!
Y que mi grito quede
clavado en el inmenso corazón de la tierra.

Pero como tú eres dócil y humano,
laborioso y pacífico,
y tu canto de amor y justicia
es inútil,
para hacerme ese duro cristal de acero que todo
lo refleja,
un día te arrojaré a la fragua...
¡y te haré bayoneta!

La exquisita amiga

*A una dama extranjera, cuya / fragancia
aún flota en mis / recuerdos como el aroma
del / té que se evapora en mi taza.*

¡Oh, Maestro, tengo una amiga exquisita!
Su boca es dulce como los cerezos de Nan Kao;
son sus pestañas suaves como el plumón, de seda;

tiene su cuello el ritmo y la gracia del cisne;
y al andar, fina y grácil, con ondulante talle,
no sé si un ritual danza,
si es una rama en flor que mece el aire,
o si es una mariposa que vuela.

Cuando la ven mis ojos
es como si alcanzara la irrealidad de un sueño.
Y cuando ríe, y su voz armoniosa,
como divino pájaro vuela de su garganta,
quisiera que esa diosa de frágil porcelana,
no fuera una extranjera
nacida bajo el cielo de Occidente.
Aunque de ilustre alcurnia se cuentan de ella
historias...

¡Ah, Maestro, qué cultura
la de esos altos mundos de Occidente!
En la Terraza de las Mil Caricias
ayer, con labios húmedos,
el fénix del amor nos sorprendió en su vuelo.
Por único ropaje su divina figura
envuelta sólo estaba con la túnica de oro
con que la prestigiaba el pincel del crepúsculo.

Toda la tarde el Kiosco de los Besos
resonó de armonía.
Los pájaros callaron para escuchar su música.

Y yo esperé la noche, ¡que descendió sin luna!
para abrir el más íntimo cofre de los Secretos.
Pues no hubiera querido, bajo luz indiscreta,
que el astro nacarado hubiese sorprendido
cuán pequeñita era ante tanta cultura
mi desnuda ignorancia.

¡Ah, Maestro, tengo una amiga exquisita!



Paseo del Prado, La Habana

RUBÉN MARTÍNEZ VILLENA

Alquízar, La Habana, 1899  La Habana, 1934

La pupila insomne (Compilación
póstuma realizada por Raúl Roa, 1936).

Canción del sainete póstumo

Yo moriré prosaicamente, de cualquier cosa,
(¿el estómago, el hígado, la garganta, ¡el pulmón!?)
y como buen cadáver descenderé a la fosa
envuelto en un sudario santo de compasión.

Aunque la muerte es algo que diariamente pasa,
un muerto inspira siempre cierta curiosidad;
así, llena de extraños, abejeará la casa,
y estudiará mi rostro toda la vecindad.

Luego será el velorio: desconocida gente,
ante mis familiares inertes de llorar,
con el recelo propio del que sabe que miente
recitará las frases del pésame vulgar.

Tal vez una beata, neblinosa de sueño,
mascullará el rosario mirándose los pies;
y acaso los más viejos me fruncirán el ceño
al calcular su turno más próximo después...

Brotará la hilarante virtud del disparate
o la ingeniosa anécdota llena de perversión,
y las apetecidas tazas de chocolate
serán sabrosas pausas en la conversación.

Los amigos de ahora —para entonces dispersos—
reunidos junto al resto de lo que fue mi «yo»,
constatarán la escena que prevén estos versos
y dirán en voz baja: —¡todo lo presintió!

Y ya en la madrugada, sobre la concurrencia
gravitará el concepto solemne del «jamás»;
vendrá luego el consuelo de seguir la existencia...
Y vendrá la mañana... pero tú, ¡no vendrás!

Allá donde vegete felizmente tu olvido,
—felicidad bien lejos de la que pudo ser—

bajo tres letras fúnebres mi nombre y apellido,
dentro de un marco negro te harán palidecer.

Y te dirán —¿qué tienes?... Y tú dirás que nada;
mas te irás a la alcoba para disimular,
me llorarás a solas, con la cara en la almohada,
¡y esa noche tu esposo no te podrá besar!...

Insuficiencia de la escala y el iris

La luz es música en la garganta de la alondra,
mas tu voz ha de hacerse de la misma tiniebla;
el sabio ruiseñor descompone la sombra
y la traduce al iris sonoro de su endecha.

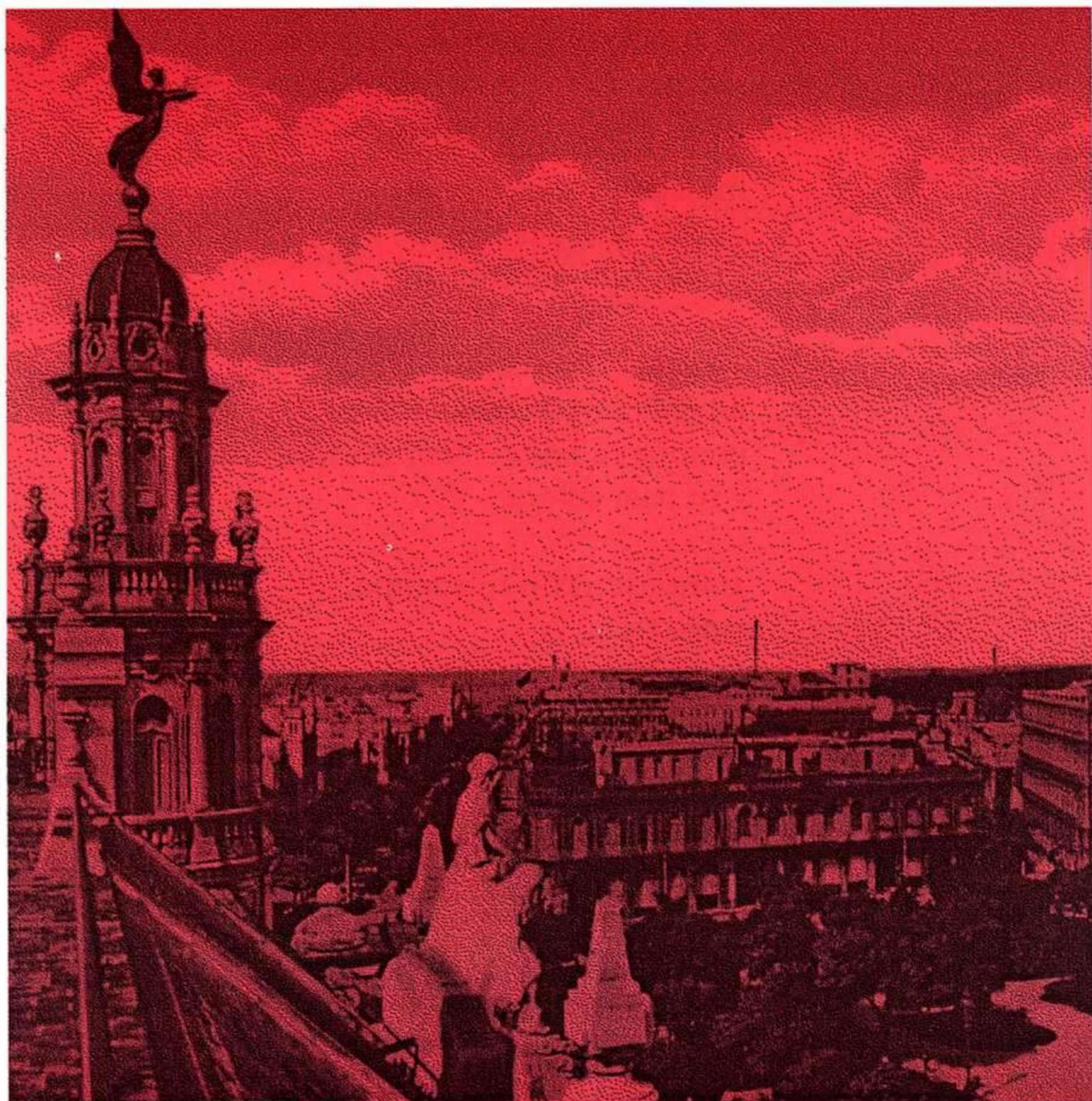
El espectro visible tiene siete colores,
la escala natural tiene siete sonidos:
puedes trenzarlos todos en diversas canciones,
que tu mayor dolor quedará sin ser dicho.

Dominando la escala, dominador del iris,
callarás en tinieblas la canción imposible.
Ha de ser negra y muda. Que a tu verso le falta

para expresar la clave de tu angustia secreta,
una nota inaudible, de otra octava más alta,
un color, de la oscura región ultravioleta.

Hombre de campo

El campesino, como un perro, huele
la tormenta en el aire; desconfiado
alza al cielo los ojos: en él busca
los signos precursores de la ira
de Dios —su Dios informe— y se dirige,
como un ave en la lluvia, a su covacha,
endeble más que un nido. Si ve rota
su obra de sembrador, él, sin quejarse,
vuelve a empezar, y espera silencioso.
Mas que en su Dios pone su fe en el surco.
No fue a la escuela, nunca tuvo libros,
pero aprendió en el sol la persistencia.
El campesino es una fuerza bruta.
La fuerza inteligente lo desata.



Vista del Parque Central, La Habana

NICOLÁS GUILLÉN

Camagüey, 1902  La Habana, 1989

Premio Lenin de la Paz. Unión Soviética, 1954. Premio Nacional de Literatura. *Motivos de son* (1930); *Sóngorocosongo. Poemas mulatos* (1931); *West Indies Ltd.* (1934); *Cantos para soldados y sones para turistas* (1937); *España. Poema en cuatro angustias y una esperanza* (1937); *El son entero. Suma poética* (Buenos Aires, 1947); *Elegía a Jacques Roumain en el cielo de Haití* (1948); *Versos negros* (1950); *Elegía a Jesús Menéndez* (1951); *La paloma de vuelo popular* (1958); *Poemas de amor* (1964); *Tengo* (1964); *El gran zoo* (1967); *El diario que a diario* (1972); *Por el mar de las Antillas anda un barco de papel* (1977); *Obra poética* (Compilación de toda su obra, 1985); *Summa poética* (Madrid, 1977).

Mulata

Ya yo me enteré, mulata,
mulata, ya sé que dise
que yo tengo la narise
como nudo de cobbata.

Y fíjate bien que tú
no ere tan adelantá,
poqqe tu boca e bien grande,
y tu pasa colorá.

Tanto tren con tu cueppo,
tanto tren;
tanto tren con tu boca,
tanto tren;
tanto tren con tu sojo,
tanto tren.

Si tú supiera, mulata,
la veddá;
¡que yo con mi negra tengo,
y no te quiero pa ná!

El abuelo

Esta mujer angélica de ojos septentrionales,
que vive atenta al ritmo de su sangre europea,
ignora que en lo hondo de ese ritmo golpea
un negro el parche duro de roncós atabales.

Bajo la línea escueta de su nariz aguda,
la boca, en fino trazo, traza una raya breve,
y no hay cuervo que manche la solitaria nieve
de su carne, que fulge temblorosa y desnuda.

¡Ah, mi señora! Mírate las venas misteriosas;
boga en el agua viva que allá dentro te fluye,
y ve pasando lirios, nelumbios, lotos, rosas;

que ya verás, inquieta, junto a la fresca orilla
la dulce sombra oscura del abuelo que huye;
el que rizó por siempre tu cabeza amarilla.

Guitarra

Tendida en la madrugada,
la firme guitarra espera:
voz de profunda madera
desesperada.

Su clamorosa cintura,
en la que el pueblo suspira,
preñada de son, estira
la carne dura.

Arde la guitarra sola,
mientras la luna se acaba;
arde libre de su esclava
bata de cola.

Dejó al borracho en su coche,
dejó el cabaret sombrío,
donde se muere de frío,
noche tras noche,

y alzó la cabeza fina,
universal y cubana,
sin opio, ni mariguana,
ni cocaína.

¡Venga la guitarra vieja,
nueva otra vez al castigo
con que la espera el amigo
que no la deja!

Alta siempre, no caída,
traiga su risa y su llanto,
clave las uñas de amianto
sobre la vida.

Cógela tú, guitarrero,
límpiale de alcol la boca,
y en esa guitarra, toca
tu son entero.

El son del querer maduro,
tu son entero;
el del abierto futuro,
tu son entero;
el del pie por sobre el muro,
tu son entero...

Cógela tú, guitarrero,
límpiale de alcol la boca,
y en esa guitarra, toca
tu son entero.

Mi patria es dulce por fuera...

Mi patria es dulce por fuera,
y muy amarga por dentro;
mi patria es dulce por fuera,
con su verde primavera,
con su verde primavera,
y un sol de hiel en el centro.

¡Qué cielo de azul callado
mira impasible tu duelo!
¡Qué cielo de azul callado,
ay, Cuba, el que Dios te ha dado,
ay, Cuba, el que Dios te ha dado,
con ser tan azul tu cielo!

Un pájaro de madera
me trajo en su pico el canto;
un pájaro de madera.
¡Ay, Cuba, si te dijera,
yo que te conozco tanto,
ay, Cuba, si te dijera,
que es de sangre tu palmera,
que es de sangre tu palmera,
y que tu mar es de llanto!
Bajo tu risa ligera,
yo, que te conozco tanto,
miro la sangre y el llanto,
bajo tu risa ligera.
Sangre y llanto
bajo tu risa ligera.
Sangre y llanto.

El hombre de tierra adentro
está en un hoyo metido,
muerto sin haber nacido,
el hombre de tierra adentro.
Y el hombre de la ciudad,
ay, Cuba, es un pordiosero:
anda hambriento y sin dinero,
pidiendo por caridad,
aunque se ponga sombrero
y baile en la sociedad.
(Lo digo en mi son entero,
porque es la pura verdad.)

Hoy yanqui, ayer española,
sí, señor,
la tierra que nos tocó,

siempre el pobre la encontró
si hoy yanqui, ayer española,
¡cómo no!

¡Qué sola la tierra sola,
la tierra que nos tocó!
La mano que no se afloja
hay que estrecharla enseguida;
la mano que no se afloja,
china, negra, blanca o roja,
china, negra, blanca o roja,
con nuestra mano tendida.

Un marino americano,
bien,
en el restaurant del puerto,
bien,
un marino americano
me quiso dar con la mano,
me quiso dar con la mano,
pero allí se quedó muerto,
bien,
pero allí se quedó muerto
el marino americano
que en el restaurant del puerto
me quiso dar con la mano,
¡bien!



Avenida de las Misiones

DULCE MARÍA LOYNAZ

La Habana, 1902 

Orden de Alfonso X, El Sabio (España); Premio Nacional de Literatura 1987. Premio Miguel de Cervantes, 1992. *Versos. 1920-1938* (1938); *Juegos de agua. Versos del agua y del amor* (Madrid, 1947); *Poemas sin nombre* (Madrid, 1953); *Carta de amor al Rey Tut-Ank-Amen* (Madrid, 1953); *Obra lírica* (Madrid, 1955), *Últimos días de una casa* (Madrid, 1958); *Poesías escogidas* (1984); *Poemas náufragos* (1991); *Poesía completa* (1993).

En mi verso soy libre

En mi verso soy libre: él es mi mar.
Mi mar ancho y desnudo de horizontes...
En mi verso yo ando sobre el mar,
camino sobre olas despobladas
de otras olas y de otras olas... Ando
en mi verso; respiro, vivo, crezco
en mi verso, y en él tienen mis pies
camino y mi camino rumbo y mis
manos qué sujetar y mi esperanza
qué esperar y mi vida su sentido.
Yo soy libre en mi verso y él es libre
como yo. Nos amamos. Nos tenemos.
Fuera de él soy pequeña y me arrodillo
ante la obra de mis manos, la
tierna arcilla amasada entre mis dedos...
Dentro de él, me levanto y soy yo misma.

Abrazo

Hoy he sentido el río entero
en mis brazos... Lo he sentido
en mis brazos, trémulo y vivo
como el cuerpo de un hombre verde...

Esta mañana el río ha sido
mío: Lo levanté del viejo
cauce... ¡Y me lo eché al pecho!
Pesaba el río... Palpitaba
el río adolorido del
desgarramiento... —Fiebre fría
del agua... Me dejó en la boca
un sabor amargo de amor y de muerte...

La neblina

Pienso que la neblina es acaso el aliento -
de Dios soplando el alba, empañando el paisaje...
¡No me lo rompas, Sol! ¡No me lo lleves, viento

Dejad que Dios respire junto a mí.

Poema CXXVI

Isla mía, ¡qué bella eres y qué dulce!... Tu cielo es un cielo vivo,
todavía con calor de ángel, con un envés de estrella.

Tu mar es el último refugio de los delfines antiguos y las sirenas
desmaradas.

Vértebras de cobre tienen tus serranías, y mágicos crepúsculos se
encienden bajo el fanal de tu aire.

Descanso de gaviotas y petreles, avemaría de navegantes, antena de
América: hay en ti la ternura de las cosas pequeñas y el señorío de las
grandes cosas.

Sigues siendo la tierra más hermosa que ojos humanos
contemplaron. Sigues siendo la novia de Colón, la benjamina bien
amada, el Paraíso Encontrado.

Eres, a un tiempo mismo, sencilla y altiva como Hatuey; ardiente y
casta como Guarina.

Eres deleitosa como la fruta de tus árboles, como la palabra de tu
Apostol.

Hueles a pomarrosa y a jazmín; hueles a tierra limpia, a mar, a
cielo.

Cuando te pintan en los mapas, a contraluz sobre ese azul intenso
de litografía, pareces una fina iguana de oro, un manjuarí dormido a
flor de agua...

Pero también pareces un arco entesado que un invisible sagitario
blande en la sombra, apunta a nuestro corazón.

Isla grácil, te visten las auroras y las lluvias; te abanica el terral; te
bailan los solsticios de verano.

Como diana, libre y diosa, no quieres más diadema que la luna; ni
más escudo que el sol naciente con tu palma real.

La mala bestia no medró en tus predios, y jamás ha muerto en ti un solo pájaro de frío.

Idílicas abejas pueblan de miel la urdimbre de tus frondas; allí vibra el zunzún desprendido del iris, y destilan música viva los sinsontes.

Escarchada de sal y de luceros, te duermes, Isla niña, en la noche del Trópico. Te reclinas blandamente en la hamaca de las olas.

Tienes la rosa de los vientos prendida a tu cintura; tus mayos están llenos de cocuyos; tus campos son de menta, y tus playas, de azúcar.

Varas de San José en trance de boda, tórnanse todos los gajos secos clavados en tu tierra taumatúrgica. Rocas de Moisés, todas tus piedras preñadas de surtidores.

Vela un arcángel escondido tras cada zarza tuya, y una escala de Jacob se tiende cada noche para el hombre que duerma en paz sobre tu suelo.

Otra escala sutil es para él, el humo rosa del tabaco que le alegra las siestas y le aroma de sueños el camino.

Para el hombre hay en ti, Isla clarísima, un regocijo de ser hombre, una razón, una íntima dignidad de serlo.

Tú eres por excelencia la muy cordial, la muy gentil. Tú te ofreces a todos aromática y graciosa como una taza de café; pero no te vendes a nadie.

Te desangras a veces como los pelícanos eucarísticos; pero nunca, como las sordas criaturas de las tinieblas, sorbiste sangre de otras criaturas.

Isla esbelta y juncal, yo te amaría aunque hubiera sido otra tierra mi tierra, pues también te aman los que bajaron del Septentrión brumoso, o del vergel mediterráneo, o del lejano país del loto.

Isla mía, Isla fragante, flor de islas: tenme siempre, náceme siempre, deshoja una por una todas mis fugas.

Y guárdame la última, bajo un poco de arena soleada... ¡A la orilla del golfo, donde todos los años hacen su misterioso nido los ciclones!



Catedral de La Habana

EUGENIO FLORIT

Madrid, 1903 

32 poemas breves (1927); *Trópico* (1930); *Doble acento* (1937); *Reino* (1938); *La estrella. Auto de navidad* (1947); *Poema mío* (México, 1947); *Conversación a mi padre* (1949); *Asonante final* (1955); *Siete poemas* (Montevideo, 1960); *Hábito de esperanza* (Madrid, 1965); *Antología penúltima* (Madrid, 1970).

Para mañana

A Mariano Brull

Como esta paz la tengo tan sabida
—son muchos años de mirarme el alma—,
no habrán de preguntarme, cuando llegue,
en qué luces prendía la mirada.
Todo tendrá la historia
de un crepúsculo suave de montaña,
y en el adiós eterno, los adioses
se dormirán en tumbas de distancia.
Presencia de una vida
entre nieves intactas;
puro cantar, el corazón abierto
y la voz alta.
Sombra de estar la nube detenida
sobre un dolor sin lágrimas,
y más, la sombra cierta
que en los remansos de la tarde baja.
Amor, ya sin acento,
donde navegan, frías, las palabras.
Rosa de los veranos
en íntimo capullo transformada.
Adonde iré no irán conmigo
ni rosa, ni dolor, ni amor, ni nada.

El poema

A poem begins with a lump in the throat
ROBERT FROST

Sí, se te pone un nudo en la garganta
y no sabes qué hacer para soltarlo.
Tal vez llorar es bueno,
pero tal vez eso no basta.
Porque si lloras te saldrán los llantos
con un gusto de amargo sentimiento.
Y, además, que llorando no te calmas.
No se te calma el nudo ni la angustia,
que es como si todo un cielo se te hundiera,
o como si nadando por el agua
con las flores del agua te enredaras.
Como soñar que vas cayendo,
yendo cayendo que caerás sin prisa
y que nadie te espera al fin de la caída.
Es como que te ahoga un pesamiento
que quiere hablar, salir, saltar, volar,
y cada vez da con la jaula.
Miras el libro abierto
y ni te fijas en la página;
miras al cielo por alzar los ojos,
pero no ves ni la nube que pasa;
miras la flor: no te enamora;
miras el árbol: no te espanta;
oyes el ruiseñor entre la noche
y no comprendes lo que canta.
Has de volver a ti las soledades
con que vas habitando tus moradas,
y pensar poco a poco el pensamiento,
y decir poco a poco las palabras,
y formar el poema con la angustia
que te mordía la garganta.

(Después de todo, bienvenido
si como mariposa
te me quedaste fijo, clavado por las alas.)

La puerta

A Paco García Lorca

Había que llamar. Pero la puerta
en lo oscuro callaba
como una muerte en pie.
Detrás, ni luz ni ruido.
Y los pasos, clavados en la sombra,
no eran más que silencio.

¿Cómo, alzando la mano,
despertar al dormido,
y con un ¡aquí estoy!
matar la sombra?
¿Y cómo, cómo por el hombre solo
desvanecer el hueco del misterio?

Mejor así. Para llamar hay tiempo

1962



Plaza de San Francisco, La Habana

EMILIO BALLAGAS

Camagüey, 1908  La Habana, 1954

Premio Nacional de Poesía, 1954. *Júbilo y fuga* (1931); *Cuaderno de poesía negra* (1934); *Elegía sin nombre* (1936); *Nocturno y elegía* (1938); *Sabor eterno* (1939); *Nuestra señora del mar* (1943); *Décimas por el júbilo martiano en el centenario del Apóstol José Martí*. (Premio del Centenario, 1953); *Obra poética de Emilio Ballagas* (Ed. póstuma, 1965); *Emilio Ballagas* (1973).

Sentidos

¡Que me cierren los ojos con uvas!
(Diáfana, honda plenitud de curvas.)

Que me envuelva un incendio de manzanas
y un claro rumor de dátil y azúcar.

Que me envuelvan —presagio de pulpa—
en ciruelas de tacto perfumado...

Inundadme
en pleamar de pétalos y trinos.

Que me ciñan —¡ceñidme!— de eclípticas azules.

Canción

Desato mis sentidos en la tarde
a pastar la inocencia del paisaje.
Mis pupilas inquietas van de viaje,
mis canciones taladran lejanías.
Y regreso —halconero de mis sueños—
al hogar de la noche con mi caza.

Blancolvido

Sola huyes y vuelves,
Belleza que me rondas:
sonámbula, extraviada,
te persigues la cola
sin alcanzarla nunca.
Te encuentras con tu asombro,
ciega en tu propia niebla.

Tu silencio en oleaje
a sí mismo se canta
y a sí mismo se mira
y a sí mismo se quiere.
Soledad, blancolvido...
Puras danzas sin cuerpo.
De mi dormida almendra
nace la soledad
que me encierra en su ritmo
y acaricia a la tierra...

Nace y muere tu asombro
en el mismo relámpago.
Tus voces me rodean
la cósmica voz pura
que rige mi garganta.
(Voz sonámbula y quieta
entre imanes suspensa
mas pronta para el vuelo.)

Y otra vez tú, Belleza,
cantas y te respondes
de clavel en clavel
uniendo los antípodas;
buscas tu propia cola
sin morderla jamás.
Tropiezas con tu asombro
(espejo en que reinicias
tu vagar infinito).
¡Y no te encuentras nunca,
Belleza que me rondas!

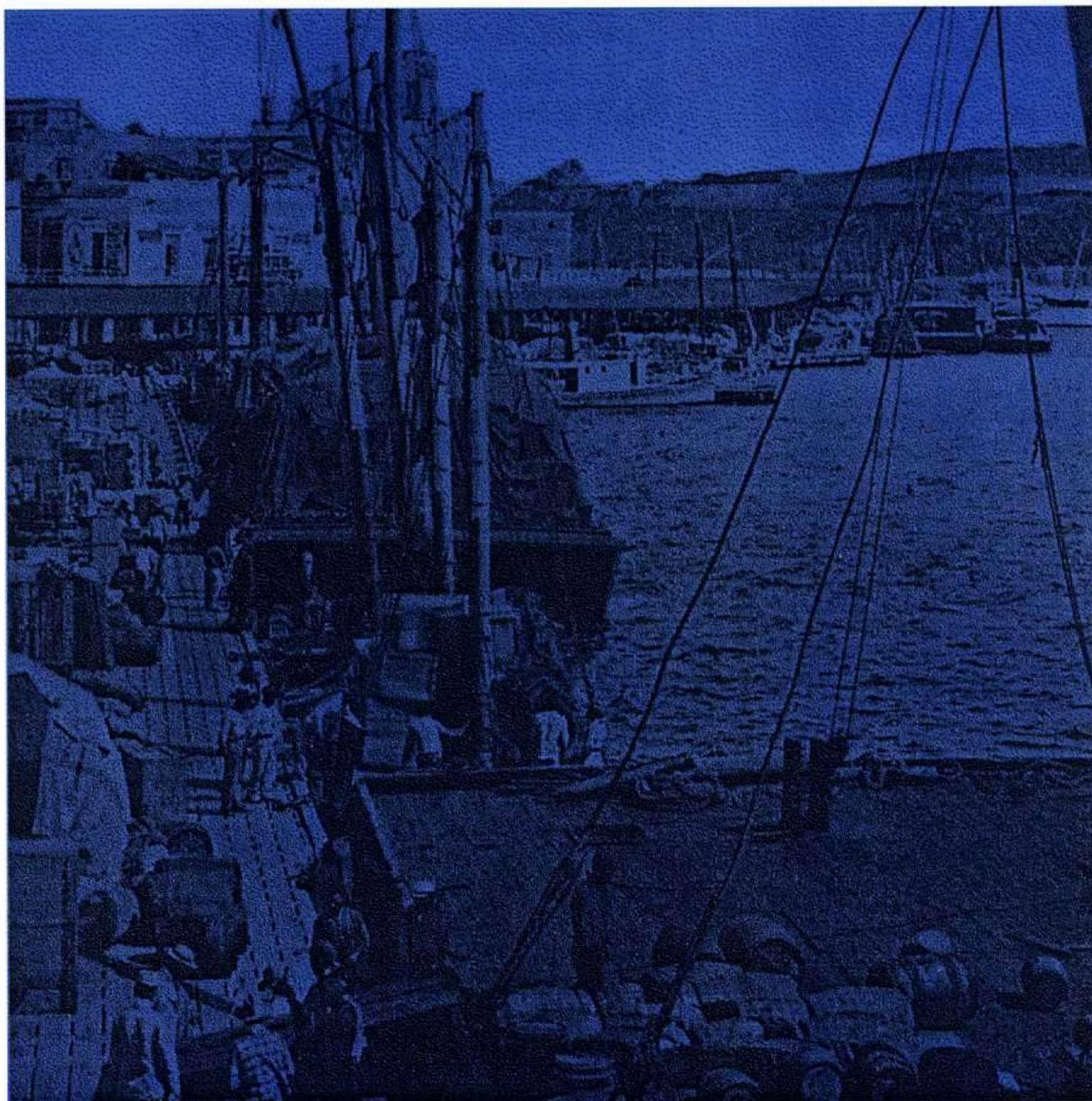
En la muerte de un poeta

¡Qué penumbra de dalia desterrada!
¡Qué eclipse de guitarra y romancero!
¡Qué apagarse de trenzas y toreros
yerra doliente por tu madrugada!

Salgo al aire con pala y con azada
buscando por el cielo derrotero
que me lleve a cavar entre luceros
la tumba pura para ti soñada.

Acuesta allí sobre plumón ocioso
tu desmayo final bajo la suave
ala de un ángel trágico y hermoso.

De tu dulce dormir dame la clave
Levántate una noche y silencioso
muéstrame un signo y tírame la llave.



Muelles de La Habana

FÉLIX PITA RODRÍGUEZ

Bejucal, 1909  La Habana, 1990

Romance de América la bien guardada (1943);
Corcel de fuego (1948); *Las crónicas. Poesía
bajo consigna* (1961); *Las noches* (1964); *Poemas
y cuentos* (1965); *Historia tan natural* (1970);
Tarot de la poesía (1976); *Poesía* (1978).

Alguien me está dictando

Alguien me está dictando, quieta, calladamente,
sentado junto al aire donde duerme la muerte.

Se debate en la niebla su longitud helada
y se rompe los brazos entre hierbas ausentes,
entre cáñamos negros, doblándose vencidos,
junto a turbias raíces. Alguien que quiere hablarme
desesperadamente, con palabras armadas de silencio
y rocío, de singulares pausas, de tenue lluvia tierna.

¿Qué quiere recordarme esta lava tan lenta,
quebrantada, dolida, que surge desde un fondo
de obstinada presencia?

Mis favorables

Mis favorables fueron
la lluvia de la tarde,
el silencio, el rocío,
las alfombras del viento,
lo apenas entrevisto,
lo enseguida olvidado.

A veces el recuerdo
de algo no sucedido.
A veces en la breves
ventanas del granizo,
ese rostro que asoma
tan ajeno y tan íntimo.

También la adolescente
de pupilas de hielo,
translúcida y callada,
que me ordena silencio,
con el dedo en los labios,
en el fondo de niebla del espejo.

A veces, en el alba,
la orfandad de la nieve,
su indefensión delgada
sin dirección, cayendo,
siempre para morir
sin cuerpo ni consuelo.

Las recias mariposas
guerreras que agonizan
bajo sus armaduras,
junto a las grandes lámparas,
en las noches más largas,
de angustia más oscura.

Y los grandes aljibes
solitarios y tristes,
que esconden a los peces
finos de la nostalgia,
entre sus quietas flores
de aguas amortajadas,

mis favorables fueron.
El resto, sólo cosas
para seguir viviendo.

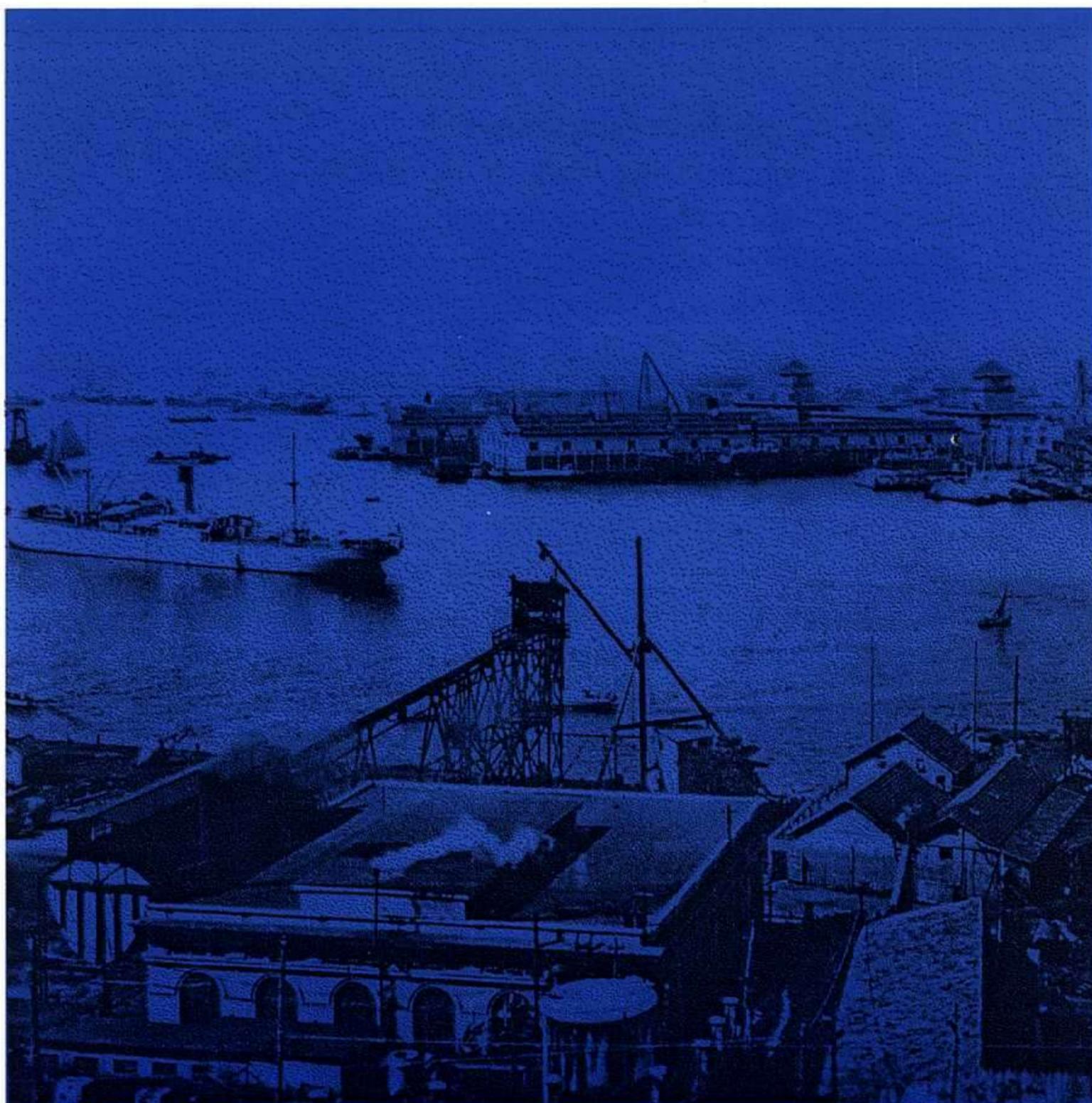
Pobres amigos

Estos peces sutiles,
por el alba engañados,
que deponen las armas
sin haber combatido,
son de la estirpe fina
de los siempre vencidos,
mas nunca derrotados,
que laboriosos arman
los sueños no soñados.

Por álgebra supieron
que volver del futuro
es correr el peligro
de no hallar el pasado.
Y en las tablas oscuras
del alto desamparo
por logaritmo absurdo
sin querer demostraron
que si la muerte suma
dos y dos no son cuatro.

Y en su Tarot amargo
de naipes desolados,
conjugando afanosos
futuro con pasado,
perdieron el presente
sin haberlo encontrado.

Sin jugar lo perdieron,
y por perder ganaron,
y bajando subieron,
y al subir enfermaron
de ese morivivir
del que murieron.



Puerto de La Habana, desde La Cabaña

JOSÉ LEZAMA LIMA

La Habana, 1910  La Habana, 1976

Muerte de Narciso (1937); *Enemigo rumor* (1941); *Aventuras sigilosas* (1945); *La fijeza* (1949); *Dador* (1960); *Poesía completa* (1970); *Posible imagen de José Lezama Lima* (Barcelona, 1969); *Poesía completa* (Barcelona, 1974).

Ah, que tú escapes

Ah, que tú escapes en el instante
en el que ya habías alcanzado tu definición mejor.
Ah, mi amiga, que tú no quieras creer
las preguntas de esa estrella recién cortada,
que va mojando sus puntas en otra estrella enemiga.
Ah, si pudiera ser cierto que a la hora del baño,
cuando en una misma agua discursiva
se bañan el inmóvil paisaje y los animales más finos:
antílopes, serpientes de pasos breves, de pasos evaporados,
parecen entre sueños, sin ansias levantar
los más extensos cabellos y el agua más recordada.
Ah, mi amiga, si en el puro mármol de los adioses
hubieras dejado la estatua que nos podía acompañar,
pues el viento, el viento gracioso,
se extiende como un gato para dejarse definir.

Buscando la increada forma del logos de la imaginación,
las serenas provocaciones del pájaro cuando se detiene
y queda suspendido o la pesadumbre del pájaro apoyada
en la punta de la rama sin doblegarla,
me encontré con los sentidos necesarios para demostrar
los axiomas
pues hay cosas que nos reclaman la caída de su
demostración,
aunque se nos diga que el paredón de los axiomas
no necesita consumirse en su plomada.
Si demostramos que el pájaro rueda por dentro
su dado de aire, lanzado con despreocupación
en la medalla de su éxtasis,
y que ese dado le crea por fuera de su cuerpo su centro
de resistencia, y que la punta de la rama refuerza

su impenetrable, burlándose de la gravedad o la llamarada y de la necesidad que tiene el pájaro de demostrar sus axiomas.

Como le pesa más el hombro izquierdo,

está allí, enredado en la reja de sus pies,
el idiota. Vuelve a su abecedario desleído,
agua con hilachas mareosas y cáscaras sedosas.
Este idiota está dañado, se entrega empujando
al revés, a los merengues corporales; babea
sobre el *phalus impudicus*, babea
sobre los manchones de la retrasada tosferina;
babea sobre las tumultuosas enmiendas de la plana.
La mosca huye a Terranova para evitar el babeo.
Bob, Bobby, La boba tiene cuenta corriente,
abre cuenta corriente, babea el billete
de pago por babear otro cuerpo.
No sabemos dónde está, La boba
escarba en los hormigueros coliflores.
En el tercer acto de Giraudoux,
en el servicio tizado de marmolite granadino,
babea lentamente las excelencias de una sílaba,
o cubre en *Le mouton sans fleur* con baba de piedra
dos perdices rosadas con mandarina almendraleja.
«Oiga, usted se le parece tanto que le ordenamos
la siesta, oiga, oiga.»
Enreda con baba la filológica lectura
y pregunta por Iván Yusuf La Condamine.
Sobre su rostro el santón bosteza las nubes de sus parábolas.

La rueda

Hombre untado de negro. Ojos rojos.
Está en la garita de centinela y mira en torno.
El cordero duerme en su cabellera.

Otro hombre con los dientes y los pies
muy blancos y muy largos.
Tiene los cabellos como carbunclos.
Enloquece y piensa en los misterios eleusinos,
en cuclillas sobre un tapiz.
El toro reposa en la parte posterior de su cuello.

Una mujer que asciende, como un pájaro con
cabeza de mujer.
Es muy calmosa al coser.
Pide gemas, quiere prole.
La sigue en su ascensión un espejo.
Una mujer detrás del brazo izquierdo.
Un hombre detrás del brazo derecho.

En su cabellera se ven tres flores rojas,
atravesadas por tres alfileres verdes.
Empuña un bastón de rama de tamarindo.
Bebe y canta con los marineros.
Aprieta entre los dos pechos y la garganta.

Se parece a un negro.
Trabaja en la Quinta del Ñato.
Horrible, lo desfigura el fastidio.
La carne y las frutas forman un líquido
indescifrable en su boca.
En la mano lleva una jarra
con el mismo líquido, vuelto transparente.
Está entre los dos pezones y el ombligo.
Cuando se despereza se extiende
de pecho a pecho.

Se ve ascender un hombre negro, está lleno de pelos.
Tiene tres tatuajes: uno, en la piel; otro, en la seda.

El tercero, en un manto rojo, que es el que usa
cuando porta un tintero negro.
Abre el libro, repasa lo que llega y lo que se va.
El sexo es la gruta marina del escorpión.

Vuelve un hombre con cara de caballo etrusco.
Lo envuelve un saco de fibra elemental.
Lleva un arco muy flexible.
Quiere cazar, pero el terreno es una salitrera.
Se sienta. Está de nuevo en la garita de la soledad.
Se siente otra vez muy fastidiado.
Pesa el vientre, lo que está dentro, oculto.
Lo que está fuera, repleto.
Un platillo es para la noche.

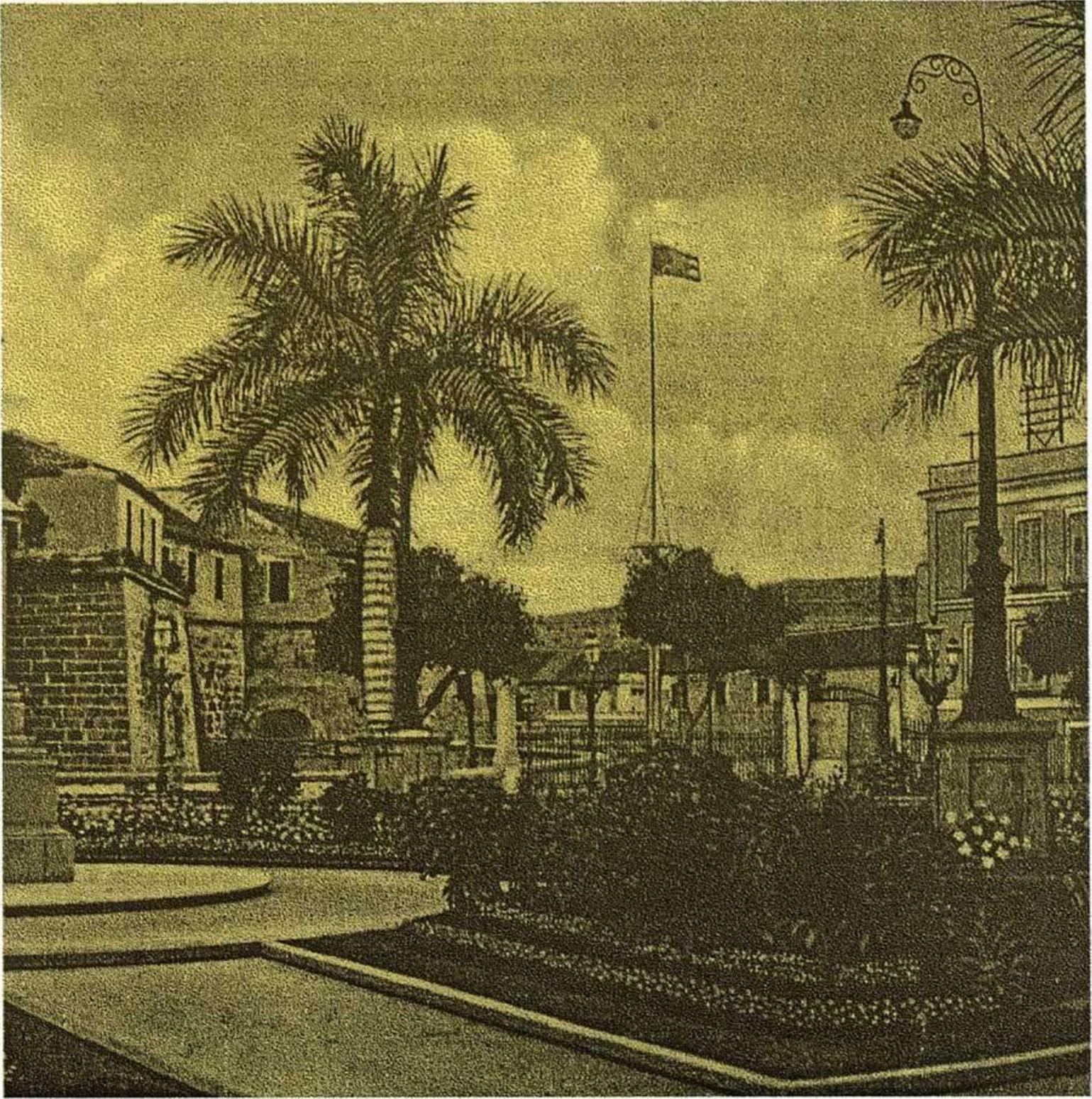
La mujer que vuela, muy bella, está desnuda.
A sus pies, el círculo de una serpiente.
Se encuentra en el mar, pero se acerca a la tierra.
El escorpión como llave. Penetra en el sexo
y mata un hijo.

Asciende un hombre de color de oro.
Lleva dos ajorcas y en los brazos
dos pulseras de granadillo.
Hiere vestido con la corteza de la palmera.
Duerme en un trono rojo.
Flecha, retrocediendo hasta la muralla de los muertos.

Asciende de nuevo una mujer. Los ojos inmóviles.
Tiene el color de la calabaza.
Es la misma que sabía coser.
Usa gemas de hierro.
Hunde los cuernos en los muslos.

Ahora es un hombre barbado, barbas coralinas.
Su cuerpo como el de un negro.
Muy ceremonioso, con su arco y sus flechas.
Lleva un saco lleno de piedras preciosas.
El agua que cae del cántaro,
se extiende por sus piernas.

De nuevo la mujer bella, blanquísima.
Se encuentra con un barco y su pecho
está cosido a los barandales de estribor.
Allí están la parentela y los amigos con vinajeras.
Llora y nada hacia la tierra.
Las dos piernas sobre dos pescados.



Plaza de Armas

ÁNGEL AUGIER

Holguín, 1910 

Premio Nacional de Literatura. *Uno* (1932); *Canciones para tu historia* (1941); *Breve antología* (1963); *Isla en el tacto* (1965); *Do svidanya* (1971); *Copa de sol* (1978); *Todo el mar en la ola* (1989).

Tiempo muerto

(Cañaveral)

II

Silencio, silencio, silencio...
Soledad fría disuelta en el silencio.
Silencio y soledad acompasados.
(Toda la tarde se quedó temblando
en la amenaza cruda de la sombra,
toda la noche se quedó temblando
en el abrazo rudo de la sombra;
únicamente la mañana quieta
tocó una luz distinta de las otras:
luz en silencio y soledad envuelta.)

Muerte del tiempo que no tiene nombre,
hambre de los bateyes solitarios,
hambre de las colonias silenciosas;
hambre, mas hambre sin color apenas.
Dolor errante que se arrastra insomne,
desesperado y solo. ¡De-ses-pe-ra-do!

La miseria recorriendo las comarcas,
con su latica de limosna extendida;
la miseria por todos los caminos,
por todos los atajos,
con su caravana atormentada.

Hay sol y no hay sol verdadero.
Tierras lejanas estamos caminando:
tierras lejanas, extranjeras,
 que nos contemplan deseándonos;
ricas tierras fecundas, de remotos dueños
 desconocidos;
terrenos extensos, que «no» son hostiles,
pero que están prohibidos y que se mueren
 de silencio.

Color y sabor de tierra tienen todas las cosas.
Los hombres se confunden con la tierra
en una misma angustia desprendida.
Hombres y tierra se preguntan (borrando las
palabras)
qué han de hacer con sus fuerzas en suspenso,
amarradas a músculos y ansias,
a fatigas disueltas en el aire,
sin arraigo, en la carne, de hacer algo;
mientras la guámpara, colgada de mutismos,
lame un anhelo de miel tibia
en el letargo oscuro de su filo dormido.

III

Como ríos sin cauces, desbordados
(pero hacia un firme rumbo presentido),
este sudor estéril, esta angustia,
este sabor sin luz, esta fatiga
(hombres desesperados que la arrastran)
corren pesados, densos, por los campos,
entre las cañas salvadas, intactas,
entre los surcos ciegos que los llaman,
...y entre guardias confusos que acechan
en la sombra.

Canción de la vida

Si te enamoras, que sea de la Vida.
La Vida, fuente generosa,
el todo panida,
germen de toda cosa,
del árbol y del pájaro que anida
en sus ramas, de la espiga y la rosa,
del agua rumorosa,
del seno que convida,

de las fieras y de la mariposa.
Si te enamoras, que sea de la Vida.

—Así ha sido. Me he enamorado de la vida.
Pendiente de ella estoy, el alma temblorosa.
Mi amor es una flor y es una herida.
Es una imagen que jamás se olvida.
Es un recuerdo que jamás reposa.
Es origen y fin de toda cosa.
Sólo que tiene un nombre ya, la Vida.

El sueño

El Sueño
llega con pasos de algodón,
y con manos de espuma
nos lleva a sus vagos dominios, fronterizos
con los más vastos de la Muerte.
Es un flotar en rara niebla
espesa y transparente,
poblada de confusos paisajes,
de olvidados recuerdos,
de seres entrevistados, de grutas misteriosas
con mortecina luz; de aventuras absurdas
donde se es héroe o víctima; de abismos
y bosques y océanos que nadie antes mirara
y que jamás se han de volver a contemplar.
Superpuestas imágenes que apenas
quedan pegadas a la memoria,
como postales en álbumes antiguos
de las que sólo restan
fragmentos, sombras, huellas...
Y al despertar, la sensación
de que se sabe un poco más
del efímero oficio de morir.



Malecón de La Habana

VIRGILIO PIÑERA

Cárdenas, 1912 🌴 La Habana, 1979

Las furias (1941); *La isla en peso* (1943);
Poesía y prosa (1944); *La vida entera* (1969).

El grito mudo

Espectro,
no te interpongas
delante de mi vacío.
Dame la sangre de tu grito.

Apretuja mi garganta,
ánfora de verdes tintas,
con tus troncos nudosos
en fatal agonía.

¡Algarabía! Fantasma
negro de imposibles...
Corre al cementerio
y pide al muerto
un grito, dos,
mil gritos.

¡Úrgeme, aspecto!
¡Tego sed de alaridos!
Fauces las mías secas,
¡tremantes del gran sonido!

Roba los ecos graves
de las campanas roídas;
arráncales el secreto
de tu vida y la mía.

¡Escarba! ¡Araña!
Petrifica el ruido;
entiérralo aquí en el alma
infinita, transida.

¡Que cuando lance
mi rugido de siglos
callados y dormidos,
la humanidad vencida
andaré de rodillas!

Elegía así

A Megera

Invito a la palabra
que pasea entre perros su desierto ladrado.
Todo es triste.
Si con lustrosas hojas corona frente y senos
una fría sonrisa florecerá en la luna.
Todo es triste.
Después los perros tristes comerán de las hojas
y ladrarán palabras de lustroso sonido.
Todo es triste.
Un perro invita a los jacintos en el río.
Todo es triste.
Con lunadas palabras, con aperradas flechas,
con dentadas hojuelas
hieren a las mudas doncellas los jacintos.
Todo es triste.
Crece la negra hierba con un rumor tranquilo
pero lustrosos filos acarician el ritmo.
Todo es triste.
Detrás de las palabras las serpientes se ríen;
así la sorda tierra no permite sonidos.
Ladra un ave celeste por el viento
para alejar la muerte;
con flores de la noche la descubre,
con palabras de perro la seduce,
con una copa de tierra la sepulta.
Todo es triste.
Invito a la terrosa palabra que perfora la vida y los espejos
y el eco de su imagen dividido.
Todo es triste.
Crujiendo crótalos cremosos crecían:
un juego de palabras con ladridos.
Todo es triste.
Un velablo con veloz viento vuela en variaciones viriles.
Todo es triste.
Media copa de tierra enmudeció la música.
Todo es triste.

Después la tierra se bebió ella misma.
Todo es triste.
Y cuando llegue el tiempo de la muerte
ponedme ante el espejo para verme.
Todo es triste.

En arje jo logos

Desde el principio nos acompañó el logos. ¿Quién nos acompañará en el final? Extiende sábanas, y que el viento las mueva. Eso ha de ser el logos. Suspendidas entre el cielo y la tierra, obedecerán las leyes de la gravedad. Míralas caer hasta quedar inertes. Mi cerebro arde de ideas o de sueños. Un ómnibus me lleva por una escalera. Viajo solo, y alguien me dice: Estás muerto. Como estoy vivo, para salir del ómnibus, despierto. Refulge mi logos. Qué suavidad la suya. Me acaricia con sus plumas de luz; me pinta un paisaje, y en el paisaje un niño, que me llama con su dedito. Soy yo, aprendiendo a decir «mamá».

Pienso en una torre colmada de sordomudos y de ciegos. En ella trato de refugiarme. Apenas entro, se desploma. Se convierte en una colmena de furiosas abejas. Mi logos entonces, con un golpecito en la sien, instaura el silencio y la negrura.

He comprendido.

1976



Coche de alquiler, Morón

MIRTA AGUIRRE

La Habana, 1912  La Habana, 1980

Presencia interior (1938); *Canción antigua a Che Guevara* (1970); *Juegos y otros poemas* (1974); *Ayer de hoy* (Prosa y verso, 1980).

Este camino yo he de hacerlo a solas

A ciegas, como un niño...
Como un niño, a pasos inseguros,
yendo a poner la frente sobre el filo
de todos los cuchillos...
Que nadie me dé luz. Que nadie tienda
su gesto en mi socorro.
Dejadme que tropiece, que me hiera,
¡dejadme que me caiga!

Nadie podrá sostenerme los pasos
si mi esfuerzo
no puede sostenerme.

Este camino yo he de hacerlo a solas.

Que me ayude yo misma,
que me alce yo y sostenga,
que me empuje mi fuerza y sólo ella.
No habría nadie capaz de levantarme
más alto que mi pecho,
sin que la sangre huyera por mis poros.
Pequeña o no, dejadme ir a la altura,
a que puedan trepar mis pies sin guía.

Dejad que pruebe mis músculos, mis nervios,
la anchura de mi espíritu.
¡Dejadme *ser* a mí! Aunque no sea
cuanto hubiera podido.
Y aunque en barro se graben, ¡que sean más
las huellas de mis dedos!
Jirón de sol o sombra diluída.
¡Dejadme ser yo misma
y buscarme yo a solas!

Cantares de mal de amores

3

Te quiero no sé por qué
y sin saber hasta cuándo.
¡Ay amar, estar amando
sin santo para la fe!
La esperanza ya se fue
y el amor sigue porfiando;
y sin saber hasta cuándo
te quiero, no sé por qué.

4

¡Cómo duele lo que fue
por lo que pudo haber sido!
Querer como te he querido,
pensar que te olvidaré
y que mi consuelo esté
en ver llegar ese olvido.
Por lo que pudo haber sido,
cómo duele lo que fue!

6

Esta nostalgia de ti
el alma me está puliendo.
Sólo domando y creciendo
concíbese amar así.
Lo amargo que se alzó en mí
paso a paso se ha ido yendo.
El alma me está puliendo
esta nostalgia de ti.

9

Quererte fuera castigo,
si no fuera por quererte.
Lo que me endulza la suerte
es que el amor va conmigo.
Esta vida a que me obligo
no es vida, es cauce a la muerte.
Si no fuera por quererte,
quererte fuera castigo.

Dolor que puede cantar
 no es dolor envenenado.
 La sangre de mi costado
 sal tiene y yodo de mar.
 Su paciente rezumar
 el corazón ha salvado.
 No es dolor envenenado,
 dolor que puede cantar.

Canción de la vida plena

Que la vida tenga
 siete dimensiones.
 Que sea jinete rojo de la alegría
 y llanto de niño.
 Que sea larga como la pena de un negro,
 tan larga como una prisión de fantasmas.
 Que fatigue los rostros de todas las estrellas
 y bailen sus pies libres
 sobre todos los vientos.
 Que comenzando en bronce acabe en luna,
 en luna vigorosa como un fruto
 —¡la que reluce sobre
 las voces sin cansancio!—
 y no en la desangrada por los viejos poemas.
 ¡Que sea marinera en barco sin anclas!
 Que sus plantas cubran
 todo el firmamento
 y más que humana sea siendo humana.
 Que haga sol de su sombra
 y de su nieve lumbre...
 Las perlas son apenas
 carbonato de calcio
 y el barro, el barro es, ¡pero hay quien puede
 hacer que suene a plata!



Arrecifes del litoral, La Habana

SAMUEL FEIJÓO

Las Villas, 1914  La Habana, 1992

Camarada celeste (1944); *Beth-el* (1949); *Gajo joven* (1950); *Gallo campero* (1950); *Libro de apuntes* (1954); *Faz* (1956); *Carta de otoño* (1957); *Violas* (1958); *La hoja del poeta* (1957); *Poemas del bosquezuelo y Haz de ceniza* (1960); *El pájaro de las soledades. Diario de un poeta enfermo* (1961); *El girasol sediento* (1963); *Cuerda menor* (1964); *Ser fiel* (1964); *El harapo al sol* (1973); *El pensador silvestre* (1979); *El pan del bobo* (1979); *Poesía* (Antología, 1984).

Un ave, un paisaje, el sol...

Un amor, un paisaje, el sol, mi madre, cualquier rama
me dicen: «Adiós, soy lejano y misterioso.»
Y mis sentidos,
y la noche y los astros, dan
en su viaje eterno una señal profunda.

No quiero irme sin haber bebido mansamente
la sangre de mis sueños.
Esta poesía de mis sueños, ¿por qué se me hace
como agua de segura niñez?

No es mía, es de celestes refrescaderos.
¿Es un eco que choca en mi frente de la aurora esperada?
Desnudo hasta la muerte está mi pensamiento,
en su puerta silenciosa.
Vestido sin terror para esos ojos...
absorto quedo ante una luminosa ventana de girasoles,
sintiendo crecer extrañas melodías.

El hogar hondo

Tierra madre desdentada, tierna y
raída, los ojos vaciados a cuchillo.
Ahora nos besamos, sangre con sangre,
lengua en lengua,
aliento en aliento, en mi
lecho de tinieblas.

Al fin vuelves tú y eres tú mi patria
última y única, que siempre he cargado,
entre palmeras y aguas y canciones.
Te llevo al lugar de donde vine
y a donde volveré.

Por años
recorrí tus abismos y comí de tu yerba roja
y vi tus tiernas estrellas que lloraban
las lágrimas de mi desolación joven. Tú,
madre helada definitiva de mi existencia pobre.
Chupa mi hueso. Tú me demudas y me reconozco.

Alumbrarse

Alumbrarse con una lámpara
de luz amarilla,
monte adentro.
El viento frío bate el bohío:
un hondo libro en las manos y
un inmenso mar interior
surcado
de bellos pájaros extraños.
Un susurro melancólico
en la frente.

Libre el pecho,
por ello
puro.

Ignorado como la yerba,
creador como la raíz,
insólito como el lirio,
jovial como el chivo recio,
lírico como el gallo.
Como el amor: sin rutas.

Mayo 14/79

Poética

Millones de pájaros cantan
y nadie señala
un Dante entre ellos.
¡Felices pájaros!
Las bibliotecas del viento
se queman cada mañana,
y otra vez
la cultura matinal del pájaro
llena los bosques de inmensos conciertos.

Junio 14/79

Epitafio del poeta bobo

Entre millones de libros ¿quién
leerá el tuyo?
Millones de libros,
generación tras generación,
bosques y bosques de versos,
generación tras generación,
montes y montes de páginas...
Generación tras generación...

Y tú escribiendo versitos,
ingenuo,
creyendo que alumbras
con tus lamparitas
el alma solitaria
que tal vez te encontró...

Y millones de libros vendrán
y siempre habrá un bobo
con su versito.

Oct. 24/78



Miramar, La Habana

ÁNGEL GAZTELU

Puente de la Reina, Navarra, 1914 

Poemas (1940); *Gradual de laúdes* (1955).

Paisaje

Ventana, a la luz lanzas
tus brazos, abres tus hojas,
como un pájaro sus alas
y haces la estancia sonora.

Traes las voces de la calle,
los ruidos de los pasos,
los perfumes vegetales:
ese cotidiano río
de los cabeceantes carros
y los salomónicos gritos
de los pregones frutales.

Te entregas también ventana
a las verónicas del aire,
con las familiares telas
tendidas en las solanas,
—oh polícromo oleaje—.

Allá, a lo lejos, un árbol
derrama su alzada copa
sobre los rojos tejados:
flechando su fresca fronda
llegan azorados pájaros.

Allá una aérea espadaña
fija su aguja de piedra,
donde tenue luz morada
quiebra el perfil de la tarde.
Desde la esquila lejana
llueve —sombra y sueho— el ángel.

Elegía

Nimbos blancos de palomas
abrían proras de anhelos.
Iban flechas derecheras
en ansia de lo perfecto.
Apuró su último instante
en la copa de su aliento;
luego quebró su cristal
con suave suspiro trémulo.
Por él (escala de plata)
ascendía el alma al cielo:
iba apoyada de ángeles,
blancas ,glorias presidiendo.
La viva ansia de partir
(llama que le ardió en el pecho)
le limo la ligadura
y le hizo absoluto el vuelo.
Se internó pura en lo rauda,
en la estación de lo pleno,
entre las nubes gloriosas
que nimban altos misterios.
Sólo su cuerpo quedaba
recodado en el silencio,
de flores frías surcado,
cortado al hielo su gesto.
En bloques de nieve y mármol
lo igual con lo igual pusieron
con un manojo de nardos
hasta el final de los tiempos.
Nimbos blancos de palomas,
su alma ascendió a los cielos:
iba apoyada en los ángeles
con ansia de lo perfecto.

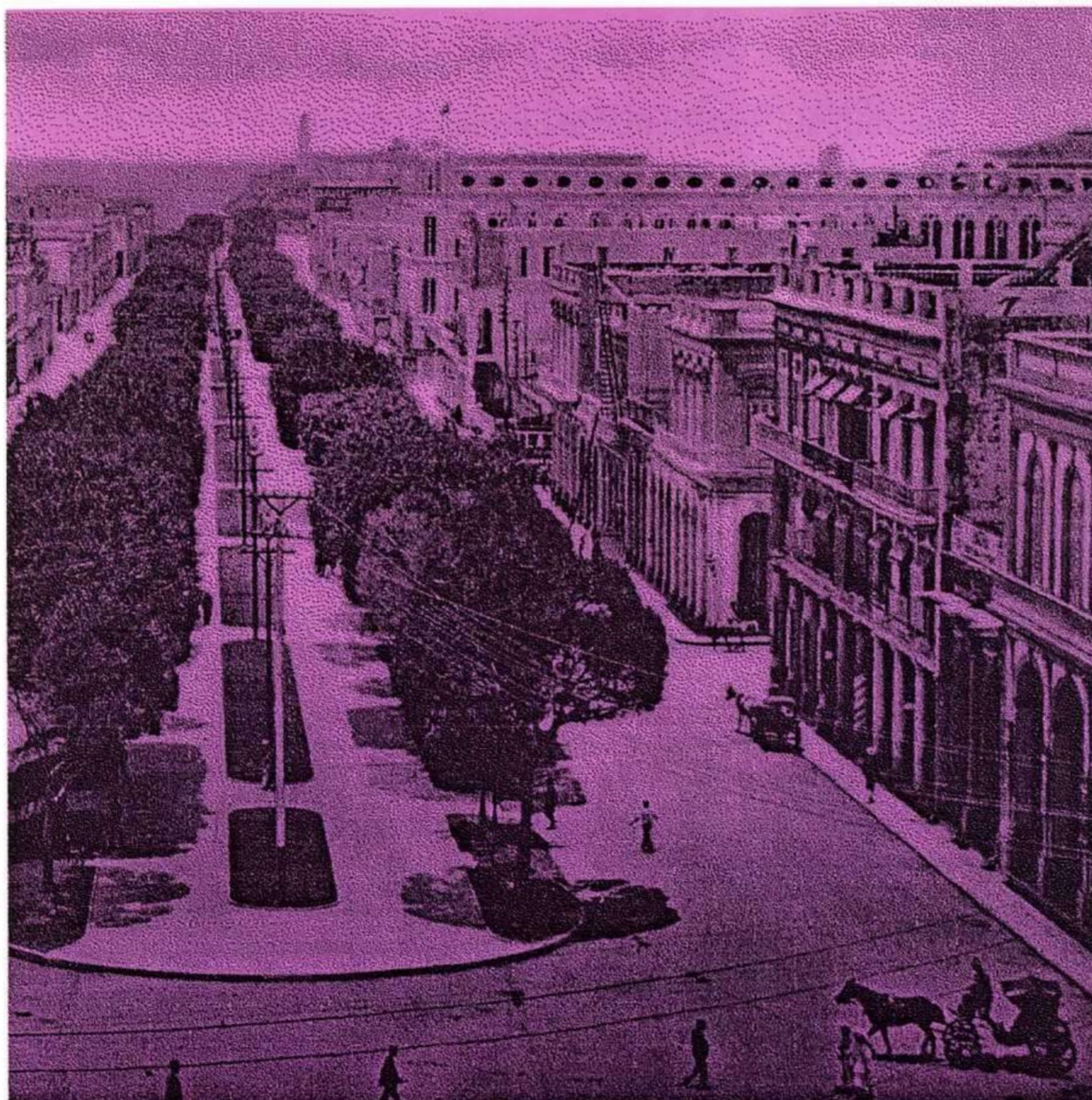
Marchan en fría fuga

Marchan en fría fuga de figuras
—río roto de estatuas y lamentos
golpéandome el sueño con oscuras
manos de nubes y aguas de tormento.

Tormento, sí, ceniza que asegura
verdad de polvo y heno el fundamento
y entre olvidos de mármol la hermosura,
lapidada pasión, función del viento.

Un día fuiste mantenida historia,
ofrecida en la espiga armonizada,
torre de música, frutada gloria

de memorables ángeles sesgada.
Mas fuiste, oh forma, forma transitoria,
y hoy sólo eres nieve serenada.



Paseo del Prado

GASTÓN BAQUERO

Banes, 1918  Madrid, 1997

Poemas (1942); *Saúl sobre su espada* (1942); *Poemas escritos en España* (Madrid, 1960); *Memorial de un testigo* (Madrid, 1966); *Magias e invenciones* (Madrid, 1984. Recoge su producción anterior y cerca de cincuenta nuevos poemas); *Poemas invisibles* (Madrid, 1991); *Antología autocomentada* (Madrid, 1992); *Poesía completa* (Madrid, 1995).

Soneto para no morirme

Escribiré un soneto que le oponga a mi muerte
un muro construido de tan recia manera,
que pasará lo débil y pasará lo fuerte
y quedará mi nombre igual que si viviera.

Como un niño que rueda de una alta escalera
descenderá mi cuerpo al seno de la muerte.
Mi cuerpo, no mi nombre: mi esencia verdadera
se incrustará en el muro de mi soneto fuerte...

De súbito comprendo que ni ahora ni luego
arrancaré mi nombre al merecido olvido.
Yo no podré librarle de las garras del fuego,

no podré levantarlo del polvo en que ha caído.
No he de ser otra cosa que un sofocado ruego,
un soneto inservible y un muro destruido.

Relaciones y epitafio de Dylan Thomas

Era como un biznieto de Federico Nietzsche.
Era el acólito predilecto de Georges Sorel.
Era como un sobrino de Ernesto Hemingway.
Era el niño que lee a Spengler en lugar del Evangelio.
Era como el novio de Arturito Rimbaud.
Era el valet de chambre de Isidore Ducasse.
Era el kinder compañero de Capote y de James Dean.
Era el office boy de Arturo Strindberg.
Era el peor recuerdo de Oscar Wilde en París.
Era el robafichas de Dostoiewski en Badem Baden.
Era el firma manifiestos de John Osborne.
Era hijo secreto de Gertrude Stein y Bertolt Brecht.
Era cliente fijo de Freud y de María Bonaparte.

Era el pianista favorito de Béla Bartók.
Era de los teen-agers que la noche cuelga en la 42.
Era taquígrafo de Henry Miller y de Ezra Pound.
No nació en Gales: nació en un cuento de Williams, Tennessee.

Y con todo eso, un día, ¡chas!
Los bosques de Escocia sintieron caer un árbol
Que había sido muy remecido por el ventarrón de la poesía.
Y aquí yace, cubierto por la espuma de la cerveza
Y ahogado por la amarguísima leche de la vida,
Aquí yace, Dylan Thomas.

El hombre habla de sus vidas anteriores

Cuando yo era un pequeño pez,
cuando sólo conocía las aguas del hermoso mar,
y recordaba muy vagamente haber sido
un árbol de alcanfor en las riberas del Caroní,
yo era feliz.

Después, cuando mi destino me hizo
reaparecer encarnado en la lentitud de un leopardo,
viví unos claros años de vigor y de júbilo,
conocí los paisajes perfumados por la flor del abedul,
y era feliz.

Y todo el tiempo que fui
cabalgadura de un guerrero en Etiopía,
luego de haber sido el tierno bisabuelo de un albatros,
y de venir de muy lejos diciendo adiós a mi envoltura
de sierpe cascabel,
yo fui feliz.

Mas sólo cuando un día
desperté gimoteando bajo la piel de un niño,

comencé a recordar con dolor los perdidos paisajes,
lloraba por aquellos perfumes de mi selva, y por el humo
de las maderas balsémicas del Indostán.
Y bajo la piel de humano
ya llevo tanto sufrido, y tanto, y tanto,
que sólo espero pasar, y disolverme de nuevo,
para reaparecer como un pequeño pez,
como un árbol de las riberas del Caroní,
como un leopardo que sube al abedul,
o como el antepasado de una arrogante ave,
o como el apacible dormitar de la serpiente junto al río,
o como esto o como lo otro, ¿o por qué no?,
como una cuerda de la guitarra donde alguien,
sea quien sea,
toca interminablemente una danza que alegra de igual modo
a la luna y al sol

1969

Epitafio para María Kodama

Me gusta que se llame
María Kodama
el invento póstumo de
Jorge Luis Borges.

María Kodama es
el nombre borgiano de la esposa
del Impertinente Maestro de Ceremonias
Kiro Kotsuké No-Suke,
llamado también Ochi Kotsuké No-Suki,
que era a su vez la verdadera
Madame Pechogris, novia
favorita de mi temido amigo
Yukio Mishima.
Mishima fue, como todos saben,

el pseudónimo oriental de
Jorge Luis Borges.

Jorge Luis Borges,
el jardinero japonés que un día,
desesperado de soledad,
engendró a María Kodama.

Es hermoso el verano, muy hermoso

Me siento bajo el sol a beber tarde,
a comer rodajitas de blando atardecer,
triste como todos los domingos,
y más los domingos tristes del verano.

La campana vacía de la tarde
se llena de fantasmas silenciosos:
vuelve la compañía mejor del solitario,
que es la memoria barrida de arriba a abajo,
lavada, planchada y limpiecita,
por la callada escoba de la muerte.

Julia, si quisieras ponerle un botón a esta camisa,
o un reborde de nácar a esta solapa,
porque esta noche
puede que regrese trayendo un clavel,
o quizás traiga otro puñadito de lágrimas
absolutamente cristalizadas ya,
en el revés de la manga.

Julia, no me dejes aquí:
llévame a tus terrazas llenas de geranios,
llévame al quitasol de estar bien muerto,
porque vendrá el verano otra vez,
y tendré que sentarme yo solo,
yo solo conmigo solo,

a beberme en largos tragos la tarde,
toda la tarde yo solamente solo,
con esta camisa tan sucia, sin botones,
con esta camisa,
vieja y destartada
como el ataúd de un ajusticiado.

Nureyev

Coriolano mi perro leyó en el Times
la muerte de Nureyev. Como lleva tanto tiempo
el bailarín viviendo entre nosotros
(un póster de su figura cubre una astilladura de cristal
en la puerta del baño) Coriolano se echó a llorar
desconsoladamente. Lloraba en silencio, hacia adentro
con el llanto de los perros bien educados, lloraba
sin gemidos ni suspiros. Para intentar calmarlo,
llené la casa de melodiosos bailettes. El lago de los cisnes,
la Valse de Ravel, las Sífides. Todo era en vano:
Coriolano seguía con los ojos clavados, meditante,
en la figura del bailarín.

Recordé al fin
que tenía entre viejos papeles la receta universal
de Tyko Brahe para curar penas del corazón y sufrimientos
del alma.

Hallé la receta por pura serendepity, y la desplegué
ante los lastimosos ojos de Coriolano.
¡Remedio santo! ¡Bálsamo de Fierabrás! ¡Parche de copal
para el dolor más fiero! Coriolano apartó sus ojos
de la danzante imagen, y pudimos aquel día,
como todos los días, salir en busca del sol,
de los niños felices, de la engañosa vida.



Manzana de Gómez, La Habana

ELISEO DIEGO

La Habana, 1920  México, 1994

Premio Nacional de Literatura, 1986; Premio de Literatura Latinoamericana y Caribeña «Juan Rulfo», México, 1993. *En las oscuras manos del olvido* (Prosa poética, 1942); *Divertimentos* (Prosa poética, 1946); *En la calzada de Jesús del Monte* (1949); *Por los extraños pueblos* (1958); *El oscuro esplendor* (1966); *Muestrario del mundo o libro de las maravillas de Boloña* (1968); *Versiones* (1970); *Nombrar las cosas* (Antología, 1973); *Los días de tu vida* (1977); *Inventario de asombros* (1982); *Poesía* (Antología, 1983); *Libro de quizás y de quién sabe* (1989).

El primer discurso

En la calzada más bien enorme de Jesús del Monte
donde la demasiada luz forma otras paredes con el polvo
cansa mi principal costumbre de recordar un nombre,

y ya voy figurándome que soy algún portón insomne
que fijamente mira el ruido suave de las sombras
alrededor de las columnas distraídas y grandes en su calma.

Cuánto abrumba mi suerte, que barajan mis días estos dedos
de piedra
en el rincón oculto que orea de prisa la nostalgia
como un soplo que nombra el espacio dichoso de la fiesta.

Al centro de la noche, centro también de la provincia,
he sentido los astros como espuma de oro deshacerse
si en el silencio delgado penetraba.

Redondas naves despaciosas lanudas de celestes algas
daban ganas de irse por la bahía en sosiego
más allá de las finas rompientes estrelladas.

Y en la ciudad las casas eran altas murallas para que
las tinieblas quiebren,
¡oh el hervor callado de la luna que sitia las tapias blancas
y el ruido de las aguas que hacia el origen se apresuran!,
y daban miedo las tablas frágiles del sueño lamidas
por la noche vasta.

Mas en los días el vuelo desgarrador de la paloma
embriagaba mis ojos con la gracia cruel de las distancias.

Cómo pasa mi nombre, qué maciza paciencia para jugar
sus días
en esta isla pequeña rodeada por Dios en todas partes,
canto del mar y canto irrestañable de los astros.

Calzada, reino, sueño mío, de veras tú me comprendes
cuando la demasiada luz forma nuevas paredes con el polvo
y mi costumbre me abrumba y en ti ciego descanso.

Voy a nombrar las cosas

Voy a nombrar las cosas, los sonoros
altos que ven el festejar del viento,
los portales profundos, las mamparas
cerradas a la sombra y al silencio.

Y el interior sagrado, la penumbra
que surcan los oficios polvorientos,
la madera del hombre, la nocturna
madera de mi cuerpo cuando duermo.

Y la pobreza del lugar, y el polvo
en que testaron las huellas de mi padre,
sitios de piedra decidida y limpia,
despojados de sombra, siempre iguales.

Sin olvidar la compasión del fuego
en la intemperie del solar distante
ni el sacramento gozoso de la lluvia
en el humilde cáliz de mi parque.

Ni tu estupendo muro, mediodía,
terso y añil e interminable.

Con la mirada inmóvil del verano
mi cariño sabrá de las veredas
por donde huyen los ávidos domingos
y regresan, ya lunes, cabizbajos.

Y nombraré las cosas, tan despacio
que cuando pierda el Paraíso de mi calle
y mis olvidos me la vuelvan sueño,
pueda llamarlas de pronto con el alba.

Testamento

Habiendo llegado al tiempo en que
la penumbra ya no me consuela más
y me apocan los presagios pequeños;

habiendo llegado a ese tiempo;

y como las heces del café
abren de pronto ahora para mí
sus redondas bocas amargas;

habiendo llegado a este tiempo;

y perdida ya toda esperanza de
algún merecido ascenso, de
ver el mar sereno de la sombra;

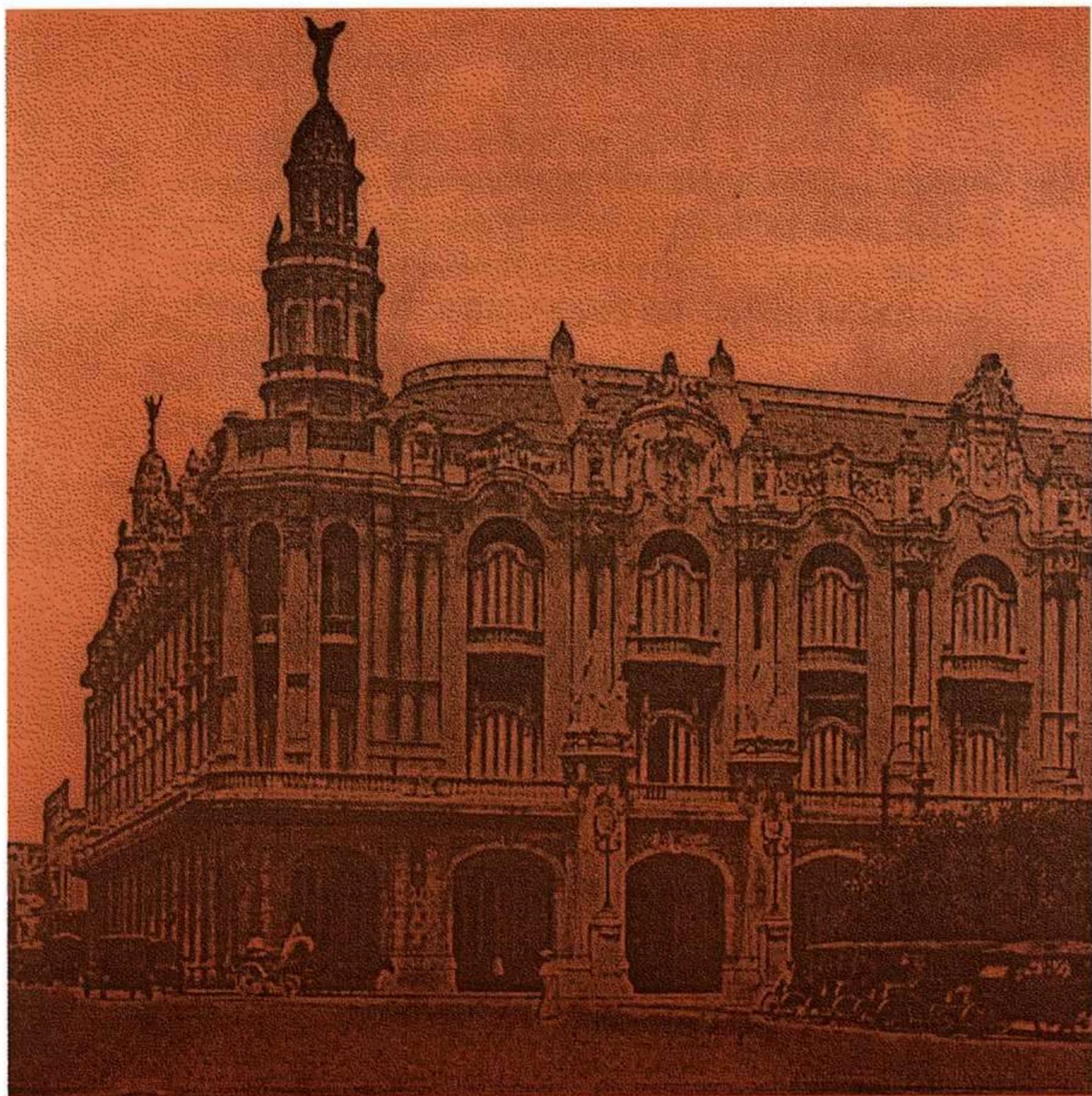
y no poseyendo más que este tiempo;

no poseyendo más, en fin,
que mi memoria de las noches y
su vibrante delicadeza enorme;

no poseyendo más
entre cielo y tierra que
mi memoria, que este tiempo;
decido hacer mi testamento.

Es
éste: les dejo

el tiempo, todo el tiempo.



Palacio del Centro Gallego

CINTIO VITIER

Key West, Estados Unidos, 1921 

Poemas (1937-1938) (1938); *Sedienta cita* (1943); *De mi provincia* (1945); *Extrañeza de estar* (1944); *Capricho y homenaje* (1946); *El hogar y el olvido* (1949); *Sustancia* (1950); *Conjeturas* (1951); *Visperas* (1953); *Canto llano* (1956); *La luz del imposible* (1957); *Escrito y cantado* (1959); *Poética* (1961); *Madrid* (1973); *Testimonios* (Madrid, Palma de Mallorca, 1966); *Mala* (Madrid, Palma de Mallorca (1967); *Testimonios* (1968); *La fecha al pie* (1981).

Ciudad mía

Desde el mar levantando tu piedra soñolienta
te escucho, mi ciudad, cantándome esta noche
la libre melodía de las cosas juzgadas y lloradas,
el respetuoso cántico de la aldea infinita
llameando ante los ojos de tranquilos fruteros.

Era tu forma húmeda una azul vecindad,
húmedo el coraje de la costa haciéndote, la espada
del destino cayendo hasta los hombros de tus madres,
temblando inmóvil en el mudo sillón de lo imposible:
allí donde pulsamos tantas veces la oscura dicha.

Y era tu sombra un aire de pez encandilado,
del hierro a la hortaliza se te oía sufrir
en tu madera heroica y astral y retumbante bajo el agua.
Recuerdo que gemían tus nubes como sogas.
Recuerdo el guijarro y la luna y el sombrero de tus pescadores.

¿He de olvidarte, olor mío, boca del mundo
dictándome las voces que estatuyen mis dedos,
mis años, mi andar, mi lenta coronación de transeúnte ciego?
Ay, ¿puede olvidarme, di, tu amarga y breve y eterna campanada
cuyo sonido soy variando entre las olas?

Este soy

Este soy, de trono concéntrico y veraz,
de texto iluso en la mirada empezando a recibir
las enormes costumbres, los voraces estribillos.
Qué me importa vivir si mañana estaré muerto.
Qué me importa morir si ahora estoy solo de frente
al ángel de mi boca, si eterno oscuro caigo
al fondo de mis ojos, lleno de nada hasta la sal nocturna.
Qué me importas, oh retórico mundo, si mi muerte está viva
para siempre como el hambre que devora la forma del silencio.

Canción

Allá de bruces en el parque
mirando el suelo antes dorado, ya nocturno
como la forma del reloj entre la espuma,
con ansias de poder estrellas
y siendo sólo el cactus de mis ojos!

Allá de espaldas junto al río,
de espaldas en el fuego abroquelado de tristeza
que exulta el mundo, la perdiz, el jarro,
con vales de poder ausentes
y siendo sólo el cactus de mis ojos!

Allá en la nada, en lo lunar, hallado
fúlgido en barcos, en la finca
de iridiscente flora, oh Nueva York feliz
con cuartos de locura ajada
y siendo sólo el cactus de mis ojos!

Allá de pronto en la muralla última,
tocado por la soga o cañaveral morado
allá con pelo de suicida,
con hondo jueves de poder campanas
y siendo sólo el cactus de mis ojos!

Poesía, hambre

Poesía, hambre
de todo:
con tu boca quisiera comer,
más que cantar,
comer el canto que tiene hambre de todo y de sí mismo.

Poesía de todo,
hambre, sed
de todo

con tu boca quisiera comer y beber el pan y el vino,
sin que quedara fuera nada, ni la nada,
para dormir al fin, sin fin, saciado,
bien comido a mi vez por todo, y bien cantado.

6 de enero de 1971

El rostro

Te busqué en la escritura de los hombres que te amaron. No quería ver la letra, sino oír la voz que a veces pasa por ella milagrosamente; oír con sus oídos, mirar desde sus ojos. Quería ser ellos, asumirlos, para verte.

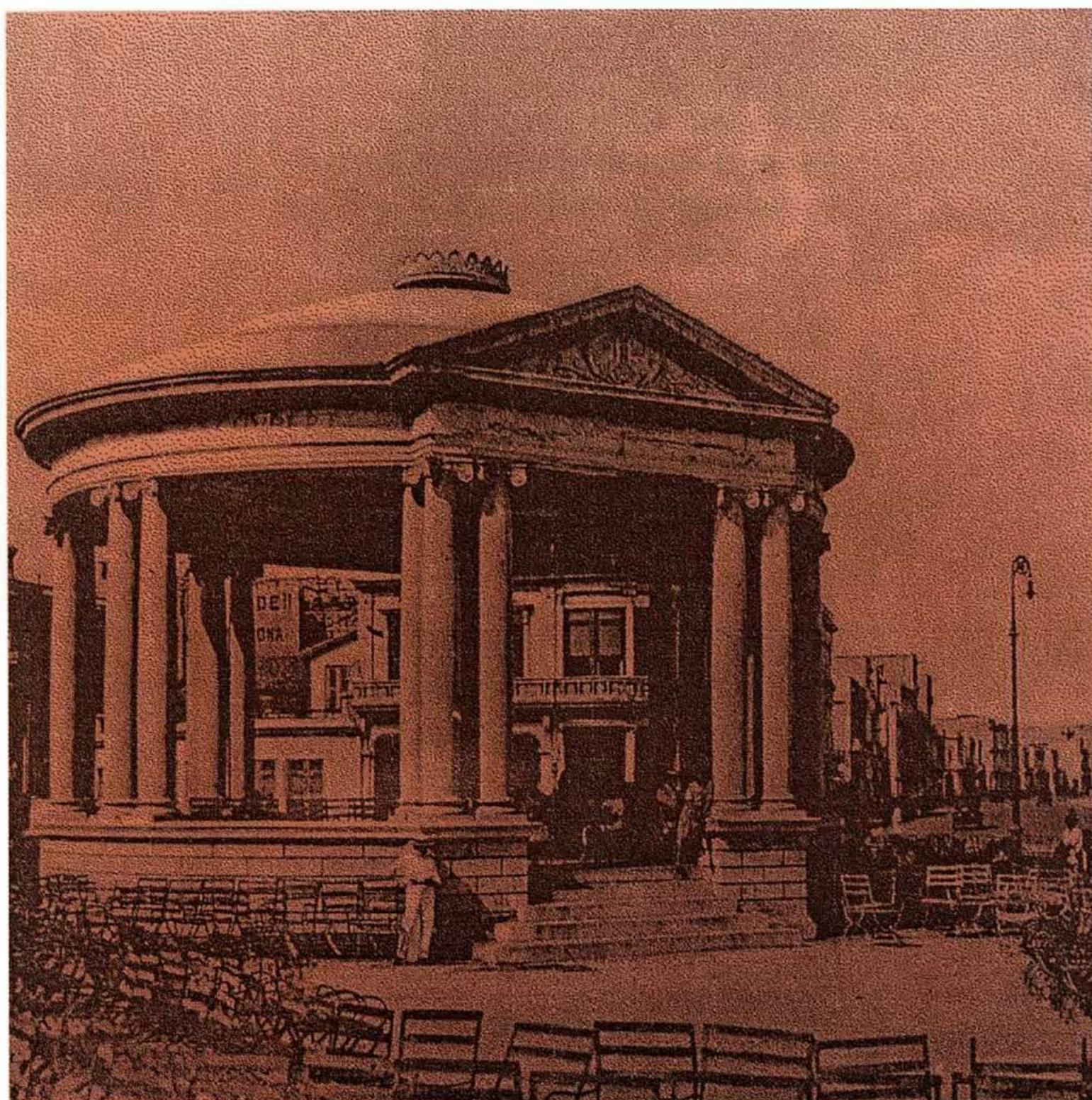
Allí estabas, sin duda; pero siempre sucesivo como las palabras de un poema; inalcanzable como el centro de una melodía; disperso, como los pétalos de una flor que el viento ha roto.

Mientras más avanzaba por el suave y ardiente frenesí del bosquezuelo, más te me alejabas. ¿Eras aquel brillo de una hoja o un ala? ¿Eras aquel largo rumor, aquel silbido? ¿Aquel silencio, aquellas piedras de pronto tan pálidas?

Eras todo aquello, sin duda; pero ¿cómo componerte, rasgo a rasgo, con brillos, rumores, pausas? Detrás estabas, respirando y brillando entero: astro que ellos habían visto de frente, o entrevisto en la bruma, o buscado como yo te buscaba, y entonces lo que dejaban en mis manos era también la noche del anhelo, el temblor de la esperanza.

Te busqué en los paisajes que están vírgenes de toda letra, que ningún nombre ha descendido sobre ellos para amortajarlos, que están en la palma de la mano de Dios como reliquias; en la mirada nupcial de las estribaciones de la Sierra y en el casto idilio pensante del Hanabanilla.

Y aquella tarde, desde el mirador de San Blas, como en la primera vaporosa mañana del mundo.



Glorieta de música, Paseo de Maceo, La Habana

JESÚS ORTA RUIZ

(Indio Naborí)

Guanabacoa, La Habana, 1922 

Premio Nacional de Literatura, 1995. *Guardarraya sonora* (1946); *Bandurria y violín* (1948); *Estampas y elegías* (1955); *Boda profunda* (1957); *Marcha triunfal del Ejército Rebelde y poemas clandestinos y audaces* (1959); *Cuatro cuerdas* (1960); *De Hatuey a Fidel* (1960); *El pulso del tiempo* (1966); *Entre, y perdone usted...* (1973).

La última reconstrucción

Anda Evocación
ponte la ropa del carpintero Andrés
pantalón azul camisa azul
y boina gris

Reconstrúyeme mi casita endeble

Aquella que caía todos los octubres
y todos los octubres
el carpintero Andrés la levantaba.

Levántala de nuevo
sobre la base de mi corazón
Toma los huesos de mi padre
y ponlos de puntales

Será la última reconstrucción
mi casita humilde no caerá jamás.

Asfixia

Cocina negra de humo
empastada de humo
asfixiante de humo
con leñas decididas a ser humo
con calderos y hornillas color humo
y la seguridad del pan
siempre lejana
inapresable como el humo.

18 de Abril

¿El pasado en la costa? ¿El hambre, el frío,
el crimen y el dolor? ¡No, compañeros!
¡Fuera terratenientes y banqueros!
¡Fuera gusanos del ayer sombrío!

El pueblo avanza como inmenso río
y hay que aguantarlo en sus impulsos fieros.
Marchan los campesinos, los obreros
¡y se desata el huracán del brío!

Las milicias son ríos de leones
que destruyen sus tanques, sus aviones,
y les hunden barcaza tras barcaza.

Todo descarga contra la osadía
¡y hasta la primavera los rechaza
como a una mancha en el fulgor del día!

Debajo del asfalto

Este creciente barrio de La Habana
es, con sus casas de mampostería
y sus calles de asfalto, losa urbana
sobre la tumba de mi sitio.

¿Dónde están los palmares, la alegría
del sinsonte trinando en la mañana,
la arboleda, el jardín, la vaquería,
los toros bravos y la ceiba anciana?

¿Dónde la tierra arada, los heraldos
de cada amanecer, los aguinaldos,
el cundiamor, el capulí, la mora?

¿Dónde mi madre y su melena oscura?
¿Dónde mi padre y su cabalgadura?
¿Dónde mi infancia que duró una hora?

Visión del recuerdo

Estoy viendo —como quien
sueña en una noche triste—
paisaje que ya no existe,
con ojos que ya no ven.
Magia de supremo bien
hay en el recuerdo mío,
cuyo visual poderío,
desde un mirador profundo,
está repoblando el mundo
que se me quedó vacío.

Madrigal de la neblina

No hay iris. Se difumina
el color de las vioetas,
y convivo con siluetas
en un mundo de neblina.
Una mujer me encamina,
y de guijarros y abrojos
va librando mis pies flojos...
¡Ay, quién me diría que
los ojos que ayer canté
hoy fueran mis propios ojos!
Tu palabra tiene arte
de iluminar la ceguera;
háblame, que no hay manera
de verte sin escucharte.
Sólo así puedo mirarte
exacta, como si un dios
conmovido por mis dos
linternas de rotas pilas,
me hiciera nuevas pupilas
con el cristal de tu voz.



El Malecón, La Habana

FINA GARCÍA MARRUZ

La Habana, 1923 

Poemas (1942); *Las miradas perdidas* (1951);
Visitaciones (1970); *Poesías escogidas* (1984).

Pienso a veces en vosotros

Pienso a veces en vosotros, pobres muertos
hace ya tiempo o aun recién segados,
pienso en vuestro Domingo ya acabado,
tan final, transcurrido para siempre.

La mañana de oro y zul sobreviviente
ya olvidó vuestros ojos, ya no os pide nada
que hacer. Sin futuro, volvéis como una música.
Os arrollan de verde las infinitas hierbas.

El yacente camino queda y los negros coches
fueron a su alborada polvorienta.
Hoy me parece mucho a un tiempo y poco

improvisar la obra maestra del instante
a cada paso único, más bello
que el inmenso crepúsculo que vuelve.

El bello niño

Tú sólo, bello niño, puedes entrar a un parque.
Yo entro a ciertos verdes, ciertas hojas o aves.

Tú sólo, bello niño, puedes llevar la ropa
ausente del difunto, distraída y remota.

La ropa dibujada, el sombrero del ave.
Tú sólo en ese reino indisoluble y grave

has tocado la magia de lo exterior, las cosas
indecibles. Yo llevo la ropa maliciosa

del que de muerte sabe y de amarga inocencia.
Tú no sabes que tienes toda posible ciencia.

Mas ay, cuando lo sepas, el parque se habrá ido,
conocerás la extraña lucidez del dormido,

y por qué el sol que alumbra tus álamos de oro
los dora hoy con palabras y días melancólicos.

La despedida

Se adelantó el mayor de la familia
y me tendió la mano poderosa,
familiar del sepulcro sincero de los lunes,
y el oro mitológico de los bueyes solemnes.

Era austero el color sencillo de las lomas
entre el palmar morado como un lujoso harapo.
Sus zapatos terrosos daban su grueso pobre.
Reales como el pan me conmovieron.

Quedó atrás la familia melancólica
en ocre y amarillo, pequeña entre sus palmas.
Sus manos se adentraban en el aire

como entra una danza en una música
sin desplazarla, y yo miré su idioma,
y el arrugado óleo del adiós.

Los palmares

Los tristes, ay los mágicos palmares
en que mi patria es bella todavía.

JOSÉ MARTÍ

Con brillo de machete los palmares
batían su oro seco y polvoriento,
erguidos como viejos generales
en su sitio de gloria y de silencio.

Parecía que estaban aún más lejos
de lo que estaban de verdad, formados
en militar crepúsculo lejano
cual la oscura República en el sueño.

Yo pensé en el destierro de los buenos
que sentimos que dora todavía
de nostalgia sus palmas y sus truenos

cuando parece sólo que miramos
el desierto escenario de la huida
por el temblor del verde entre los llanos.

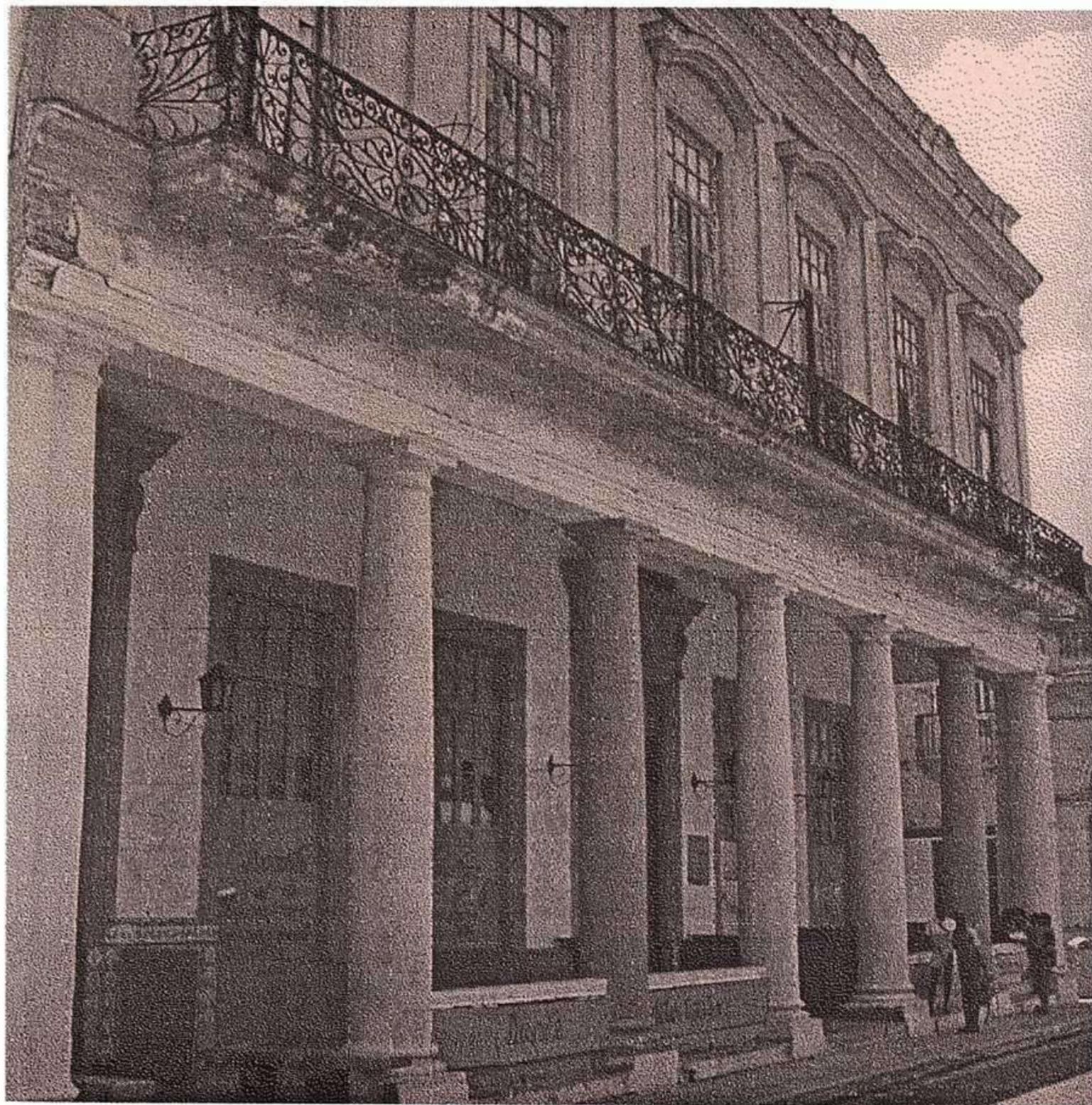
El mediodía

El mediodía vasto y silencioso como una tumba resonante
me despierta con ruido monótono de fuente
que se torna sin cambio en el sonido oscuro
de unos perros ladrando por su alba desierta.

En el silencio se graba el hojear ligero de los álamos
más que en el aire mismo. Cae el grueso piar de los pájaros
hecho de una pasta goteante y seca a un tiempo,
amarillo como un violín en el mediodía tirante como un arco.

Entonces la política aromosa del periódico y el mimbres
o el café que se acerca con su calma rural,
y el silencio del timbre lejano que atraviesa el corredor,
dan en un espacio mayor y en un vacío que no necesitan,

pues qué podría ocupar tu vasta intemperie, mediodía,
cuando apartas así en el abismo cruel y delicado al pájaro
que me despierta con su mancha de amarillo, su goterón sensato,
con el pico de lo real en la quietud poderosa e intocada.



Cárdenas

CARILDA OLIVER LABRA

Matanzas, 1924 

Premio Nacional de Poesía, 1949. *Preludio lírico* (1943); *Al sur de mi garganta* (1949); *Canto a Martí* (1953); *Memoria de la fiebre* (1958); *Versos de amor* (Antología, 1962); *Calzada de Terry 81* (1987); *Se me ha perdido un hombre* (1991).

Pronóstico del gris

Algo me está subiendo, que llora desde el fondo:
hoy necesito oír el corazón adentro
para echárselo al perro que está naciendo solo,
y salvar a la llama convicta en la ceniza,
y dar a los leprosos la carne que perdieron.

Decidme si no entonces:
¿qué estoy haciendo aquí, rodeada de nadie,
acorralada al fin por un humo que asciende?

Decidme si estoy loca,
si me enfermo de alguna cosa que no se sabe:
porque prefiero ver desdoblada una cinta;
porque después del alba siento
que se vuelve de polvo el borde de la estrella,
y voy al cementerio sin una margarita,
y me paro delante de las palomas presas...

O no me digáis nada:
que ninguna palabra me puede acompañar.

Ese muchacho pálido y tierno

Ese muchacho pálido y tierno
con quien pasaba tan buenos ratos
se me ha perdido desde el invierno.

Pero me encuentro con sus zapatos
donde el maldito no se levanta,
pero me encuentro con los retratos

y su mirada sin ser me espanta.
Era más bello cuanto más triste
ese muchacho que ya no canta.

Verdad que nunca le conociste
y no comprendes, claro, mi pena.
Limpio y humilde como el alpiste

o como un grano puro de arena;
sinceramente melancolía,
cuidando siempre del alma ajena.

¿Que fue mentira? ¿Que es sólo cuento?
Pregunta al tiempo y a la armonía.
Ese muchacho yo no lo invento:
era de carne, y me quería.

Hace un año que busco la forma de mi amado

Hace un año que busco la forma de mi amado.
El era joven, bueno, un poco mal hablado

aunque puso una fiesta en cada palabrota.
Entera la sonrisa, el alma casi rota.

Los ojos con la magia lumínica del rayo,
la boca como jueves romántico de mayo.

Iba desnudo y diáfano por gracia de su piel,
suave, con esa única caricia del laurel.

Tenía una manera de amar gentes y trinos
y le colgaban versos, ternuras y caminos.

Se sabe que era humilde. Se sabe que era pobre.
Maestro de las fraguas, artesano del cobre.

Gastaba los insomnios limando alguna espada
(quizás quiso con ellas atravesar la nada).

Comía sueños, frutas, neblinas, girasoles.
Guardado estuvo el miedo allí en sus caracoles.

Me hizo una pulsera de plata; esta serpiente
que llevo aquí en el brazo como una huella ardiente

de aquel que era rebelde, nocturno, tan distinto
con máscara de broma, pariente del jacinto.

Leía extraños libros. (Se le oye cuando canta
y exprime soledades aún en su garganta.)

Fue huérfano de todo. Nació ya siendo hombre.
Mi amante, mi marido. Naufragio era su nombre.

Vivir sólo quería, mas nunca tuvo suerte,
se confundió de vaso y se bebió la muerte.



Fuente del Gran Casino Nacional, La Habana

ROLANDO ESCARDÓ

Camagüey, 1925  Cerca de Matanzas, 1960

Libro de Rolando (1961); *Las ráfagas*
(1961); *Jardín de piedras* (1961).

La familia

Madre me acoge en su pecho caliente
día a día.
Abuelo y su cojez retumban el tablado.
Aurora es joven, no piensa aún en casarse:
sueña.
Olema ya comienza por pintarse las uñas.
(Aún Perecho no ha muerto.)
Mamá de vez en vez teclea en el piano
Antonio es cocinero
y Salvador es el que empuja el carro.

¡Enrique!
¡Falta Enrique!...
(Enrique fue el que malgastó el dinero...)

Muerte

Al bueno de Agustín Pí

Muerte sobre mi vida viene...,
yo la miro venir palpándome los huesos.

Este domingo, el que pasó, la semana que viene;
todo igual.

¿No hay una puerta o una mano que cobije tanta pena?
(Dan ganas de irse y no esperar.)

¿Y el que me llama y me da un peso y viene hasta el Café
y me invita, hasta cuándo vendrá?

Hace frío y hay sed, estoy hambriento, son las 3.

¿Vendrá el amigo o la muerte?

Vestidos

Vestirse de Harapos
o no vestirse,
o vestirse de Sombra
o de Luna o de Espejos.

Y vestirse de Hueso
o no vestirse,
o vestirse de Ceniza
o de Espanto;
de tanto disfraz pasado.

A menos, sí,
vestirse, libremente,
y no vestirse, ¡no!
vestirse y desvestirse obligado.

Noviembre, 1958

De la forma en que todo me llega

El río suena enfrente.

Con ruido atronador desciende,
como estampido de furiosas bestias,
se desborda espumeando entre las piedras.

Iniciada misión.

Las 7 y 30, Octubre 26,
Padre Sol; (*el río suena a nuestra espalda*)
asciendo, voy agitado, el pecho
respirando, dando soplidos,
transpirando un olor
que resplandece mi costado,

mi pluma de *ten cents*,
mi entrada súbita en el peldaño.
De pronto en esta edad,
la sorpresa de verse libre
desemboca ante mis ojos;
porque yo libre soy,
porque ya he liberado mi exterior
he ganado de pronto otro escalón.

Como estampido de furiosas bestias
con ruido atronador desciende.



El Malecón, La Habana

RAFAELA CHACÓN NARDI

La Habana, 1926 

Viaje al sueño (1948); *Viaje al sueño* (36 nuevos poemas y una carta de Gabriela Mistral, 1939); *Homenaje a Conrado y Manuel* (1962); *De rocío y de humo* (1965); *Del silencio y las voces* (1978); *Diario de una rosa* (1979); *Una mujer desde su isla canta* (1994).

Soneto por su voz

Su voz me ciñe más que su presencia,
su voz hermosamente masculina,
su musical arista en que termina
toda posible duda y toda ausencia.

Tengo su voz y tengo su presencia
en desatadas ondas de agua fina,
nueva y azul... Su voz que determina
hasta los límites de la inocencia.

Lámina de ceñidos resplandores,
dulce metal, acuático sonido,
espejo de humo y vagos surtidores...

Ya por su voz el llanto se contiene.
Y al borde de su boca y de mi oído
toda la paz del mundo se detiene.

Una mujer desde su isla canta

Una mujer
desde su isla canta.
Es su guitarra
huésped de la brisa.
Llueve
en su corazón
la primavera.
Recorre
el litoral
con una rosa de fuego
entre las manos
sosegadas.
Y al mar amante
entrega
—libre y sola—
su alma trasluz
y su epitafio breve.

Caribe

Caribe de islas tatuado.
Mar indio. Cristal teñido.
Caribe, lago perdido
en alegría tallado.
Mar de tierras penetrado.
Mar de música afilada.
Seda verde y ondulada
acariciando la tierra.
Anillo de agua que encierra
la luz de la madrugada.

Del amor y el olvido

II

Gira,
girándola,
giraflor de agua y nieve,
quédate así en el aire,
suspendido
en medio de la luz.
Ni estrella ni relámpago,
sí fuego de Santelmo,
sí alfilerazo azul,
luzbel pequeño,
amante sol.

IV

Desde tu nombre
crece la nostalgia,
un libro se adelgaza en sombra y agua,
y la sangre en puntillas
danza limpia y desnuda.

Mi corazón,
con su filo de agudísima plata,
hiende los aires
como un pájaro triste
sin patria y sin amigos.

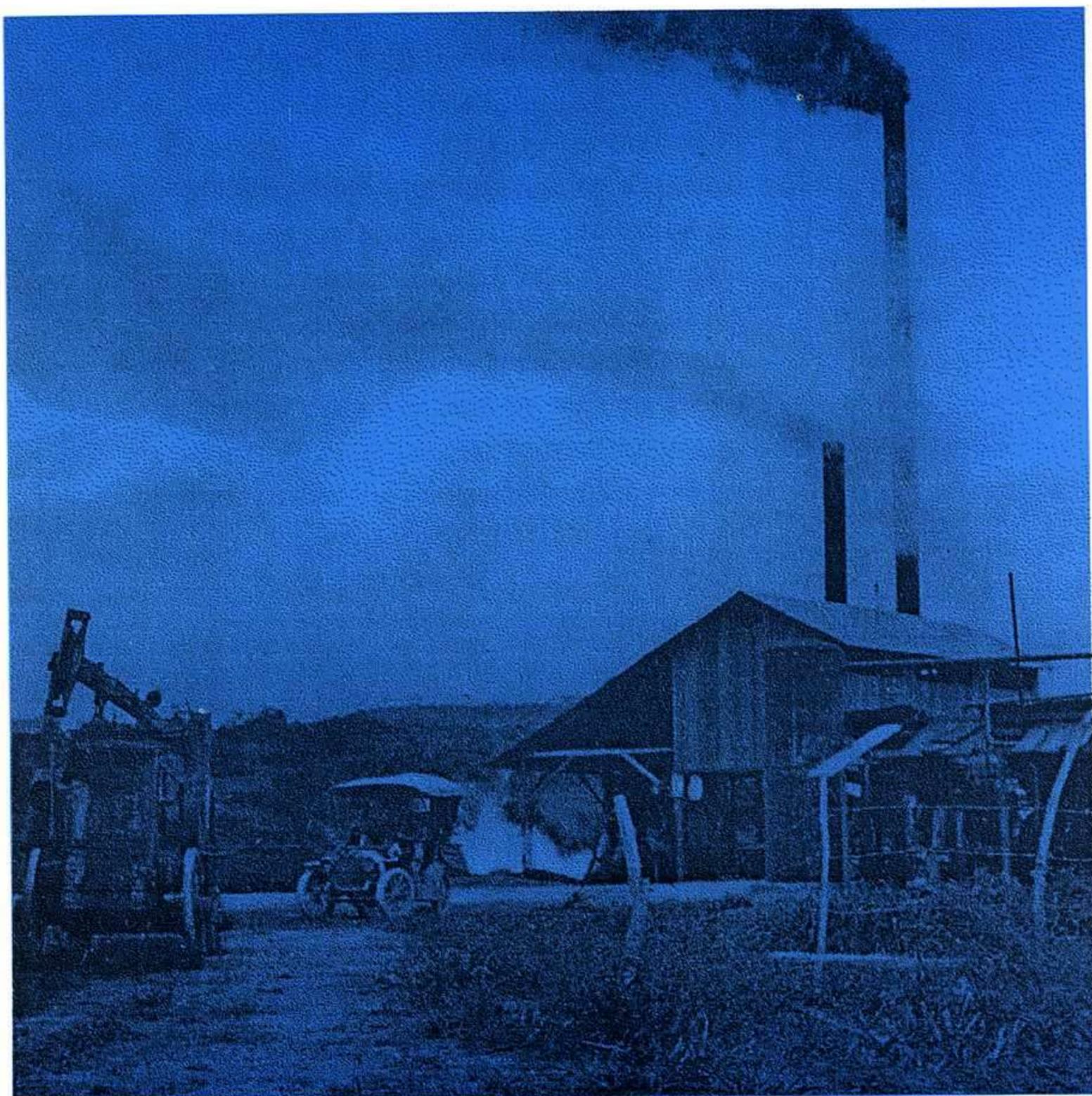
VIII

Un relámpago
oscuro dio a tus ojos
su resplandor de olvidos,
y a tus manos
un pequeño temblor de ira o de miedo,
y a tu boca grises palabras que no escuchó nadie.
Tan sólo yo y mis ojos, yo y mis manos,
yo y mis ávidos labios
supimos que te habías desplomado.

—Puro espejismo—
andabas, conversabas,
pero habías muerto ya,
al borde mismo
de un malogrado sueño.

XVII

¿Que a cuál prefiero?
No a aquel que sus cabellos
ató a la muerte
no a aquel que andaba pálido
juntando estrellas
sino al que supo un día
quemar sus naves
y se entregó al combate y al amor
sin consultar la rosa de los vientos
ni el candor de mi sangre o su misterio.



Viejo Central Azucarero

FRANCISCO DE ORAÁ

La Habana, 1929 

Premio Nacional de Literatura. *El instante cernido* (1953); *La voz de la tierra* (1965); *Las destrucciones por el horizonte* (1968); *Apuntes para una mitología de La Habana* (1971); *Ciudad ciudad* (1979); *Haz una casa para todos* (Premio de la Crítica, 1986); *La rosa en la ceniza* (1991).

En lo adelante

Para algo estoy aquí;
no estoy para morirme;
no sólo para ver
sino para hacer algo;
y a la amarga pregunta
de qué necesidad
habrá de que yo sea,
quizá responderé
no tan sólo viviendo
ni únicamente amando,
y aun más que con dejar
a mi padre los hombres
una imagen de mí
(la cosa de mi vida)
sino al hombre mis hijos
dejar la imagen donde
sean el sueño, en que
se esperen se pregunten.

Cubran mi acongojado corazón hermanitos

Cubran mi acongojado corazón hermanitos
asistan mi soledad sombras extrañas
asombros de mi infancia apenas reales
con la misma ignorancia de los animalitos
qué fresco sueño el mundo y esperábamos vivir
No los olvido
Tú Dieguito el borracho que guiñabas los ojos muy
delicados para el mundo
más bien para no verlo
tu lengua no podía sacar tu desmedido corazón
seguramente olías a inocencia
pero tus pasos conocían el sitio de la muerte

Tú viejecilla del nombre indecible
vociferado por un enjambre cruel
huyendo
a un lugar de aguas plácidas como tu mente
tiempo arrugado ante la piedra te quejabas
Tú también niña gorda y blanquísima
como los sacos de harina en la bodega de tu padre
asomada al balcón de la tarde como sale la luna
sonriéndole a quién
Tú negra un animal inexplicable bajo el sol y la lluvia
paciendo una vacía eternidad
Oh vengan acompañenme
ustedes pobres ofendidos
nunca acogidos son los únicos que saben acoger
dulces paseantes sobre la tierra apenas
vecinos del delicado hueso del mundo
sólo ustedes harán que se ablande la muerte

Los padres del poema

Miraba a fondo, cuando niño,
con la atención metida en sueño,
las pensativas manos del carpintero, así
como se asiste al nacimiento de la flor;
y pienso que los ojos del carpintero adquieren
el olor melancólico de la madera.

He observado por tiempos
las metódicas manos del albañil
como el que espera el resultado de las horas;
y pienso
que los oídos del albañil toman prestado
el vuelo al agua,
el meditado peso de las cosas gentiles,
y su pensar la absorta desnudez de la piedra.

Y sé que manos de albañil, manos de carpintero
son manos con gracia como
la mar nocturna de la madre;
tal como poeta es un modo de santidad.

Y quien estiba los dormidos cuerpos que hace el hombre
recibe su compacto peso, la obstinación que distingue
a la vida
frente a la callada mordedura del tiempo.

Y el que amasa la silenciosa obstinación de la materia,
le piensa nuevos espejos a la vida,
mueve las formas, instaura sitios,
es como aquel que saca música del puro espacio,
le toma el peso al tiempo, las intenciones a la
noche
hace que exista lo que no es,
y, como consecuencia amorosa, extraño hijo,
su mirada consigue la dureza del árbol frente
a la muerte.

Y, contemplando los delgados gestos del pescador
que se hunde de cuerpo en la noche, abstrae del agua
plata dormida como escondidos ojos,
peina la luminosa redecilla del mar
como escandido tiempo,
he recordado que el poeta
enreda peces como sonidos, ojos dormidos en su red.

Así también quien con la tierra
se ha maridado, en nupcias de albas
y atenta unión de noche, empujo diurno,
con sólo término en ella,
como que tiene la costumbre de la noche
y en sus manos el gusto de lo secreto,
agua sus ojos una lenta profundidad como quien mira
el tiempo,
crece la voz del campesino con vegetal paciencia.



Estación Terminal de Ferrocarriles, La Habana

FAYAD JAMÍS

Zacatecas, México, 1930  La Habana, 1989

Brújula (1949); *Alumbran. Seco sábado* (1954); *Los párpados y el polvo* (1954); *Vagabundo del alba* (1959); *La pedrada* (1962); *Por esta libertad* (1962. Premio de Poesía Casa de las Américas); *Los puentes* (1962); *La victoria de playa Girón* (1964); *Cuerpos* (Antología, 1966); *Abrí la verja de hierro* (1973).

En el amor

En el amor, en el rojizo fondo, nadie nos conocía. Nadie
nos preguntaba
por qué, por cuánto tiempo el callar, la sombra ardiendo.
En las calles,
el mundo, sin saberlo nosotros, el mundo, las rebeldes
arpas, los huesos,
y nosotros mismos yendo y viniendo
entre las radiantes hojas del eterno huracán.
Ay miedosa, tan niña, ¿por qué no destruiste el pesado
juguete?
¿por qué me dejaste encender tus cabellos? Entonces era
el tiempo de temer, el país de temer,
el amor de temer entre todas las cosas.
Entonces era mi corazón otro puño, otro pájaro,
otra mordida fruta de huir, de arder, de sacudir,
sencillamente,
los oscuros halagos del tiempo.
¡Pero tú eras tan niña, miedosa, tan alegre, allí
junto a las olas,
junto al fatal acecho interminable! Y un día te dormiste
sobre mi corazón.
Y más tarde yo me dormí también sobre tu vida.

Filosofía del optimista

El optimista se sentó a la mesa, miró a su alrededor
y se sirvió un poco de lo poco que halló. Le dijeron
que había demasiado nada (en realidad había
pocomucho)
pero él devoró su ración sin hacer comentarios,
abrió el periódico, se fumó su café y acabó
de cenar en paz. Pensó: tengo derecho a comer con
alegría
lo pocomucho que me gano mientras llega la
abundancia.

Sin embargo seguían hablando de todo lo que no hay
no hay no hay no hay. No hay esto ni lo otro.
Pero el optimista se levantó en silencio,
y otra vez recordó aquellos años en que sólo comió
lágrimas. No había nadie para decirle no hay sopa
o bistec
o tome un pedazo de pan duro para el perro de su
hambre,
pero jamás de sus dientes salieron discursos.
Y ahora estaba satisfecho de la cena frugal. El
hombre
salió a la calle y echó a andar mientras silbaba.
Las luces eléctricas le recordaron el porvenir.

Fuente de la palabra

Fuente de la palabra, el hombre, estaba mudo,
arañaba la mesa, la realidad, la irrealidad,
recordó un diálogo entre peces, los primeros
monólogos de un niño, una pieza oratoria,
las tablas de la ley, una carta de amor.
Estaba mudo. Recordaba. En el patio una fuente
llena de barquitos de papel, de flores de agua,
de fábricas de agua con llamaradas de agua.
Una fuente desparramándose hacia adentro,
hacia afuera, balazo en el alba, noche
desgarrada por fuegos artificiales.
Fuente de la palabra, el hombre, no decía
ni esta boca es mía, es de la tierra, del aire,
acaso de las mordeduras del vino, del estallido
de las frutas al sol. Estaba como meditando
en las sorpresas de una nueva vida, y sus manos
se llenaban de herramientas y armas, de panes
y de peces, de senos y de luces, de herraduras
y microscopios, de briznas y de lápices.
Este no fue un problema del destino, más bien
un hecho cotidiano, aunque raro, algo que ocurre

todos los días a la hora del desayuno, en el tiempo
del amor en la música del lecho, cuando los martillos
golpean con furia los metales que se resisten
o cuando una muchacha de dulces cabellos
le dice adiós a un triste desconocido.
Fuente de la palabra, el pobre diablo de hombre,
estaba cansado de tanto pedrear, de horadar,
estaba colérico de tanto callar y morir,
de tanto meditar y fumar, de tanto revivir,
y entonces, en un momento de absoluta normalidad,
comenzó a hablar cuerdamente como un loco
de todo lo que tenía ganas de hablar
y el mundo se llenó de muchas cosas nuevas,
las cosas viejas se volvieron más nuevas,
las cosas nuevas se volvieron más viejas y más
nuevas,
el mundo comenzó a chisporrotear, a crecer,
a maravillar, oscurecer y amanecer,
y así el pobre diablo de hombre dijo carajo
y esa noche durmió más tranquilo.



La zafra azucarera

ROBERTO FERNÁNDEZ RETAMAR

La Habana, 1930 

Premio Nacional de Poesía, 1952. *Elegía como un himno. A Rubén Martínez Villena* (1950); *Patrias* (1952); *Alabanzas, conversaciones* (México, 1955); *Vuelta a la antigua esperanza* (1959); *En su lugar, la poesía* (1961); *Con las mismas manos* (1962); *Historia antigua* (1964); *Poesía reunida* (1966); *Que veremos arder* (1970); *A quien pueda interesar* (1970); *Cuaderno paralelo* (1973); *Circunstancia de poesía* (1975); *Juana y otros poemas personales* (1881. Premio Rubén Darío, Nicaragua); *Hacia la nueva* (1989); *Algo semejante a los monstruos antediluvianos* (Poesía escogida, 1994).

Palabra de mi pueblo

Canta a mi lado, sustenta mi oído,
Entre trabazón de números
Que esconden ambiguas bestias,
Aventuras frutales, dura
Fidelidad a las cosas ásperas
Y final temblor de letras,
Como voz de adolescente.

Sale de polvorientos billetes,
De estentóreas bocas obreras,
O de risas relucientes,
Y corre sobre las azoteas
Que blanden humildes banderas,
Sobre solares apagados,
Y calles muchas y ligero
Hasta estancias de reposada vida.

Sustenta mi oído, canta a mi lado,
Lengua siempre recién hecha,
Rota y atendida siempre,
Abierta y alegre como pecho de pobre:
Acoge mi atención, colma mi boca.

El otro

(Enero 1 de 1959)

Nosotros, los sobrevivientes,
¿A quiénes debemos la sobrevida?
¿Quién se murió por mí en la ergástula,
Quién recibió la bala mía,
La para mí, en su corazón?
¿Sobre qué muerto estoy yo vivo,
Sus huesos quedando en los míos,
Los ojos que le arrancaron, viendo
Por la mirada de mi cara,

Y la mano que no es su mano,
Que no es ya tampoco la mía,
Escribiendo palabras rotas
Donde él no está, en la sobrevida?

¿Y Fernández?

A los otros Karamazof

Ahora entra aquí él, para mi propia sorpresa.
Yo fui su hijo preferido, y estoy seguro de que mis
hermanos,
Que saben que fue así, no tomarán a mal que yo lo afirme.
De todas maneras, su preferencia fue por lo menos equitativa.
A Manolo, de niño, le dijo, señalándome a mí
(Me parece ver la mesa de mármol del café Los Castellanos
Donde estábamos sentados, y las sillas de madera oscura,
Y el bar al fondo, con el gran espejo, y el botellerío
Como ahora sólo encuentro de tiempo en tiempo en películas
viejas):

«Tu hermano saca las mejores notas, pero el más inteligente
eres tú.»

Después, tiempo después, le dijo, siempre señalándome a mí:
«Tu hermano escribe las poesías, pero tú eres el poeta.»
En ambos casos tenía razón, desde luego,
Pero qué manera tan rara de preferir.

No lo mató el hígado (había bebido tanto: pero fue su hermano
Pedro quien enfermó del hígado),
Sino del pulmón, donde el cáncer le creció dicen que
por haber fumado sin reposo.

Y la verdad es que apenas puedo recordarlo sin un cigarro
en los dedos que se le volvieron amarillentos,
Los largos dedos en la mano que ahora es la mano mía.
Incluso en el hospital, moribundo, rogaba que le
encendieran un cigarro.

Sólo un momento. Sólo por un momento,
Y se lo encendíamos. Ya daba igual.

Su principal amante tenía nombre de heroína shakesperisna,
Aquel nombre que no se podía pronunciar en mi casa.
Pero ahí terminaba (según creo) el parentesco con el Bardo.
En cualquier caso, su verdadera mujer (no su esposa, ni
desde luego su señora)

Fue mi madre. Cuando ella salió de la anestesia,
después de la operación de la que moriría,
No era él, sino yo quien estaba a su lado.
Pero ella, apenas abrió los ojos, preguntó con la
lengua pastosa:

«Y Fernández?»

Ya no recuerdo qué le dije. Fui al teléfono más próximo
y lo llamé.

Él que había tenido valor para todo, no lo tuvo para
separarse de ella

Ni para esperar a que se terminara aquella operación.
Estaba en la casa, solo, seguramente dando esos largos
paseos de una punta a otra

Que yo me conozco bien, porque yo los doy; seguramente
Buscando con mano temblorosa algo de beber, registrando
A ver si daba con la pequeña pistola de cachas de nácar
que mamá le escondió, y de todas maneras

Nunca la hubiera usado para eso.

Le dije que mamá había salido bien, que había preguntado por
él, que viniera.

Llegó azorado, rápido y despacio. Todavía era mi padre
pero al mismo tiempo

Ya se había ido convirtiendo en mi hijo.

Mamá murió poco después, la valiente heroína.

Y él comenzó a morir como el personaje shakesperiano
que sí fue.

Como un raro, un viejo, un conmovedor Romeo de provincia
(Pero también Romeno fue un provinciano).

De la casa de huéspedes ya no existía, aquella trigueñita
A la que asustaba caminando por el alero cuando el ciclón
del 26;

La muchacha con la que pasó la luna de miel en un hotelito
de Belascoaín,
Y ella tembló y lo besó y le dio hijos
Sin perder el pudor del primer día;
Con la que se les murió el mayor de ellos, el «niño»
para siempre,
Cuando la huelga de médicos del 34;
La que estudió con él las oposiciones, y cuyo cabello
negrísimo se cubrió de canas,
Pero no el corazón, que se encendía contra las injusticias,
Contra Machado, contra Batista; la que saludó la Revolución
Con los ojos encendidos y puros, y bajó a la tierra
Envuelta en la bandera cubana de su escuelita del Cerro,
la escuelita pública de hembras
Pareja a la de varones en la que su hermano Alfonso
era condiscipulo de Rubén Martínez Villena;
La que no fumaba ni bebía ni era glamorosa ni parecía
una estrella de cine,
Porque era una estrella de verdad;
La que, mientras lavaba en el lavadero de piedra,
Hacía una enorme espuma, y poemas y canciones que impro-
visaba
Llenando a sus hijos de una rara mezcla de admiración
y de orgullo y también de vergüenza,
Porque las demás mamás que ellos conocían no eran así
(Ellos ignoraban aún que toda madre es como ninguna,
que toda madre,
según dijo Martí, debiera llamarse maravilla).
Y aquel trueno empezó a apagarse como una vela.
Se quedaba sentado en la sala de la casa que se había
vuelto enorme.
Las jaulas de pájaros estaban vacías. Las matas del patio
se fueron secando.
Los periódicos y las revistas se amontonaban. Los libros
se quedaban sin leer.
A veces hablaba con nosotros, sus hijos,
Y nos contaba algo de sus modestas aventuras,
Como si no fuéramos sus hijos, sino esos amigotes suyos
Que ya no existían, y con quienes se reunía a beber,
a conspirar, a recitar,

En cafés y bares que ya no existían tampoco.
En vísperas de su muerte, leí al fin *El Conde de Montecristo*,
 junto al mar,
Y pensaba que lo leía con los ojos de él,
En el comedor del sombrío colegio de curas
Donde consumió su infancia de huérfano, sin más alegría
Que leer libros como ése, que tanto me comentó.
Así quiso ser él fuera del cautiverio: justiciero
 (más que vengativo) y gallardo.
Con algunas riquezas (que no tuvo, porque fue honrado
 como un rayo de sol,
(E incluso se hizo famoso porque renunció una vez a un
 cargo cuando supo que había que robar en él).
Con algunos amores (que si tuvo, afortunadamente, aunque
 no siempre le resultaran bien al fin).
Rebelde, pintoresco y retórico como el conde, o quizás
 mejor
Como un mosquetero. No sé. Vivió la literatura, como
 vivió las ideas, las palabras,
Con una autenticidad que sobrecoge,
Y fue valiente, muy valiente, frente a policías y ladrones,
Frente a hipócritas y falsarios y asesinos.
Casi en las últimas horas, me pidió que le secase el
 sudor de la cara.
Tomé la toalla y lo hice, pero entonces vi
Que le estaba secando las lágrimas. El no me dijo nada.
Tenía un dolor insoportable y se estaba muriendo. Pero
 el conde
Sólo me pidió, gallardo mosquetero de ochenta o noventa libras,
Que por favor le secase el sudor de la cara.



Paseo de Martí, La Habana

PABLO ARMANDO FERNÁNDEZ

Holguín, 1930 

Salterio y lamentación (1953); *Nuevos poemas* (New York, 1955); *Toda la poesía* (1961); *Poesías* (1962); *El libro de los héroes* (1964); *Un sitio permanente* (Madrid, 1970); *Aprendiendo a morir* (Barcelona, 1983); *Campos de amor y de batalla* (1984); *El niño la razón* (1988); *Ronda de encantamiento* (Roma, 1990); *Nocturno de San Cugat* (Nueva Delhi, 1995); *Libro de la vida* (Sevilla, 1996).

Parábola

Mi madre quiere que yo sea feliz, quiere
que sea joven y alegre;
un hombre que no tema el paso de los años,
ni tema a la ternura ni al candor
del niño que debiera ser
cuando voy de su mano y la oigo repetirme
—para que no lo olvide— estas y otras nociones.
Mi madre no quisiera avergonzarse de mí.

Mi madre quiere que no mienta, quiere
que sea libre y sencillo.
No quisiera verme sufrir
pues el miedo y la duda
son males que padecen los adultos
y ella quiere que yo sea un niño.

Cualquiera que nos viese
no la comprendería: en edad coincidimos
—no quiere que lo diga—
aunque ella me dio vida
cuando tenía los años que tengo hoy.

Podríamos ser hermanos, ella un poco mayor.
Podríamos ser amigos: su memoria y la mía
corresponden a un tiempo en que ambos fuimos jóvenes.
(Yo era menor, pero recuerdo verla cantar feliz
entre sus hijos, compartir nuestra infancia.)

Mi madre quiere verme luchar a toda hora
contra el dolor y el miedo.
Sufriría si supiera que a mi edad,
la de ella entonces cuando me dio la vida,
yo soy un viejo padre y ella mi dulce niña.

Nacimiento de eggo

Cuentan las bocas muertas que el hombre
vino entre dos luces.

La barca era su cuerpo y sus brazos dos poderosos
remos.

Solo, en un estrecho de aguas violentas,
el hombre era una luz, dicen los muertos;
antes de la pasada historia, mucho antes
del tiempo por venir.

Cuentan que iba hacia el monte.

Iba mirando hacia su frente, mirando a sus espaldas
y al perfil que para siempre dibujaron

sus manos poderosas. Iba solo,
y era el cristal, el oro que fluía desde su barca,
el torso de todo lo creado,

hasta la hora de su consumación.

En las riberas, borrosa la espesura,
ceniza o carroña humeante; ruinas.

Y el monte, el hombre mismo, dice la historia
de las bocas muertas, nacía sobre las aguas.

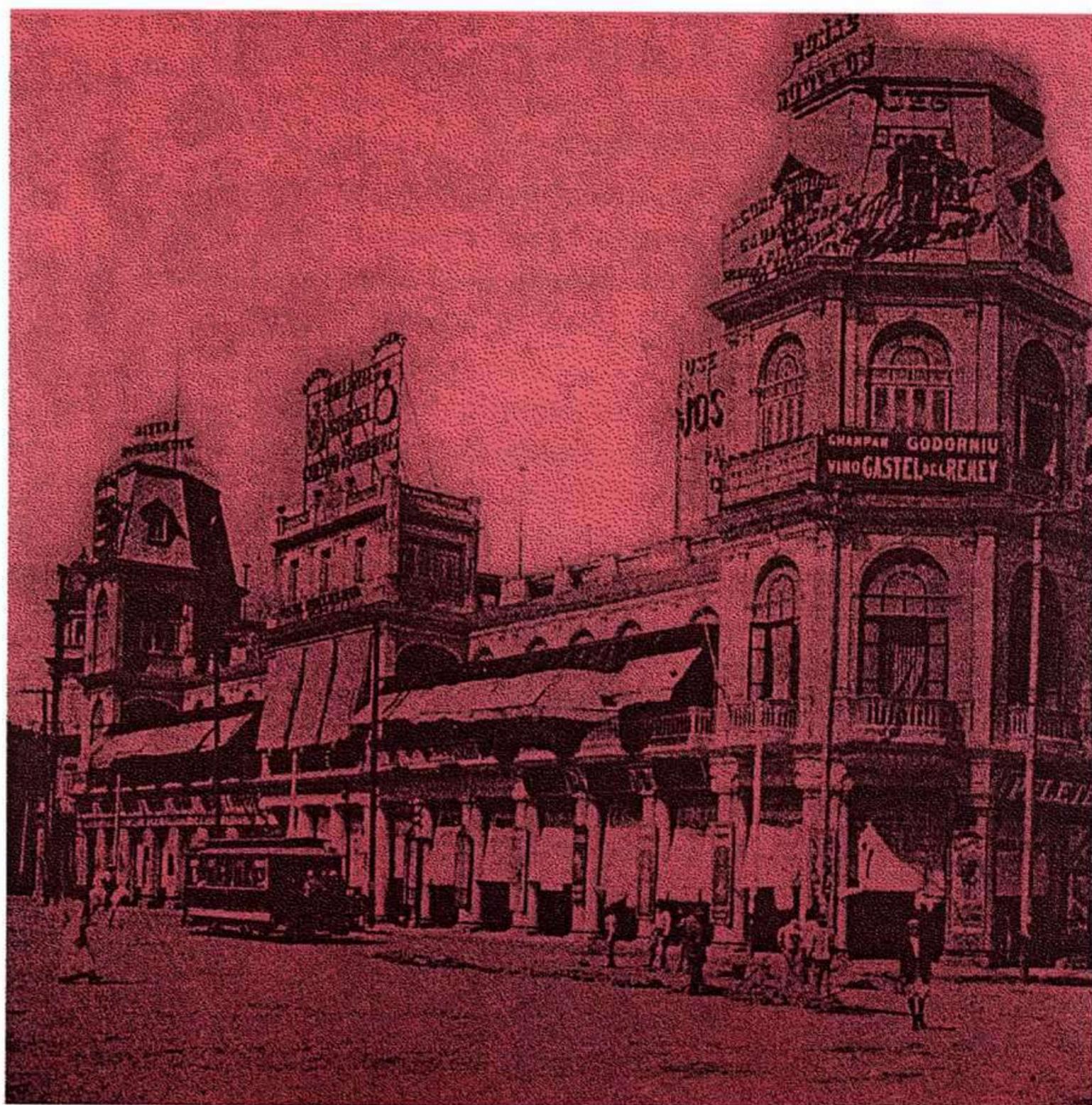
Cuando llegó al centro de sí mismo, ya no era
un hombre,

era el árbol mayor, sus ramas, múltiples remos,
su tallo, tantas barcas de fortaleza idéntica
y juntos una flor redonda de oro.

Frente a él vio, a sus flancos y espalda
multiplicarse el monte hasta un número exacto,
dividido en fragmentos iguales,
enteros unos y otros, siempre el mismo
que vino entre las aguas y dos luces.

Modulor

Porque puede la garganta metálica
del campanario
dar de bruces a las austeras baldosas
del atrio.
Han enronquecido, pardas, de clamar.
Porque puede la niña abandonar la aguja
sobre el lienzo.
Puede el bruto resistirse a cargar
la albarda
y no alcanzará frutos el mercado.
Puede el compás su exactitud quebrar,
magullando esferas que no alcanzaron a cobijar
planetas.
Y pueden la herramienta y el grano y la palabra
roídas de indolencia ocupar un espacio en el rincón.
Pero no tienes que mirar tanto a las piedras.
No tienes por qué levantar altares con su silencio.
No tienes por qué machacar así la pequeña
frente extranjera.
No tienes por qué exprimir tanto corazón
negro.
No tortures a las cifras. Ellas también velan.
Aquí no crecen el enebro, la casia,
el sicomoro.
Aquí crecen las piedras
y nos otorgan sus dominios,
sus ávidos dominios siempre en éxodo,
en comunión con piedras, con piedras y pronósticos.
Aquí crecen las piedras y mi otro miedo, aquel,
el de mi nombre.



Edificio Politeama, La Habana

HEBERTO PADILLA

Pinar del río, 1932 

Las rosas audaces (1948); *El justo tiempo humano* (1962); *La hora* (1964); *Fuera del juego* (1968; Premio de La Unión de Escritores y Artistas de Cuba); *El hombre junto al mar* (Barcelona, 1981).

Mírala tenderse

Mírala tenderse
sobre tu cama cuando te yergues.
Tiene la forma de tu cuerpo,
la prisa de tus manos,
tu propio sexo; deja tus huellas
y se ahueca
como lo hace tu pecho
y nunca la oíste respirar
y ella conoce
el temblor de tu labio,
la cuenca de tu ojo,
y está latiendo ahora en tu vida
y no sabes
que es ella tu ansiedad.

Frecuentemente
oyes sus pasos como en invierno
el soplo de las primeras ráfagas.
No has hecho fuego
para nadie.
No es ella la invitada.
A menudo sorprendes
un asalto de sombra en los zaguanes
y es inútil
la presión de tu mano
para salvar la llama: siempre
quedas a oscuras.
Es tarde, pero es ella quien habla
con la voz de la errante
que cruza los canales y los puertos
de la ciudad adonde vas,
adonde siempre quieres ir,
(¿buscando qué?)
y canta en tus oídos
la eterna fábula de horror.

Solitaria, constante
va junto a ti, vigila tu caída.

No le des nombres.
No le tiendas trampas.
No apresures el paso sobre la tierra.
No levantes el rostro
si ahora sientes un golpe sordo
en la escalera.

Gran taladora,
cada día del mundo
abates nuevos árboles,
pero es interminable la floresta.

De tiempo en tiempo, la guerra

De tiempo en tiempo
la guerra viene a revelarnos
y habituarnos a una derrota,
pacientes. Y con el ojo seco
vemos la ruta por donde apareció
la sangre.

De tiempo en tiempo,
cuando la guerra da su golpe,
todas las puertas lo reciben,
y tú escuchabas el llamado
y lo confundías
con animales queridos
súbitamente ciegos.
Y en realidad, nunca sonó la aldaba
con tanta inminencia,
no hubo nunca maderos que resistieran
golpes tan vehementes.

De tiempo en tiempo,
vienes a echarte entre los hombres,
lobo habitual, mi semejante.

Mis amigos no deberían exigirme

Mis amigos no deberían exigirme
que rechace estos símbolos perplejos
que han asaltado mi cultura.

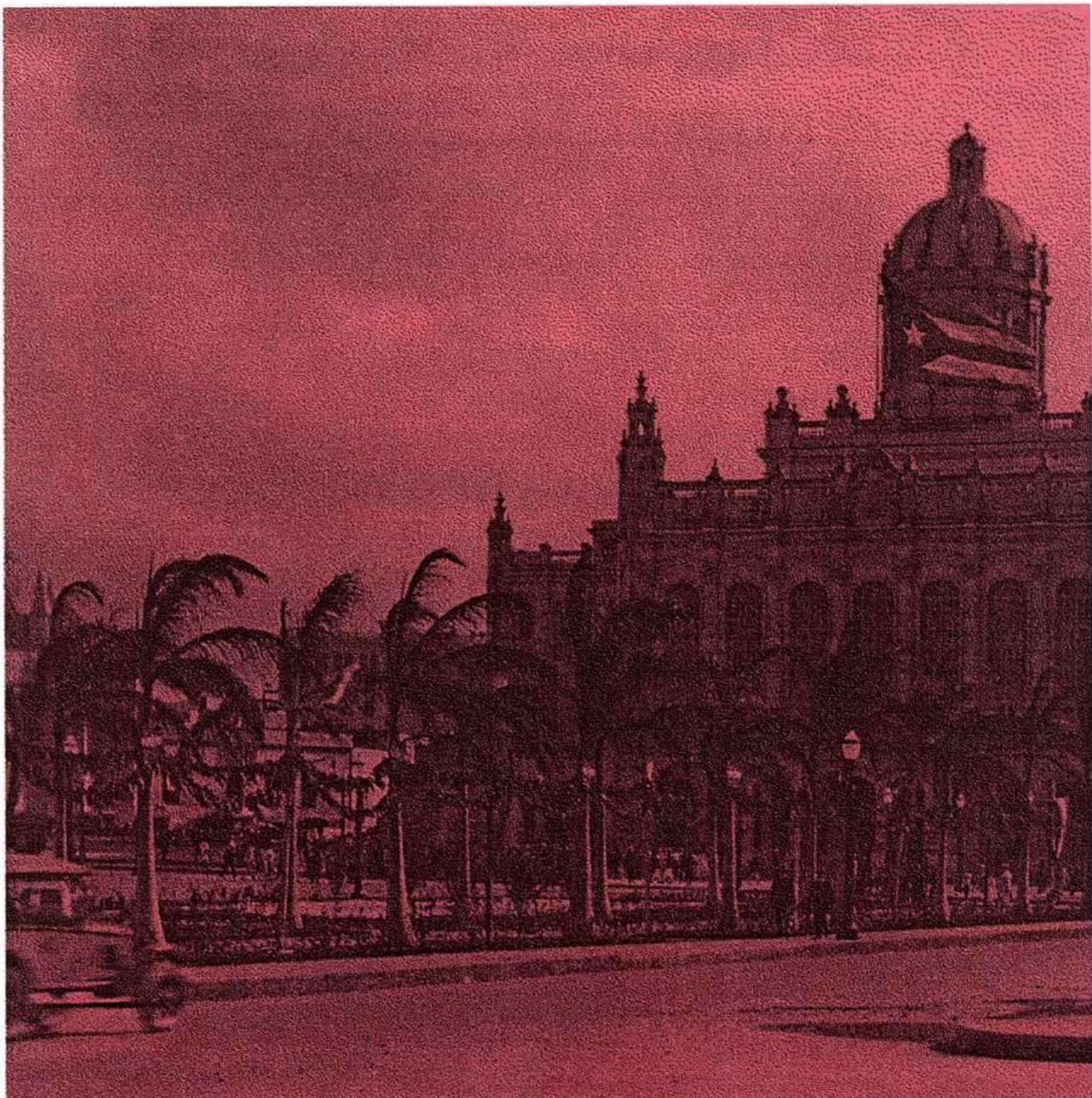
(Ellos afirman que es inglesa)

No deberían exigirme
que me quite la máscara de guerra,
que no avance orgulloso sobre esta isla de coral.

Pero yo, en realidad, voy como puedo.
Si ando muy lejos debe ser porque el mundo
lo decide.

Pero ellos no deberían exigirme
que levante otro árbol de sentencias,
sobre la soledad de los niños casuales.

Yo rechazo su terca persuasión de última hora,
las emboscadas que me han tendido.
Que de una vez aprendan que sólo siento amor
por el desobediente de los poemas sin ataduras
que están entrando en la gran marcha
donde camina el que suscribe,
como un buen rey, al frente.



Palacio Presidencial, La Habana

CÉSAR LÓPEZ

Santiago de Cuba, 1933 

Caballero de la Orden de las Artes y las Letras, Francia, 1994. Premio de la Crítica, 1989 y 1990. *Primer libro de la ciudad* (1967); *La busca de su signo* (Palmas de Gran Canaria, 1971); *Segundo libro de la ciudad* (Premio de la Editorial Ocnos, Barcelona, 1971); *Quiebra de la perfección* (1983); *Ceremonias y ceremoniales* (1988); *Consideraciones, algunas elegías* (Madrid, 1990); *Seis canciones ligeramente ingenuas* (Madrid, 1992); *Tercer libro de la ciudad* (Sevilla, 1996).

Epitafio para Don Antonio Machado

He recibido una carta de Colliure, breve
y casi desmemoriada. «*El rostro del hermano se ilumina
suavemente*». ¿Qué significa,
cuál destino supone la tierra vigilante, la dura
y alejada sepultura?

No le importa una flor, cuando pasaron
alegremente, sin conocer siquiera los verbos regulares,
todos los puñeteros muchachitos de quinto año, ni la
taza de café derramada, en la solapa, las tremendas vocales
que se olvidaron rápidas, o un muñeco de nieve:

«*Tournez, tournez, chevaux de bois.*»

Al cruzar bajo el arco de un estrecho callejón en la judería,
(Yo no pude llegar hasta Numancia, Soria
había sido inundada por cientos de fascistas)
guardaba todas las cosas inéditas, los poemas, las preguntas
a aquella buena vieja, las hojas amarillas
y la leve corriente y música de vísperas en el monasterio...
a pesar de los *yunques*
sonad y enmudeced campanas, y a pesar
de ir contando las escasas monedas
para dormir en un albergue pobre bajo el acueducto, todavía
busco el texto más
adecuado a tu epitafio.

No puedo hablar de él como no era

No puedo hablar de él como no era:
No fue poeta.
Los versos que escribiera balbuceaban la voz,
iban saliendo,
pero por muchas cosas se quedaron
a mitad de camino.
No fue pintor.
He visto emocionado los dibujos
y sin embargo, la mente, el corazón, la mano,

quedaron en el aire como un trazo empezado.
No fue músico.
Porque aquellas sonatas
eran signos borrosos, no cuajados,
que sólo algunos pocos escucharon.
No fue padre.
Se guardó su simiente en la pureza
de los hijos futuros.

.....

Fue un niño a quien recuerdo
diciendo afirmativamente y siempre:
Quiero.
¡El ser que mutilasteis,
asesinos,
era, en resumen, todo lo posible!

Cuando tía Pepilla dice España

Cuando la tía Pepilla dice España, lo dice como si fuera ayer
y ayer quiere decir ayer, ayer mismo saliendo de Galicia
donde la tía Pepilla nunca estuvo.

Pero conservaba un porte, una expresión, un rojo en las mejillas
y un exceso de libras tales, que no podía negar su condición gallega.

Nadie recuerda a la tía Pepilla viviendo largamente
fuera de la ciudad. Se la vio sólo

discutir con su hermana en risa y hasta a veces en llanto
(en realidad no pudo sobrevivir la muerte de su hermana)

y en sonadas palabras de las llamadas malas:

ya que las dos hablaban, en esos lances, como carretoneros.

No resistió nunca una ausencia demasiado larga.

Ella iba

al cementerio en las fechas que para ella eran importantes.

Con un traje discreto, elegantísimo, y sus cabellos blancos
azulados en un delicado toque de coquetería. Era imposible
imaginarla con otra edad; dicen que fue delgada,

que tenía

la nariz larga y los ojos saltones y el pelo negrísimo.
Todavía por alguna pared perdida
debe de andar colgando su retrato de joven.
Pero nadie podía ya imaginarla diferente, su cuerpo
bajo y perfectamente regordete, sus pelos blancos y muy bien
cortados,
su pie pequeño, el número dos más o menos en sus zapatos negros
o azul oscuro. El día que iba a cobrar su pensión,
ella era viuda de un oficial del ejército libertador
que no le dejó hijos, su pasión por el queso y las butifarras
de Flandes, embutidos de Lyon y sobrasada mallorquina,
la hacía caminar, después del banco,
por las tiendas más raras e increíbles en busca de tesoros.
¡Y su manera peculiar de negar para luego regalar a su antojo!
La buena tía Pepilla que enseñaba
canciones a los niños, a contar, a jugar con las manos
y hasta los complicados nombres de los huesos del cráneo.
La tía Pepilla hablaba de su madre, de los americanos
que invadían la ciudad cuando la guerra de independencia.
(Ella nunca la nombró guerra hispano-cubano-americana.)
Y de cómo la metralla se sentía y no había qué comer y las palabras
en inglés que repetía sin poderlas descifrar siquiera:
Go back, go back, go back, you bastard...
La tía Pepilla nunca iba a la iglesia,
pero en su día encendía una vela al cuadro de la Virgen
de la Caridad del Cobre que había sido de su marido,
la vela la encendía más por su marido que por la Virgen,
pero la encendía y tenía el cuadro en la pared, sobre su cama antigua.
Cuando se enfurecía amenazaba con irse a España.
La tía Pepilla murió porque no le quedaba más remedio que morir,
porque ya no podía hacer otra cosa, porque en su cama
estaba dejando de ser ella. Así que un día tranquilamente
decidió morir. Unos meses después
partió el barco hacia España con el sobrino a bordo,
la tía Pepilla no pudo acompañarlo, así que no pudo
conocer España, pero en los bolsillos del sobrino
había algunos billetes de la pequeña herencia.



Vega de tabaco

MANUEL DÍAZ MARTÍNEZ

Santa Clara, 1936 

Frutos dispersos (1956); *Soledades y otros temas* (1957);
El amor como ella (1961); *Los caminos* (1962);
Nanas del caminante (1963); *El país de Ofelia* (1965);
La tierra de Saúd (1967); *Vivir es eso* (1968. Premio
Julián del Casal); *Mientras traza su curva el pez
de fuego* (1984); *Alcándara* (1991); *Memorias
para el invierno* (Palmas de Gran Canaria, 1995).

Mi madre, que no es persona importante

A José Lezama Lima

Nadie ha dispuesto aún tus funerales,
señal de que no eres una persona importante.
Sin embargo,
te veo frente a mí, moviendo los brazos, las cejas,
la boca,
y te siento como una muerte interminable, definitiva
y violenta
que no podré tocar ni con la punta de mis lágrimas.

Ahora escribo palabras tras palabras y sé que será inútil
repetirlas algún día: he abandonado la esperanza
de creerte inmortal,
y al gozar la presencia de tu pequeña piel oscura
te palpo en la medida en que ya eres memoria,
días y casas y viajes fulgurando sobre mí.

Has estado muy bien esta mañana,
rogándome paciencia para tus temores. Estás vieja
y no hablas más que de morir tranquila.
No sé cómo será la entrada a la noche que esperas;
sospecho que ha de ser de pronto un sobresalto
y después la nada.

No importa si estás viva o si estás muerta:
nunca perderé tu imagen en el polvo
a que van cayendo mis pupilas,
que acabarán por descubrirte, entresacarte,
iluminarte
donde ya mi piel no toque fondo.

La eternidad se extiende entre tú y yo
y nos enlaza.
El tiempo entre los dos se ha convertido
en una hoja delgadísima que el aire transparenta,
haciendo de ella un prisma que te desmenuza
hasta agotar todo el espacio.

Para mí no cesarás de registrar tu bolso
ni de pronunciar esos desmesurados consejos que me
aturden

y que algunas veces me hacen daño.

Para mí ya eres como serás cuando te mueras
y en tu casa de infinitas partículas brillantes
se exhiba el retrato en que apareces con mi padre,
sonriente y tímida, joven como la esperanza,
decidida a encontrarme en el fondo de tu amor.

Ahora sólo llegas para despedirte.

Muy desolada te encuentro, madre, con tus preocupaciones.
En menos de dos días me has hablado varias veces
de la muerte,

de cómo será ese misterio que a todos nos recibe.
Vete tranquila, madre, cuando el tiempo lo decida.
Vuelve a tu casa en paz, cúbrela con tus cuidados,
pule tus ollas para que sean soles
y piensa que nunca acabarás aunque te mueras.

Como todo hombre normal

A Ofelia

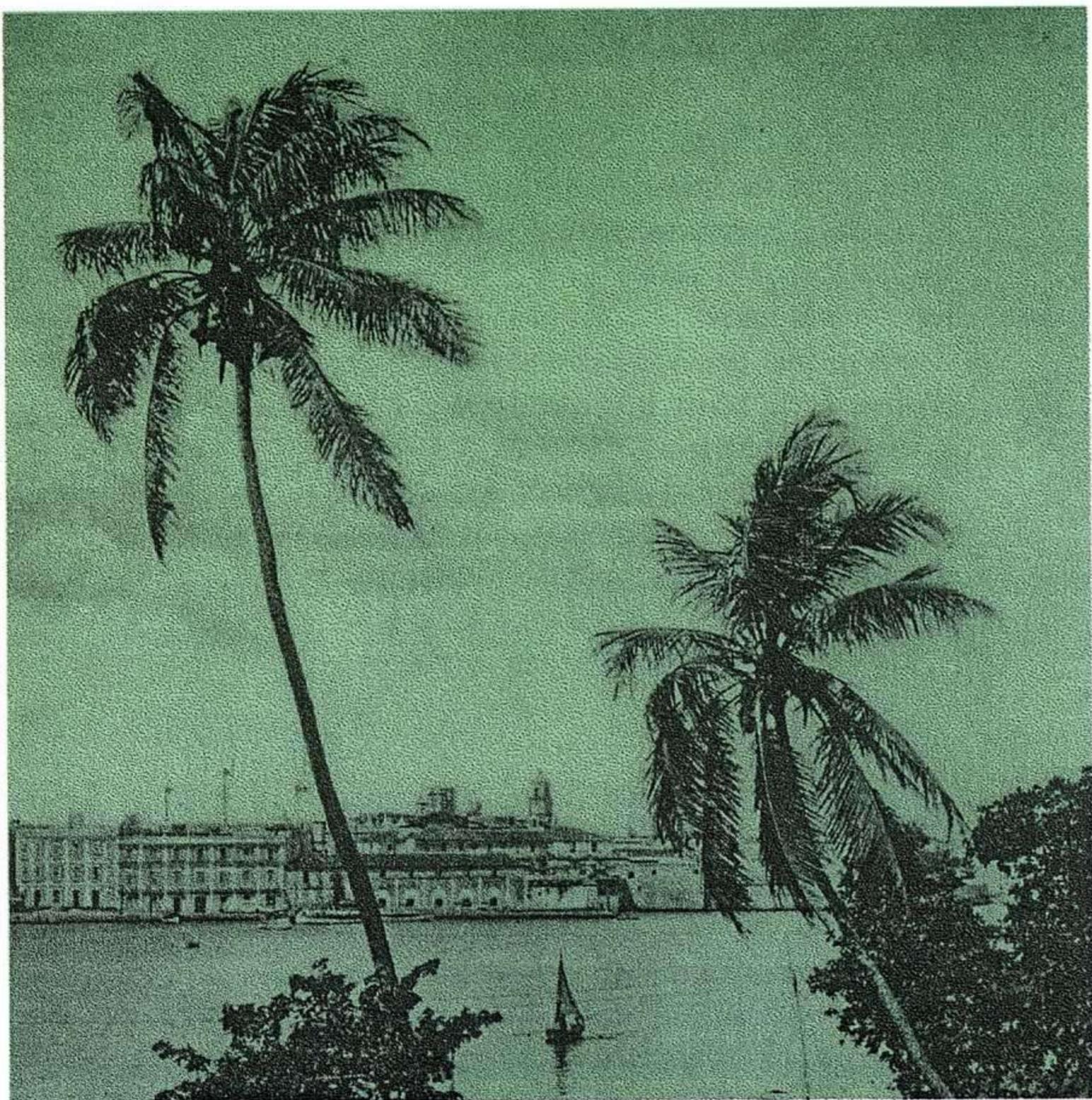
1

Yo, como todo hombre normal, soy maniático.
Me llevo bien con mis obsesiones.
Mis relaciones con la angustia son cordiales
porque no creo que
en el mundo todo está ganado,
pero tampoco que todo está perdido.
Simplemente pienso que falta por hacer la mejor
parte.
(Cuenten conmigo.)
Pero pido que se razone y hable claro.
Y pido que se condene a Dios por incapaz y al Diablo

por ridículo y a la Gloria por exagerada y a la Pureza por imposible y al Iluso por iluso y al Burgués por dolo y al Fanático por pandillismo y nocturnidad.

2

Yo, como todo hombre normal, estoy enamorado de una mujer,
de una gran mujer nerviosa, bellísima, al borde de la histeria,
de una espléndida mujer que le gusta vivir, que hace el amor como una niña de convento a pesar de sus grandes ojos dibujados, de sus largas piernas duras y del temblor de primavera, del frenético temblor obsceno que desgarrar la blancura de su vientre.
Y estoy enamorado de mi tiempo, que es brutal y también está al borde de la histeria. Estoy enamorado de mi tiempo con los nervios de punta, con la cabeza rebotando entre el estruendo y la esperanza,
entre la usura y el peligro,
entre la muerte y el amor.
Y sueño y vocifero frente a una sorda, ululante multitud de turbinas, pozos de petróleo, gigantescos combinados siderometalúrgicos donde el hombre crece en la presteza de sus dedos sobre los controles y las herramientas, fundido al cuerpo caliente y brillante de las máquinas, que se desgastan incesantemente fabricando un mundo radiante y futuro, jamás visto, jamás oído, jamás tocado, habitado por fantasmas que apenas tenemos tiempo de engendrar.
Estoy enamorado de una mujer bellísima y neurótica como la Historia, y me hundo en sus carnes espaciales para que la aurora que estamos construyendo no ilumine un planeta solitario y melancólico.



Vista de La Habana desde Casablanca

LUIS SUARDÍAZ

Camagüey, 1936 

Haber vivido (1966); *Como quien vuelve de un largo viaje* (1975); *Siempre habrá poesía* (1983); *Todo lo que tiene fin es breve* (1983).

El venado

Es como la tristeza.
Mira como los hombres en invierno.
Y, como el huérfano, apenas pone
sus huellas en la yerba.
Es como la tarde.
Crece su piel hacia la soledad oliendo el monte.
(Por su perfil transcurren el disparo y la noche,
la memoria imprecisa del acoso.)
Pero bajo su angustioso ramo de cuernos
no cabe el pensamiento y muere, como de un salto,
con los ojos abiertos.

Los héroes

Unos están por arriba de los hechos
e instrumentan la historia. Otros
acometen acompasadamente los múltiples
oficios y hacen la humanidad, la masa
que nunca irá delante de lo ya expresado
y sin la cual nada sería posible.

Ante las disyuntivas memorables,
el héroe desabotona su camisa en público
y toma, directamente, el toro por los cuernos.
Como la esposa que distribuye el orden doméstico,
él suma los engranajes de una época y bebe su agua
o duerme (únicamente lo necesario) o se pone a pensar
en los amigos de mucho antes, por ahora
fatigados entre la muchedumbre.

Con cuántos de nosotros están hechos
estos desapacibles, estos desemejantes.
Creo que fueron siempre inmortales;
pero no como los dioses de la mitología,
sino porque no se anticiparon a sí propios,

sino porque anduvieron al ritmo de sus vidas,
hasta moldear todo ese mundo
que les cupo en las manos.

Deuda externa

Nada se marchita
tan rápidamente
como el dinero fresco
en las fúnebres
bóvedas bancarias
de los países pobres.

La última cena

En una mesa discretamente bombardeada por sonos de orquesta,
se están comiendo las entrañas del gran amor.
El mantel está dispuesto como para auspiciar una alegre aventura,
semilla de las catástrofes galantes. Los cubiertos, el vino,
Las copas con sus largas patas de grulla, sirven de prólogo.

El vestuario de la pareja resplandece, las manos, esas ágiles,
huesudas arañas blancas, nos llevarían por la pista falsa
de una perfecta comunión sustentada en el júbilo
del pecado carnal. Y la delgada sonrisa de la mujer que examina
la impresionante lista de platos extranjeros del menú
y la verde llamita en los ojos de su Romeo, entrarían sin esfuerzo en
los tonos
cálidos de un nuevo idilio, en la disolvencia de la ciudad nocturna.

Sin embargo, en la mesa, en sus cuchillos,
se fragua la escena final del gran amor. Los dos dijeron
eternamente siempre, ni siquiera la muerte, Y cantaron sin saber

cantar
y escribieron los deficientes y temblorosos versos
que se traga el río anónimo de los amantes, esos en los que ya
no podrían reconocerse. Los dos edificaron su reino en los teléfonos,
los barcos, los bosques, las espumas, los catauros de luces,
y el polvo sinuoso de la madrugada. Dijeron: «nacé en tus ojos»,
o bien, «vivo para siempre en tu corazón, eres la cifra que no se apaga
nunca,
la parte más pura de mi alma, mi descanso, mi lucha».

Así que al parecer murió lo inmortal, se cansó de ser eterna la
eternidad.

A la hora del pan, ligeramente atontado por la mantequilla,
surge la primera estocada y viene con el consomé
un golpe de sangre. El gran amor se desmenuza
en la misma partitura que el pollo, se va poniendo frío con la
ensalada, dicta

con la dulzura de los postres su tímida y última voluntad.

Le han dado a beber, no la diabólica cerveza de los días felices,
sino el vino solemne, el líquido sello de las cortesías.

El camarero que asiste con sus botellas protegidas
por tibios pañales y su oscuro traje de campaña, hace a su tiempo la
señal

para que baile el humo del concilio en las tazas de café.

Pero ellos no vienen a reconciliarse. Están aquí

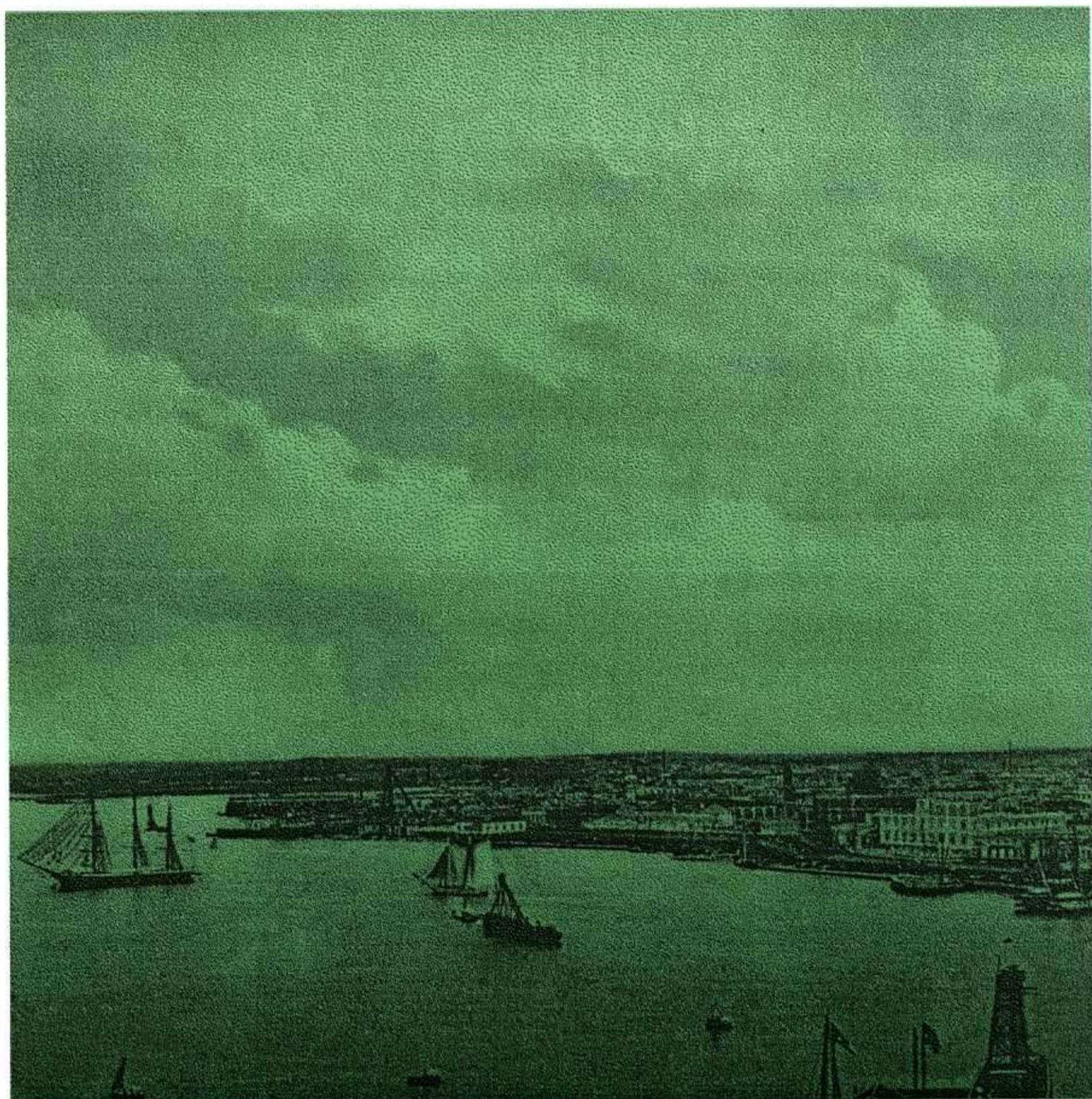
correctamente sentados, pulcros, hermosos como los arquetipos
del cine comercial, para comerse las lonjas ahumadas de la ilusión,
para consmir el cigarrillo que él enciende y ella convierte
en ondulantes cangrejos grises, para torturarse con los artísticos
cubiertos

y con el fuego blanco del hielo frapé.

Uno y otro con sus más caros adornos, amables, civilizados,
huérfanos de la menor tristeza y armados de paciencia,

de humor rosado y de sonrisas. Ni una sola inconveniencia ha sido
dicha, ningún brote de lágrimas ha despertado de su sueño

a los pañuelos, pero los músicos, los bulliciosos comensales,
los maîtres de frente despejada y hasta el novísimo pinche de cocina
saben que en esa mesa, prestigiada por densas corolas de rosas,
se están comiendo las crueles, las sangrantes entrañas del gran amor.



Vista panorámica del puerto de La Habana

SEVERO SARDUY

Camagüey, 1937  París, 1993

Es autor de una rica y original obra literaria que abarca las siguientes novelas: *Gestos*, *De dónde son los cantantes*, *Cobra*, *Maitreya*, *Colibrí* y *Cocuyo*; y en poesía: *Flamenco*, *Mood indigo*, *Merveilles de la nature*, *Overdoze*, *Daiquiri*, *Big Bang* y *Un testigo fugaz y disfrazado*

Omítemela más, que lo omitido

cuando alcanza y define su aporía,
enciende en el reverso de su día
un planeta en la noche del sentido.

A pulso no: que no disfruta herido,
por flecha berniniana o por manía
de brusquedad, el templo humedecido
(de Venus, el segundo). Ya algún día

lubricantes o medios naturales
pondrás entre los bordes con taimada
prudencia, o con cautela ensalivada

que atenúen la quema de tu entrada:
pues de amor y de ardor en los anales
de la historia la nupcia está cifrada.

Pido la canonización de Virgilio Piñera

Poco interés presentan estas cosas
para un Concilio, que otras más urgentes
—la talla de los ángeles, las fuentes
del Edén—, y sin duda, más valiosas

apremian sin cesar. Insisto empero
para que tenga sitio en los altares
este mártir de arenas insulares.
Por textual, su milagro verdadero

dio presa fácil a los cabecillas
y a los sarcasmos que, de tanto en tanto,
interrumpen las furias amarillas,

las madres del exilio y del espanto.
Es por eso que a Roma, y de rodillas,
iré a exigir que lo proclamen santo.

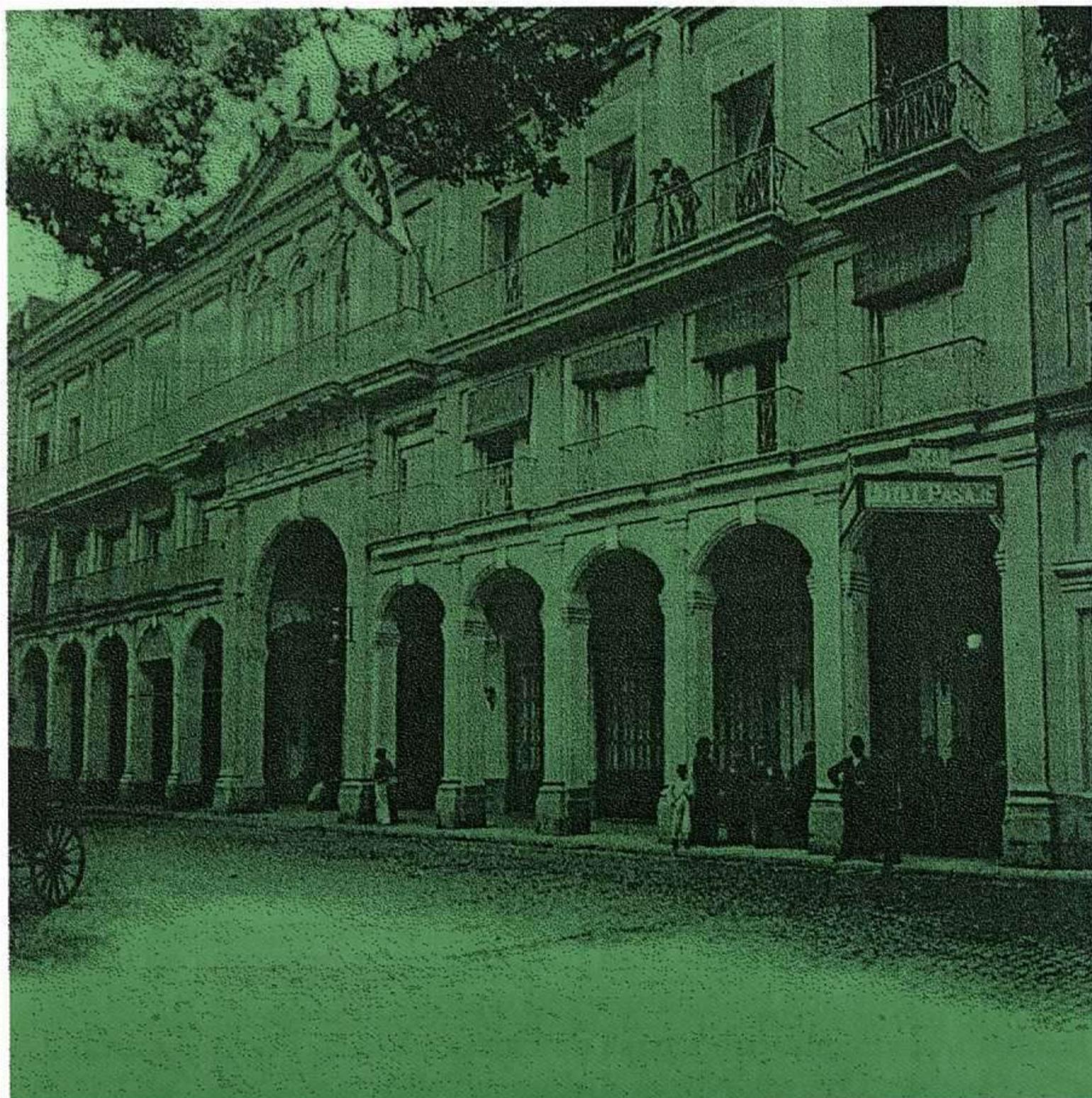
Recuento

Ya no soy el de ayer, el tiempo pasa.
Mi verso se ha tornado transparente.
Por las tardes me vienen de repente
bruscos deseos de volver a casa.

La pasión que ensimisma y la que abrasa
se alejaron de mí; ahora es la mente
quien disfruta, nocturna indiferente,
con los cuerpos que el día me rechaza.

No deploro el amor, que me fue ajeno;
sino el deseo, que redime, invierte
y modifica todo lo que toca.

Escrituras, pasiones y veneno
faltaron a mi vida y a mi muerte.
Y el roce de unas manos, y una boca.



Hotel Pasaje de La Habana

JOSÉ KOZER

La Habana, 1940 

Padres u otras profesiones (1972); Poemas de Guadalupe (1973); Este judío de números y letras (1975); Y así tomaron posesión de las ciudades (1978 y 1979); La rueca de los semblantes (1980); Jarrón de las abreviaturas (1980).

Te acuerdas, Sylvia

Te acuerdas, Sylvia, cómo trabajaban las mujeres en casa.
Parecía que papá no hacía nada.
Llevaba las manos a la espalda inclinándose como un rabino fumando
una cachimba corta de abedul, las volutas de humo le daban un
aire misterioso,
comienzo a sospechar que papá tendría algo de asiático.
Quizás fuera un señor de Besarabia que redimió a sus siervos en
épocas del Zar,
o quizás acostumbrara a reposar en los campos de avena y
somnoliento a la hora de la criba se sentara encorvado
bondadosamente en un sitio húmedo entre los helechos con su
antigua casaca algo deshilachada.
Es probable que quedara absorto al descubrir en la estepa una
manzana.
Nada sabía del mar.
Seguro se afanaba con la imagen de la espuma y confundía las
anémonas y el cielo.
Creo que la llorosa muchedumbre de las hojas de los eucaliptos lo
asustaban.
Figúrate qué sintió cuando Rosa Luxemburgo se presentó con un
opúsculo entre las manos ante los jueces del Zar.
Tendría que emigrar pobre papá de Odesa a Viena, Roma, Estambul,
Quebec, Ottawa, Nueva York.
Llegaría a La Habana con un documento y cinco pasaportes, me lo
imagino algo maltrecho del viaje.
Recuerdas, Sylvia, cuando papá llegaba de los almacenes de la calle
Muralla y todas las mujeres de la casa Uds. se alborotaban.
Juro que entraba por la puerta de la sala, zapatos de dos tonos, el traje
azul a rayas, la corbata de óvalos finita
y parecía que papá no hacía nunca nada.

Evocación

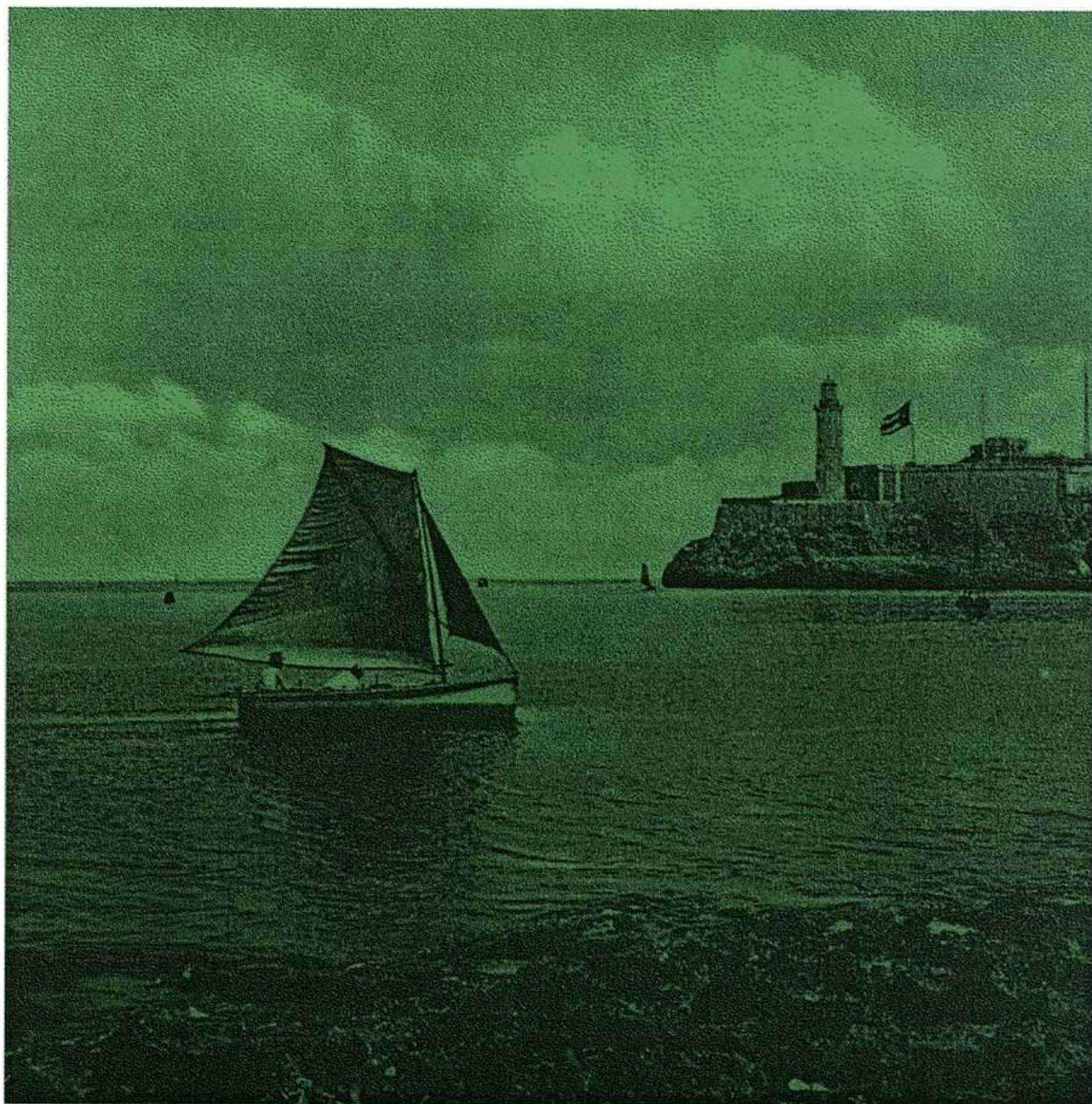
Mami.
Papi.
Sylvita.
La criada de enfrente.
El negro que vende escobillones.
La mulata que asoma los pezones por la persiana.
Mi abuelo en filacterias muriéndose de cáncer.
El jardinero quitando la maleza.
La cabeza quebrada de mi abuela sobre la copa de un sicomoro oriental.
La tierra.
El Sinaí.
La diáspora y la aurora.
El bastión de una carrera.
La marcha de los guerrilleros cruzando las cordilleras.
La Habana remota que abre la puerta de sus prostíbulos me enfrenta a San Lázaro llagado.
Los estudios.
Las buenas noches.
El tema de la salvación.
Mi abuelo acaba de morir: lo encueran para bañarlo con alcohol.
Yo espero detrás de una ventana a que se muera,
a que abra la boca hebrea y diga adiós en español.
No hay campanas.
La familia se dispersa.
Todo indica favorablemente que nos vamos de nuevo.
Y finalmente, finalmente, finalmente,
la clásica pregunta en toda evocación.

Epitafio (Imitación latina) (Adaptación cubana)

Desde que Kozer ha muerto el cuartico está igualito.
El mármol es piedra pómez y la polilla sigue su curso.
Cuba da vueltas alrededor de sí misma y en un bosque de la China
una china se perdió, Kozer, en el enredijo de tu literatura.

Mi patria es Cuba también

Mi patria es Cuba también
desde que en 1927 emigrara mi padre el polaco,
pusiera su óbolo de sangre en noches clandestinas de
marxismo,
una sastrería en la calle Villegas.
Yo también, mambises, capitanes, dictadores,
nacé aldeaño a un corrupto prostíbulo,
se me aguaron los ojos con Martí,
puse la esperanza en las montañas.
Hoy acepto los trastornos de la historia.
Quemo los puentes, voy de Cuba en Cuba.
Estoy de pie en la esquina de Galiano, me arrogo este
derecho.
China, qué te pasa que me miras sediciosa
cuando yo lo que te busco en el fusil es la sandunga.
Mi patria es Cuba también.
Me voy, abajo la política, fuera el bloqueo.
Aquí estoy, no queda otro remedio, hermano,
agarrar el avión
y luego caminar a pie la isla,
dame la mano, pongo de lado
a gringos, rusos, chinos, la bomba y la molécula,
miro encantado la brisa de la tarde,
cojo la guagua a la universidad.
Al regreso está toda la familia en chancleta,
abuela que pone una fuente gigantesca de frituras en la
mesa.



Arrecifes

MIGUEL BARNET

La Habana, 1940 

Premio Nacional de Literatura, 1994. *La piedra fina y el pavorreal* (1963); *Isla de güijes* (1964); *La sagrada familia* (1967); *Orikis y otros poemas* (1980); *Carta de noche* (1982); *Poemas chinos* (1993); *Con pies de gato* (1994. Antología de toda su obra poética).

Así, la muerte

Muere El Gordo que inflaba con sus pulmones
las llantas de bicicleta
el que se emborrachaba frente al Castillo de la Punta
huyéndole al día

Muere Patricio con sus manitas secas
y el último billete de lotería en el pecho

Muere en su camastro de paja Tente el de Palmira,
pobre santero tan viejo...

Murió a las 12 de la noche, cuando derramaba aguardiente
para su santo protector, Oggún Arere
Yo no sé por qué me daba tanta pena con Tente

Muere Israel que vendía telas al por mayor
y me decía con nostalgia ¡Quiero que vaya a Polonia para
que coma higos!

Muere Susanita, la vieja del Hotel, cansada de llorar
en el sillón del patio
sus llaves al cinto y su nariz gorda... Susanita

Muere, no recuerdo sus ojos, el muchacho aquel que
se recostaba horas
al poste cubierto de serpentinas
del Paseo del Prado

Muere, pero más lento, Oscar el banquero
impregnado de violetas hasta las sienas
y con toda la carga de un hombre hueco

Ha muerto el gitano de la filarmónica
que con su mono en la cintura giraba tierno en la ciudad

Ha muerto también Lucía o Lucrecia
la costurera de mi madre
empeñando su máquina de coser para saciar

a Humberto su marido hasta siempre

Ha muerto, yo quisiera terminar, Jesús
—el mulato de la Biblioteca.

Me han dicho que de tanto leer. ¡No sé!

Ha muerto Picasso colgado
de una barra de chocolate

¡Ay! ¡Este Picasso
hacía maravillas
en el circo!

Ha muerto ¡Qué serio es esto!

Dios

Una vez más no sé por qué lo digo
Quisiera seguir la corriente de los ríos

La sagrada familia

La familia me sigue con los ojos
Sienten piedad de mí
y me cuidan hasta de los aguaceros

En la mesa me temen un poco,
sin embargo
(esta es la tercera vez que esconden
las botellas de los licores finos)
Ponen mi fotografía en el marco del espejo
y me declaran victorioso

¡el bueno de Miguel!

Pero la familia sabe
que yo no participo del todo,
que me da igual una cosa que la otra
—el prestigio y sus trastadas silenciosas—
y un día me llaman ¡Hijo!

casi con terror

Manuscritos inconclusos

VIII

Con mi camisa rala de hilo puro
desafío al viento
Me han crecido alas
Y el vendedor de hierbas
me mira sonriente
mientras yo paso sin saludar,
casi desnudo
Lo único que poseo verdaderamente
es este impulso indetenible,
este aerostato imaginario
del que me niego a bajar

Ante la tumba del poeta desconocido

Para Luis Rogelio Nogueras

Ante esta tumba
inclínate, pastor, y arroja tus semillas
Haz tu mejor discurso, hombre de barricada,
ante estos huesos verdes ya del moho de la noche
Y tú, mujer, recuerda que aquí yace uno
que cantó tu belleza solo, en un cuarto oscuro de una
casa de huéspedes cualquiera
Niño gentil, deposita aquí tu flor pequeña,
ésta es también la tumba de un soldado



Entrada al puerto de La Habana desde el Morro

DAVID CHERICIÁN

La Habana, 1940 

Diecisiete años (1959); *Árbol y luego bosque* (1964); *Una canción de paz* (1966); *Días y hombres* (1966); *La honda de David* (1968); *Árbol de la memoria* (1971); *Queriéndolos, nombrándolos* (1971); *Junto aquí poemas de amor* (1984. Premio de la Crítica); *Potro sin freno* (1994).

Canción

Puesto a escoger entre la dulce
paz de tus ojos y el estruendo
de tu mirada, escogería
lo que, mejor, hay en el medio.

Puesto a escoger entre la chispa
que no es ni deja de ser fuego
y las llamas, escogería
lo que, mejor, hay en el medio.

Puesto a escoger entre la inhóspita
monotonía del invierno
y la rudeza del verano
escogería lo de en medio.

Pero a escoger entre morir
para poder seguir viviendo
y no vivir ni morir ni
ser perspectiva ni recuerdo,
escogería —ya he escogido—
la paz en guerra de mi pueblo.

Casi regreso

Yo esperaba encontrar a aquella niña
que un día dejó azules los espejos
con la luz de sus ojos—

yo esperaba
que aquel sabor virtual del mamoncillo
a miel alimonada aún mordería
mi boca—

yo esperaba que la hierba
cobriza de los patios

y los oros
licuados del crepúsculo vendrían
a mí en los ojos de la niña-sueño—

toda limón y miel bajo la tarde,
toda oro del pelo a la sonrisa,
toda nublada en zapaticos pulcros,
toda cintas,

encajes,

lazos,

tules,

toda sol en la plata del azogue
de dos lágrimas íntimas y azules—

hoy apenas dos gotas de agua seca.

Agosto 1/84

Hijo soy de mi hijo
J. M. [JOSÉ MARTÍ]

Mi hijo el carpintero ahora empieza

a hacer las cosas a su manera—
libre la vida entre sus manos presa
nace otra vez por vez primera.

Mi hijo el carpintero hizo una artesa
para que el pan creciera
y alimentara júbilo y sorpresa
en invierno y en primavera.

Mi hijo el carpintero hizo una pieza
de sólida y metálica madera para
que yo apoyara mi tristeza
y no me la bebiera.

Mi hijo el carpintero hizo una mesa
y una silla para que yo escribiera
todo lo que me zumba en la cabeza—

mi hijo me dio la vida entera.

Enero 7/89

Poema de golpe

Un golpe en el costado—
qué buen tema
para decir Me duele hasta el aliento
como el Miguel pastor poblando el viento
y trocando el fervor en anatema.

Un golpe en cualquier parte—
estratagema
mejor no puede hallar para el lamento
quien convirtió el dolor en el asiento
del placer y el amor—
qué buen poema.

Un golpe, un rudo golpe en el costado—
no importa qué quién quiénes han golpeado
sino los golpes que sobrevendrán.

No habrá poema—
estoy acostumbrado
y sé que antes de haberse asimilado
poema y dolor desaparecerán.

Aunque duele
tanto golpe a traición—
como dado a un pelele
o a un trasto que se tira en un rincón.

Mayo 14/89



Farola del Morro

GUILLERMO RODRÍGUEZ RIVERA

Santiago de Cuba, 1943



Cambio de impresiones, 1966; El libro rojo, 1970; En carne propia, 1983.

Ahora aprendo

Ahora aprendo que no se debe regresar demasiado pronto
al lugar de haber amado
Mira cómo están las cosas
la toalla el teléfono la puerta
(la luz todavía está encendida)
y sobre todo este dichoso hueco en la almohada
este molde de ti que no se va a cerrar
(según parece)

Si ahora lloviera allá afuera (a gotas pequeñas
a empujones da igual no viene al caso)
entonces más vale que vire y que me duerma
(si es posible) o que te llame pero eso pertenece
al libro de las fábulas del mundo.

Elegía por la ciudad

Querido Víctor
Porque seguramente sigues
el rastro de los días; porque caminas cada noche
poseído por aquella nostalgia; porque recuerdas,
te acuerdas de vivir y vas poniendo
a un lado las sombras,
al otro la violencia
y te cubres tú mismo con los años que vienen,
tengo que hablarte
(en verdad, escribirte)
llenarte de palabras, rasgar tus brazos hasta que
suene todo
lo que debo decir.

Me cuentas que está al uso quejarse,
convocar la ciudad que sabes que se desmorona;

me cuentas de poetas que lloran, repasan las paredes,
las luces apagadas, los muros que van a deshacerse
y lloran.

¡Ah, los malos poetas! Tipos jodidos, Víctor:
Gente que estuvo siempre tras sus puertas
mirando con el rabo, con el culo del ojo,
el festín que era la noche para nosotros.
Gente que acorralaba las palabras en historias
marchitas,
gente que no pudo sentir el aire blando que subía
por 23
hasta llegar a L; que no dejó su tiempo
entre las mujeres que pasaban desoladas
o diciendo que estaban desoladas, por O
hasta el parque del Hotel Nacional, el Gato
Tuerto, el Malecón fragante que siempre sabía
muy bien cómo despedazar el mar.
Gente que no sabe de esquinas,
ni de bares alumbrados por nada,
ni de conversaciones que duraban
más que todas las calles,
ni del cuarto que se entreabría, mustio,
para dejar pasar una mujer y el tiempo.

Si te sientas,
si juntas toda tu inocencia,
verás una vez más: como una sola sombra larga
llegan los viejos moradores.
Vienen Noguerras, Alomá, Silvio, Rivero,
Fuentes, Félix, Solá, Germán, Eduardo, Aurelio,
Jesús, Marcos, Machado
y yo, que no me olvido,
que no puedo dejar de estar allí;
que he llegado contigo
para nombrar lo que le falta al mundo.

Ahora, Víctor,
quién nos hará llorar por una piedra rota
o una luz apagada?

quien viene a maldecir por la pared que no se
pinta desde 1960?
quién nos entregará las mesas arruinadas,
el mar de gente que nos impide hablar,
los cuartos llenos y los vasos vacíos?
Quién imagina que debe de gemir
por estas cosas nuestras?

Ah, los malos poetas!
Gente ajena, perdida,
gente húmeda, Víctor,
siempre con una lágrima en la mano.

Yo tengo que decirte que no,
que no hay por qué llorar.
Aquí, donde no estoy y más allá,
treinta kilómetros al este,
donde trabajan desde ayer doscientos hombres;
incluso entre las paredes de ese cuarto donde
dudo que estés,
se inventan hoy las piedras de la nueva ciudad.

Volveré, volveremos,
deseando otras cosas y las mismas.
Desde lejos,
ausente,
melancólico,
te convoco para mañana:
hay que decir nuevas verdades,
cantar otra canción sobre las ruinas,
amar sobre la luz que viene.
Avisa a todo el mundo por teléfono:
no vamos a morir todavía.

Para ser un poeta social, elija entre las fórmulas siguientes:

a) *La metafórica legítima*, reconocida y prestigiosa.
Caballo de batalla de los viejos poetas (más de 50 años).

Ejemplo:

«y sobre las cenizas
llegan los milicianos, llegan
como rosadas caracolas
que golpean mi corazón».

b) *La conversacional*, elegante, moderna, personal propia para
poetas entre los 30 y los 40.

Ejemplo:

«porque es grande como el amor,
definitivo como el amor
esto que construimos».

c) *La antipoética ortodoxa*, rebelde, juvenil, novedosa,
atractiva. La fórmula ideal para el poeta joven.

Ejemplo:

ancha como la espalda de mi padre».
«la revolución es así,
del carajo,

Pero cuando uno es, exactamente,
un miliciano y se mira al espejo y no halla
una caracola rosada enfrente;
cuando uno sabe que lo que construimos es como
el amor,
pero también es como el odio y como tantas,
tantas cosas;
cuando las espaldas estrechas de mi padre
(que nunca llegó a entender verdaderamente la
Revolución)
se están pudriendo ya
bajo la tierra...

por eso, entre las fórmulas de lujo,
CÓMO HACER UN POEMA?
seguía yo escribiendo mi poema,

CÓMO DECIR LO QUE DEBO DECIR?
hablando de aquellos ojos terribles
hasta que fui al balcón y miré, vi desde el
 balcón
la gente que subía, yo que bajaba
y que era uno más entre las hileras de gentes;
yo, construyendo un mundo que me deja nacer
porque me aplasta,
buscando un sitio donde comer algo, el cuerpo aquí
y el alma en el futuro;
yo, trabajando, lleno de esperanza,
dispuesto a disparar contra la muerte;
yo, leyendo un periódico de cuatro páginas
 casi sin noticias,
tan lejano.
Creo que fue hace dos o tres meses
que rompí aquel poema;
que arrojé al viento de La Habana el montón
de papeles
que voló sobre la avenida,
mientras la gente alzaba la cabeza;
que comprendí que el único modo real de decir
 todo era,
sencillamente,
decir todo.



Entrada a La Cabaña

WALDO LEIVA

1943 

Del que tal vez

Lo terrible de una guerra prolongada
no es el hambre del cerco,
ni el cansancio, ni la desesperanza,
ni los muertos que queden en el polvo
en terreno de nadie.

Lo atroz, lo insoportable,
lo que quita las ganas de vivir,
es que conoces el color de los ojos,
el gesto, la íntima camisa,
del que tal vez mañana se pase al enemigo.

20 abril 1994

Jónicas

Soy roca que soporta el embate del agua,
y agua incansable contra la roca viva.

Viento soy en las ramas del árbol,
y árbol plantado contra el viento.

Soy fuego en el corazón inmortal de la salamandra,
y salamandra naciendo de las brasas.

Soy un hombre en la ruta del mundo,
y ruta donde pasa el agua , nace el viento,
y cruje sin cesar el fuego.

La incondicionalidad es un oficio

No olvides nunca que en la piedra está el hierro
y que la muerte es de metal.

La chispa y la madera son contrarios
de donde nace el fuego, y la ceniza,
y cierto mito alado que es el hombre.

Si mandas, el leal será el sostén que necesitas.

No confíes jamás en quien te anuncia
sin condición su entrega.

Nunca el leal limpirá con su lengua
tu camino, ni aplaudirá tu soberbia
o tus errores,
pero sabrá morir contigo.



Dársena sur del puerto de La Habana

VÍCTOR CASÁUS

La Habana, 1944 

Todos los días del mundo (1967); *Entre nosotros* (1978);
Amar sin papeles (1981); *Los ojos sobre el pañuelo* (1984.
Premio Latinoamericano de Poesía Rubén Darío, Nica-
ragua, 1982); *De un tiempo a esta parte* (Antología,
1989); *Maravillas del mundo* (1991); *Maravillas
del mundo* (Antología, Santiago de Chile, 1991).

Ahora aprendo otra vez

Como el asesino que siempre vuelve al lugar del crimen
o el tigre al sitio
de su penúltima hambre
ya vienes ahora aquí
para aprender otra vez

mientras compruebas
que todavía está abierto en esa extraña
(pero también fría) nieve de la sábana
el molde borroso de donde salió
(¿hace cuántas horas?)
(¿hace cuántos siglos?)
aquella mujer que se alzaba junto a ti
buscando el cielo con una insólita vocación de palma
y que ahora debe andar (oh *palma sola*) por el mundo
sobre una nieve que ya no es esta sábana
en un paisaje donde no hay
estoy casi seguro otra palma como ella

Ya se ha ido
y ya vienes
a ver con tus propias manos
el tamaño interminable y amoroso de este desorden
a escuchar con tus uñas
el ruido que aún hace su pelo contra la ventana
a sentir en las voces que todavía llenan este cuarto
aquel olor que hoy te ha perseguido
tantas horas por el mundo
a descubrir en medio de su luminosa penumbra
estos ojos que te miran todavía
desde aquí mismo
y que te han hecho aprender otra vez
que el asesino siempre regresa al lugar del crimen
y el tigre al sitio de su penúltima hambre

Ya has visto cómo están las cosas
*la almohada el teléfono la luz todavía está
encendida*
Has visto que la vida sigue dando

cataclismos y amores y fábulas
tan ciertas
como ese molde tibio donde hago descansar
mi cabeza de amoroso asesino
y siento nacer el sueño de mi próxima hambre

Elogio de la locura

Los locos esos amorosos personajes
conocieron siempre las bondades de la lluvia
en el asfalto la claridad en la botella
el brillo extraordinario de los ojos
los locos echaron a andar alguna vez el universo
se detuvieron raramente para observar los progresos
alcanzados
fueron amistosos y rebeldes como nadie
amaron a pesar a mansalva y a destiempo
fueron impresionantes enormes o mínimos los locos
fueron pacíficos pero libraron guerras y conflictos
parciales
liberando finalmente al hombre del hombre su
enemigo de siempre
los grandes locos conocieron los misterios de la
música
la pasión de los poetas comprendieron a los hombres
que manchaban lienzos hasta el alba
los locos a través de miles de milenios salieron
de las cuevas
habitaron las casas y ahora fabrican edificios y
vuelan en dirección a los astros a veces
los locos mueren impresionantemente ante los
fusiles enemigos
dando gritos que sin duda vivirán más que ellos
los locos estos —fabulosos—
que prenden fuego en los cuatro costados del planeta
los grandes locos buenos locos
estos amorosos personajes
conocimos las bondades de la lluvia.

Carta de lejos

Si no hubiera otro recuerdo del mundo para saber
de qué isla venimos
estaría el sonido invariable de tu corazón en la
noche de Addis Ababa
Aquí azuzado por la altura las emociones y el
clima
el intenso el sincopado corazón aletea en la
oscuridad de mi cuarto
y el aire que lo nutre silba en su camino hacia
mi pecho:
el mismo ruido que yo he escuchado en tus noches
de asma en La Habana
en tu respiración tierna y valiente en los instantes
del amor

Así ya has visto
cómo hasta el aire mismo del mundo nos alienta
y nos reúne entre ruidos que son sueños de otra parte
conversaciones del amor que ahora hace tanta falta

Así ya has visto
cómo en la noche de Addis Ababa
respiras débilmente conmigo en este cuarto
conipartiendo el aire los ruidos la distancia



Calles de La Habana

NANCY MOREJÓN

La Habana, 1944 

Mutismos (1962); *Amor, ciudad atribuida* (1964); *Richard trajo su flauta y otros argumentos* (1967); *Parajes de una época* (1979); *Octubre imprescindible* (1982); *Cuaderno de Granada* (1984); *Piedra pulida* (Premio de la Crítica, 1986); *Paisaje célebre* (Caracas, 1993. Premio Internacional de Poesía Pérez Bonalde, Venezuela); *El río de Martín Pérez y otros poemas* (1996).

A un muchacho

Entre la espuma y la marea
se levanta su espalda
cuando la tarde ya
iba cayendo sola.

Tuve sus ojos negros, como hierbas,
entre las conchas brunas del Pacífico.

Tuve sus labios finos
como una sal hervida en las arenas.

Tuve, en fin, su barbilla de incienso
bajo el sol.

Un muchacho del mundo sobre mí
y los cantares de la Biblia
modelaron sus piernas, sus tobillos
y las uvas del sexo
y los himnos pluviales que nacen de su boca
envolviéndonos sí como a dos nautas
enlazados al velamen incierto del amor.

Entre sus brazos, vivo.
Entre sus brazos duros quise morir
como un ave mojada.

El río de Martín Pérez

Casi a punto de perder un idioma,
miro el río de Martín Pérez,
minúscula corriente
ante la cual quiero postrarme
para alcanzar aires estables,
llegados del océano;
pero transcurren rastras y más rastras

y hay ciclos y panelitos y autobuses
bordados con un fango que forma un encaje republicano
y una guagua con cintas de colores
como las chimeneas de Luyanó aullando
contra las nubes vampiras del
Paso Superior. Río Martín Pérez,
vuelvo a mirarte
para rescatar tus aguas pocas
de un pasado en que sólo eras eso:
agua que viene y va.

Pasan los yerberos
con sombreros de picos,
s sombreros esmirriados por las luces del sol,
s sombreros de yarey sin raíces.
Pasan los ñáñigos con sus sacos gigantes
cargados de bleo y verdolaga,
palo vencedor,
hierbamora y muralla.
La estrella de la tarde
cae sobre sus cuerpos negros
como la noche que se avecina.

A punto de enloquecer junto a ti
estoy oliendo un fuego pordiosero
plantado en el corazón de la manigua,
como una irreverencia inoportuna
en medio de tanta claridad
y tanta agua pequeña
abarcándolo todo sin devolvernos nada,
arrastrando en su curso
frágiles granos de maíz,
cabezas huecas de carneros,
plumas de pavorreal,
ojos de gallo viudo
y brebajes del cielo.

Río Martín Pérez que no apareces en las cartografías,
ni en ningún mapamundi;
río de mi pobreza líquida,

río de mi fortuna sólida
y de mi lengua cortada en dos;
río de mi familia sudorosa
y diezmada,
río de nuestras hambres
y de nuestra intranquilidad.
Río Martín Pérez, déjame cruzar.
Déjame llegar a Vertemati,
al palacio yoruba que apenas tiene techo
ni paredes. Sólo helechos transpirando en la humedad
de las alturas.
Allí necesito la risa de todos sus negros
y todas sus negras,
las heridas de Antonio Maceo,
la flor punzó de Toussaint Louverture
en el castillo de Joux
y todo el parasol de Juan Gualberto Gómez.
Yo necesito tu otra orilla
en donde están seguramente todos mis sueños entamados;
río de mis dolores y mis penas,
río pequeñito como las historias de güijes
que caben en mi dedo meñique.
Río de aguas ningunas
que no estás en ningún grabado de Durnford
pero que te miran ciertos astros y todos los planetas.

Una guinea va alzando vuelo sobre un claro.



Antigua calle del Obispo

LUIS ROGELIO NOGUERAS

La Habana, 1945  La Habana, 1985

Cabeza de zanahoria (Premio David de Poesía, 1967); *Las quince mil vidas del caminante* (1977); *Imitación de la vida* (Premio Casa de las Américas, 1981); *El último caso del inspector* (1984); *Nada del otro mundo* (Autoantología, 1988); *Las palabras vuelven* (Poemas inéditos. Póstumo. 1994).

Epater le bourgeois

...que echan cintas por la boca de diferentes colores

El anciano caballero surrealista
leyó aquellos ripios odiosos
escritos por un joven snob de veintitantos
No eran medidos versos automáticos
a la vieja usanza académica
sino insolentes «endecasílabos»
(así les llamaba el bárbaro)
dedicados ¡a una mujer!
a la cual se comparaba
de modo artificioso incomprensible ofensivo
con una flor
Nada quedaba allí
del sereno clasicismo de Arteaud
Contra toda preceptiva
había desaparecido
los aeroplanos borrachos de espinas
los leopardos devorados por relámpagos de
cemento
y sólo quedaban extrañas frases
para epatar al burgués tales como
«piel blanca como la nieve»
«besos de fuego»
Abrumado por la época
el anciano caballero surrealista
bajó la cabeza
y murmuró tristemente
«Este es el fin de la poesía»

Defensa de la metáfora

El revés de la muerte (no la vida)
el que clama por agua (no el sediento)
el sustento vital (no el alimento)
la huella del puñal (nunca la herida)
Muchacha antidesnuda (no vestida)
el pórtico del beso (no el aliento)
el que llega después (jamás el lento)
la vuelta del adiós (no la partida)
La ausencia del recuerdo (no el olvido)
lo que puede ocurrir (jamás la suerte)
La sombra del silencio (nunca el ruido)
Donde acaba el más débil (no el más fuerte)
el que sueña que sueña (no el dormido)
el revés de la vida (no la muerte)

Poe Mae West Perdiz Men Talk

Este es un poema experimental
(el segundo verso no existe)
y aquí en el tercero hay un espejo
para que se mire Mae West desnuda en el cuarto
Este es un poema hijo de mala musa puaf y que
hablen
los hombres
lúgubre que ya quisiera Poe
un poema de conceptos tan cursis
que junto a ellos Vargas Vila es Kant
Este poema debería ser escrito con mala
ortografía
vevido con kafé y luego olvidado
Este es un poema carcomido de envidia por
Neruda
un poema sin título ni editor ni ganas

y encima el pobre con un final bastante confucio
bah
la última estrofa mordida por una enorme errata
de
cloaca zen
el último verso bobónico sin siquiera la perdiz
que el título anunció

Ama al cisne salvaje

ama tus ojos que pueden ver
tu mente que puede oír
la música, el trueno de las alas,
ama al cisne salvaje.

ROBINSON JEFFERS

No intentes posar tus manos sobre su inocente
cuello (hasta la más suave caricia le parecería el
brutal manejo del verdugo).
No intentes susurrarle tu amor o tus penas
(tu voz lo asustaría como un trueno en mitad de
la noche).
No remuevas el agua de la laguna no respires.
Para ser tuyo tendría que morir.

Confórmate con su salvaje lejanía
con su ajena belleza
(si vuelve la cabeza escóndete entre la hierba).
No rompas el hechizo de esta tarde de verano.
Trágate tu amor imposible.
Ámalo libre.
Ama el modo en que ignora que tu existes.
Ama al cisne salvaje.



Palacio Presidencial

MAGALI ALABAU

Cienfuegos, 1945 

Electra, Clitemnestra (Chile, 1886); *La extremaunción diaria* (Barcelona, 1986); *Ras* (New York, 1987); *Hermana* (Madrid, 1989; Premio de Poesía del Instituto de Escritores Latinoamericanos, Nueva York, 1991); *Hemos llegado a Ilión* (Madrid, 1992); *Hermana/Sister* (Edición bilingüe, Madrid, 1992); *Liebe* (Edición bilingüe, Miami, 1993).

Aquí

Aquí
las sábanas y colchas son trincheras.
Si fuera Aladino
caería en la playa caliente de mi infancia. Te visitaría.
¿Te pintas el pelo todavía?
En el armario estarán las cartas de tu amante, mis
fotografías de niña opaca,
postales de escuelas, recuerdos que se sientan
conmigo en los subways.
Quiero respirar La Habana, recuperar el misterio
de mi vida.
Ver los faroles y el oleaje del malecón picando el muro.
El frío me tulle.
En esta ciudad no se oyen campanas,
no huelen los dulces, ni el pan es caliente.
Quisiera tomar guarapo, mirar las palmas, oír
el pregón de los mangos.
Me congeló en la mugre de los sacos de nylon entre
los ruidos y el olor desinfecto.
Quisiera gastar las calles del Prado,
visitar los hoteles —las guaridas de noche—
tocar el mármol de los parques.
Meter las manos en los charcos de agua,
mojarme en la llovizna, empaparme.
Comer al mediodía el arcoiris y los papalotes.
Ver lavar en las bateas, correr después de
tomar ron,
visitar a mis amigos, contarles
decirles que mi lengua no habla este idioma
trabada la ilusión extraña las palabras
las palabras las palabras
no es lo mismo decir window que ventana
no es lo mismo decir house que casa.

Los juguetes de mi hermana

eran un enano y la isla rota.
En la isla deshabitada se movía el sordo. mudo
episodio.
Sus ojos no podían fundirse con la línea del horizonte
ni extender los brazos y recibir amor.
Amor daba,
pero no podía mirar las rutas
donde el enano andaba.
Hermana, frío y temor me acongojan.
Veo tu enfermedad afuera con formas,
esquemas, ruedas, presentándose
alimaña.
Aterida registro el interior
rapado, comiendo el primer hueco
que rastrillo.
La isla es cercenada desde el centro.
En el esternón entran los reptiles más voráceos.
No puedes extender los brazos
porque los tienes registrando dentro
de mi espina dorsal.
Trato de dormirte con historietas.
Como humo te llegan,
como humo les huyes.
Trato de iluminarte con oraciones
nocturnales.
Proscritas del mundo de afuera
el mosquitero nos protege y aunque el aire se agote
y nos sofoquemos, te cantaré tu canción.
Fuera del mosquitero está el sol,
la canción dice.
Fuera del mosquitero está el sol
y el jardín prohibido.
Dentro los monstruos grandes feos
que la noche y el espacio pequeño precipitan.
Fuera no nos pertenece. Lo que vemos
al extender los brazos y suspirar, escapa.
Dentro estamos tú y yo. Podemos tocarnos.
Podemos dormir. Mirar los insectos que atacan.

Palpamos la noche pequeña de un mosquitero endeble.
Fuera el sol escapa,
por más que cantemos, escapa.
Hermana, conformémonos esta noche.
Imaginemos un barco en este espacio, el mar,
una isla completa.



Antigua Lonja de Comercio

AMANDO FERNÁNDEZ

La Habana, 1949  Estados Unidos, 1994

Herir el tiempo (1986); *El ruiseñor y la espada* (1988); *Materia y forma* (1990); *Los siete círculos* (1990); *Museo natural* (1993); *Lingua franca* (1993), *El minotauro* (1993); *El riesgo calculado* (1994); *Ciudad, isla invisible* (1994).

El fuego

Un resplandor entra a través de la ventana.
Es un fuego.
Las casas a tu alrededor arden.

Escuchas unos gritos que se acercan.
Sales a la puerta de tu casa
para observar.

Un hombre trae a un niño en sus brazos.
Lo deja frente a ti y se va.
Otro hombre surge de un edificio en llamas.
Da unos pasos confusos y cae.

Una mujer cruza.
Cubre sus ojos con una mano.
No quiere ver.
Dices su nombre, pero no te contesta.

El fuego llega hasta unos árboles cercanos.
Los consume.
El viento sopla y hace remolinos.
Arrastra las cenizas.

Unos hombres se aproximan.
Van vestidos con ropas de colores muy vivos.
Cogen el cuerpo del niño
y entran en tu casa.
Allí lo ponen sobre una mesa.
Lo cortan en pedazos.

Uno de los hombres se vuelve a ti.
Te ofrece un trozo sangrante del niño y te dice:
«Come; es su carne».
Sin dudarlo, comes.

El sabor en la boca es muy dulce.
Después, al tragar,
se vuelve amarga en las entrañas;

y te quema.

Afuera estalla el fuego. Se oye furioso.
Llega hasta tu casa y la envuelve.

Tú, piensas en la isla.

La estatua

Estás solo en la casa.

Hace tiempo que estás sentado en esa silla
en un rincón oscuro del cuarto,
y te resistes a moverte.

Estás sentado y rígido.
Sientes la tensión que crece en tus caderas,
en los músculos del cuello, en la espalda.

Respiras. Te mantienes
en esa misma posición —¿desde cuándo?—
y no es posible cambiarla.

Sabes que algo en ti depende
de esa persistencia,
de un sometimiento extraño
a una única postura,
a una asumida decisión.

Estás solo en la casa.
Y estás sentado rígido. Respiras.

No te mueves. Sabes que si te mueves
caerás roto en pedazos —mil pedazos—
como una estatua de yeso.

El capitán

Estás perdido en una gran ciudad.
Caminas hacia el centro.
Y no sabes por qué.

Llegas a una calle cerrada.
Buscas una salida pero no la hay.

Vuelves sobre tus pasos. Sales de la calle
a una avenida silenciosa
que da a una bahía y a un puerto.
Tienes la sensación de haber estado ahí
pero no sabes cuándo.

Alrededor hay montañas cubiertas de nieve.
El aire frío.

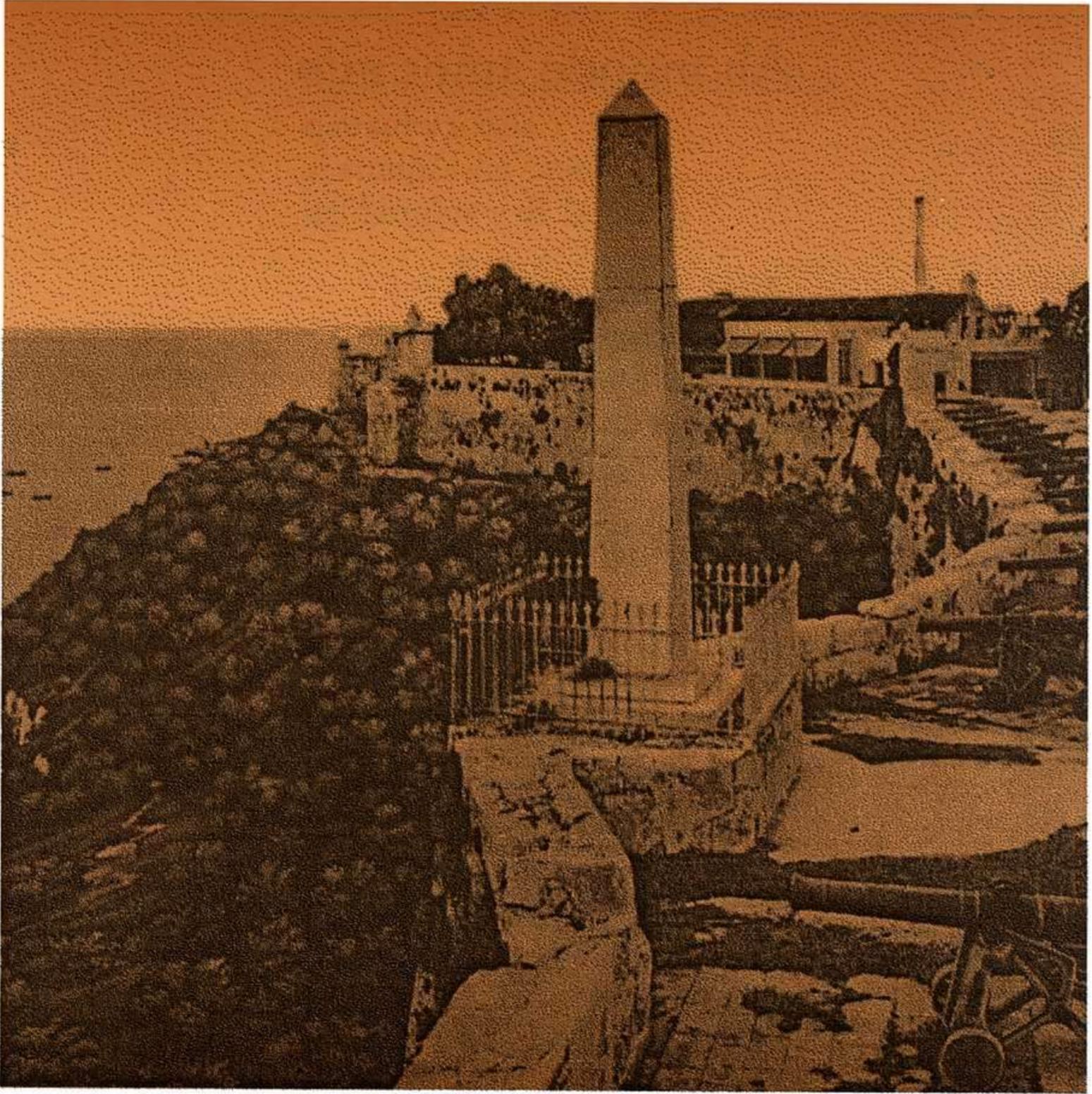
Bajas hacia los muelles.
Sólo ves algunos barcos viejos, de carga.
En uno de ellos hay un hombre
que te saluda agitando la mano.

Te acercas a la escalerilla.
Desde allí preguntas
si te permite subir. Parece el capitán.

Con un gesto te indica que subas.
Tú lo haces.
Al llegar a bordo te abraza.

El viento se levanta fuerte.
Vas vestido con ropa muy ligera.
Pero no sientes frío.

El capitán señala al interior del barco.
Antes de entrar se vuelve a ti;
con emoción —ahora sabes quién es— te dice:
«Entra. Zarpamos mañana, muy temprano.»



Obelisco de La Cabaña

ALEX PAUSIDES

Pilón de Manzanillo, 1950 

Aquí campeo a lo idílico (1978); Ah mundo amor mío (1979); Malo de magia (1990); Palabras a la innombrable, (1992); Cuaderno del artista adolescente (1993); La casa del hombre (1996); Habitante del viento (1996).

Ah mundo amor mío

1

Aquí choco mi voz
contra las ráfagas
lanzo mis manos
contra el dolor del hombre
y lo alzo en su fragor
lo duelo
lo hago mío
después
después lo entierro
y no ha nacido

2

Al destajo olvido el verso
me abro puertas
ventanas
crujo
voy al limpio
voz
menudo vendaval
gajito fresco.
Ah mundo, amor mío
y qué ofrecerte en tan pequeña bandeja
en tan cortísimo racimo de palabras
qué
si sólo tengo contra ti
y afilados como un labio
mi odio
mi rabia
mi amoroso durísimo candor.
Si sólo hablo y hablo
como una décima
en cada peldaño de mi corazón
pájaro suave

finísima brisa untada en tormentas
que sube y baja
al compás del canto
del hombre y de la tierra.

Palabra

la palabra palabrea a letra limpia
entro un beso en su labio bélico
baja la voz se agacha cubre su desnudez
suda su diptongo
la palabra hembra dable penetrable
hundo mi puño en sus vocales débiles
la rajo la bloqueo la hago mía
y le arranco el sexo a manotazos
a poesía
a palabrota
hasta que sangra de magia
la palabra esa muchacha

Punto Final
José María Amado



Samuel Feijóo

LA ISLA INVITADA

En una de las últimas cartas de José Lezama Lima a María Zambrano pocos meses antes de su muerte en La Habana en Agosto de 1976, el gran escritor cubano le decía a la pensadora malagueña: «y usted estaba y penetraba en la Cuba secreta, que existirá mientras vivamos y luego reaparecerá en formas impalpables tal vez, pero duras y resistentes como la arena mojada.»

Como esa arena mojada es este LITORAL que llega ahora a vuestras manos.

Desde esa *Cuba secreta* Aitana Alberti acepta nuestro ofrecimiento de preparar un número dedicado a la poesía cubana, un LITORAL que trajera las voces de aquellos poetas nacidos a finales de siglo hasta 1950 y supusiera un encuentro con aquella cultura de tan estrecha relación con nuestra vida.

Federico Mayor Zaragoza desde la Unesco nos anima a continuar ese puente de colaboración que se inició hace muchos años con coediciones dedicadas a la poesía árabe, a los escritos de Nehru, a la poesía iberoamericana, coincidiendo con la exposición Universal de Sevilla, a la poesía ucraniana, italiana, sueca y más recientemente la reedición de *Por debajo del sueño*, antología poética de José Bergamín.

Un puente hacia Cuba por el que cruzara Nicolás Guillén con Emilio Ballagas y Dulce María Loynaz, que estuviera Florit, Lezama Lima, Cintio Vitier, Severo Sarduy y también todos aquellos poetas menos conocidos para el lector español.

Una Cuba que nos recuerda tantos dichos, como el *de La Habana ha venido un barco cargado de...* esta vez con la palabra lejana, tan cercana cuando nos acordamos de Manuel Altolaguirre y del último poema de *Las islas invitadas* (1944), titulado «No Olvides» y que dice así:

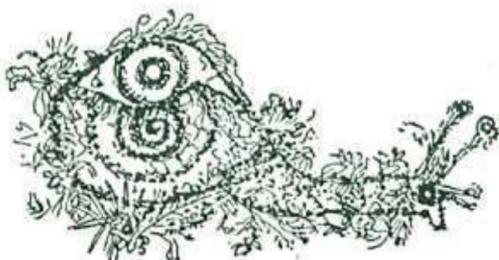
*Recuerda todas las fechas.
Recuerda todos las cosas.
Limita con blancas nubes
el jardín de tu memoria.
Muérete debajo de ella,
bajo su sombra.*

Tan cercana cuando el recuerdo nos trae esas lecciones de María Zambrano dadas en La Habana en 1945 y que publicamos en su número de la mano de Cintio Vitier.

Un barco cargado de recuerdos, con la memoria de tantos intelectuales españoles que de Litoral a Litoral nos trajeron con su obra la *arena mojada* de la isla.

Un barco con el compromiso del retorno. Traer a los que se quedaron como María Villar Buceta, Serafina Núñez, Lourdes Casal, Juana Pita Rosa, Roberto Valero, José Pérez Olivares y Reina María Rodríguez.

También las nuevas promociones nos esperan. Un segundo encuentro merecería incluir la obra de Emilio de Armas, Raúl Hernández Novas, Reinaldo Montero o Marilyn Bobes o aquellos autores nacidos a mediados de los cincuenta, los hijos de la Cuba revolucionaria como Ramón Fernández Larrea, León de la Hoz, Roberto Méndez, Ángel Escobar, Víctor Fowles, Teresa Merlo, Sigfredo Ariel, Emilio García Montiel, Nelson Simón o Zoe Valdés y también a esos jovencísimos poetas que como Norge Espinosa no necesitan *la gloria de sus mártires*.

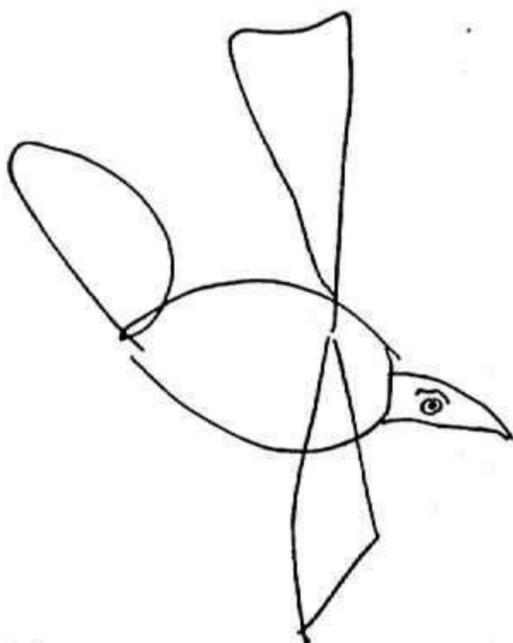


Samuel Feijóo

Este número además coincide con el treinta aniversario de la muerte del Che Guevara, una figura que con su enfrentamiento hace triunfar un proceso revolucionario. Héroe de una generación perdida, el Che es también poeta para incluir en cualquier antología.

Mi especial agradecimiento a Aitana Alberti que desde La Habana ha hecho posible este número de LITORAL; a Federico Mayor Zaragoza; a Salvador Bueno, Director de la Academia Cubana de la Lengua, por su introducción; a Felipe Orlando, tan vinculado con Cuba, por sus viñetas y su caligrafía de LITORAL; a Fernando Ainsa, por su coordinación desde la Unesco; y, particularmente, a todos los poetas cubanos por entregarnos ese sentir que aparece y reaparece en una Cuba aislada ahora más que nunca en su secreto y necesitada de papel para escribir su propia historia.

ÍNDICE

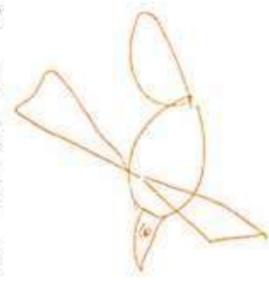
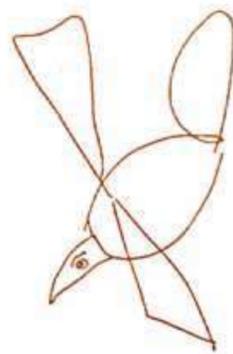
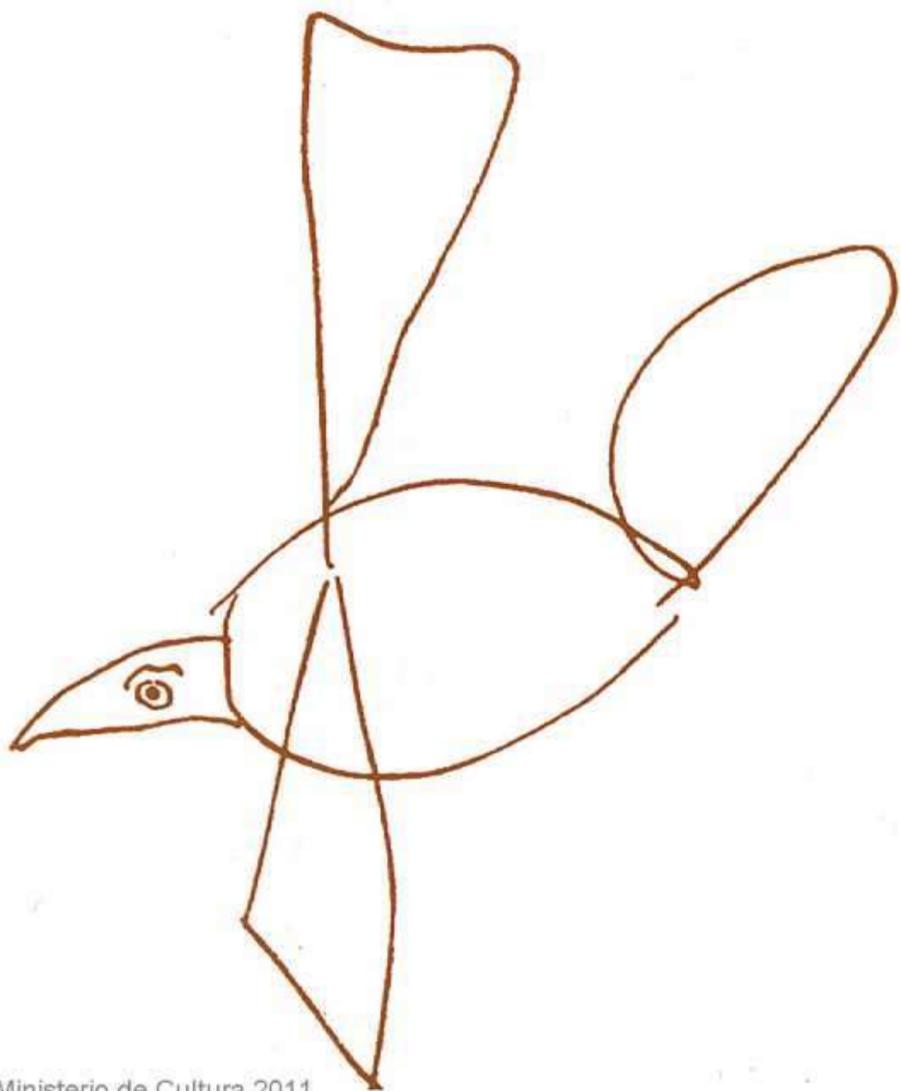


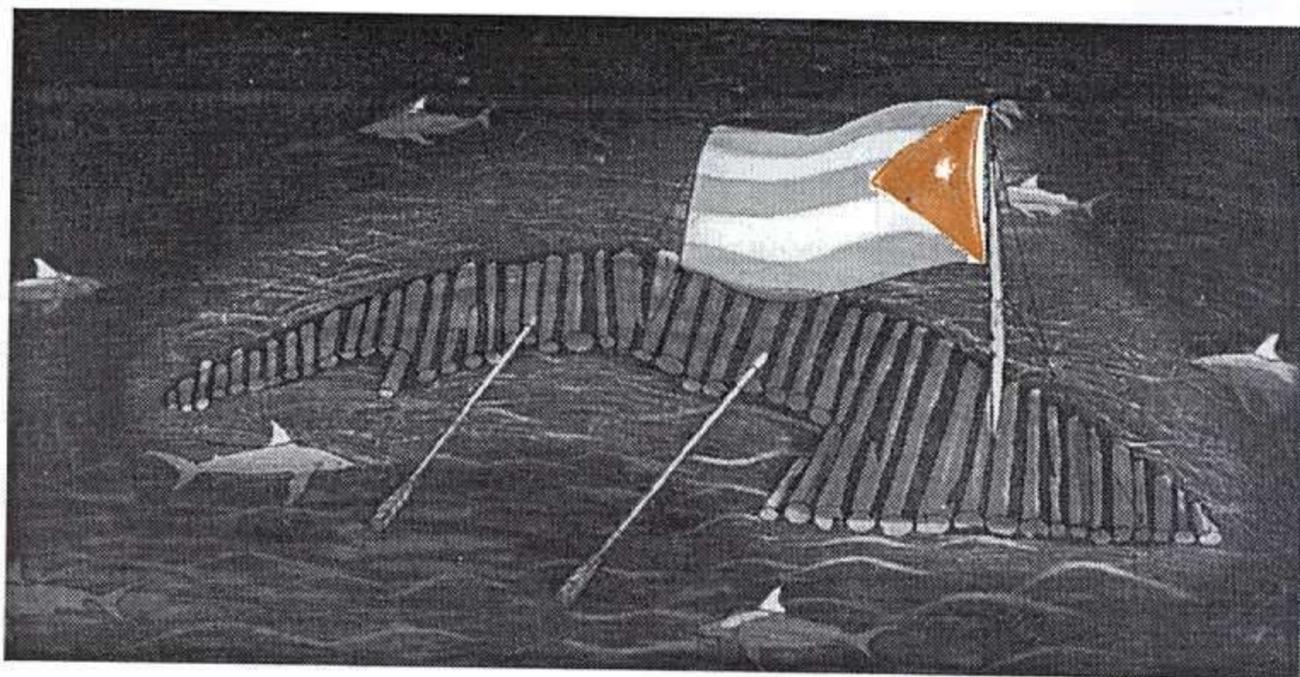
Apuntes sobre la poesía en la Cuba del siglo XX, por Salvador Bueno 8

Con el mismo fuego

Regino E. Boti	19
Agustín Acosta	23
José Manuel Poveda	27
Mariano Brull	31
José Zacarías Tallet	35
Manuel Navarro Luna	39
Regino Pedroso	43
Rubén Martínez Villena	47
Nicolás Guillén	51
Dulce María Loynaz	57
Eugenio Florit	61
Emilio Ballagas	65
Félix Pita Rodríguez	69
José Lezama Lima	73
Ángel Augier	79
Virgilio Piñera	83
Mirta Aguirre	87
Samuel Feijóo	91
Ángel Gaztelu	95
Gastón Baquero	99
Eliseo Diego	105

Cintio Vitier	109
Jesús Orta Ruiz	113
Fina García Marruz	117
Carilda Oliver Labra	121
Rolando Escardó	125
Rafaela Chacón Nardi	129
Francisco Oraá	133
Fayad Jamís	137
Roberto Fernández Retamar	141
Pablo Armando Fernández	147
Heberto Padilla	151
César López	155
Manuel Díaz Martínez	159
Luis Suardíaz	163
Severo Sarduy	167
José Kozer	171
Miguel Barnet	175
David Chericían	179
Guillermo Rodríguez Rivera	183
Waldo Leiva	189
Víctor Casás	193
Nancy Morejón	197
Magali Alabau	201
Amando Fernández	205
Luis Rogelio Noguerras	209
Álex Pausides	213
<i>Punto final</i> , José María Amado	217





Sandra Ramos Lorenzo. *La Balsa*, 1994

Esta edición de
POESÍA CUBANA

se terminó de imprimir el día XV de XI de MCMXCVII, festividad de san Alberto Magno, en los talleres de Gráficas San Pancracio, de Málaga, compuesto en caracteres Garamond por Samuel Gómez Navarro bajo la orientación de José María Amado y Lorenzo Saval.

Colaboraron en la realización de este libro Aitana Alberti, Fernando Ainsa, Salvador Bueno, Miguel Gómez Peña, Felipe Orlando, Paco Saval, José Antonio Mesa Toré, Alfredo Taján, María José Amado, Carmen Saval Prados y María Victoria Balmaseda

Portada
Lorenzo Saval
El discurso. Collage, 1997.



N Ú M E R O S P U B L I C A D O S

Primer año literario (1968)

- π 1. La Generación del 27 (Homenaje)
- π 2. Dedicado a Europa
- π 3. Desde Andalucía a **Rafael Alberti**
- π 4. La Fiesta de los Toros
- π 5. Dedicado a la Navidad
- π 6. A **Pablo Picasso**
- π 7. Los muros toman la palabras (Mayo, 68)
- π 8-9. Llanto de Granada por **Federico García Lorca**
- π 10. La poesía de la Generación del 70
- π 11. Poetas andaluces del 50
- π 12. Homenaje a **Antonio Machado**

Segundo año literario (1969-1971)

- π 13-14. Homenaje a **Emilio Prados** y **Manuel Altolaguirre**
- π 15-16. Nueva Generación (Antología)
- π 17-18. Homenaje al escultor **Alberto Sánchez**
- π 19-20. Homenaje a **Carlos Edmundo de Ory**
- π 21-22. Ronda y un Torero
- π 23-24. A los 90 años de **Pablo Picasso**

Tercer año literario (1971-1973)

- π 25-26. LITORAL 1926 (1ª Entrega: n.ºs 1, 2 y 3)
- π 27-28. LITORAL 1926 (2ª Entrega: n.ºs 4, 5, 6 y 7)
- π 29-30. LITORAL 1926 (3ª Entrega: n.ºs 8 y 9)
- π 31-32. LITORAL MÉXICO 1944 (N.ºs 1 y 2)
- π 33-34. LITORAL MÉXICO 1944 (N.º 3)
- π 35-36. De Cádiz a Granada (Homenaje a **Manuel de Falla**)

Cuarto año literario (1973-1974)

- ☞ 37-40. *La Claridad desierta*, de **José Bergamín**
- ☞ 41-42. Tres poetas andaluces
Suplemento: Chile y la muerte de **Pablo Neruda**
- ☞ 43-44. *Roma, peligro de caminantes*, de **Rafael Alberti**
- ☞ 45-46. Los Andaluces Cuentan (Narrativa).
- ☞ 47-48. *Ilustración y defensa del toreo*, de **José Bergamín**

Quinto año literario (1975-1976)

- π 49-50. 50 Números de LITORAL. Orígenes de la Vanguardia Española
- ☞ 51-52. *En breve*, de **Dionisio Ridruejo**
- ☞ 53-58. Portugal. La revolución de los claveles
- ☞ 59-60. Los poetas del exilio

Sexto año literario (1976-1977)

- ☞ 61-63. Poesía en la cárcel
- ☞ 64-66. **Mao Tse-Tung**
- ☞ 67-69. Homenaje a **León Felipe**
- ☞ 70-72. *Cuadernos de Rute*, de **Rafael Alberti**

Séptimo año literario (1978-1979)

- π 73-75. Vida y muerte de **Miguel Hernández**
- ☞ 76-78. Perfil de **César Vallejo**
- π 79-81. A **Luis Cernuda**
- ☞ 82-84. Poesía americana contemporánea

Octavo año literario (1979-1980)

- ☞ 85-87. *Moheda*, de **Rafael Guillén**
- ☞ 88-90. *El hacedor de calendarios*, de **Lorenzo Saval**
- ☞ 91-93. *Señales*, de **Juan Rejano**
- ☞ 94-96. Cuatro Suplementos LITORAL. 1ª época

Noveno año literario (1980-1981)

- π 97-99. **Fernando Villalón**. Dos Suplementos. 1ª época
- ☞ 100-102. **Emilio Prados**
- ☞ 103-105. **Vicente Aleixandre**
- ☞ 106-108. Poesía sueca contemporánea

Décimo año literario (1982)

- ☞ 109-111. Correspondencia **Alberti-Bergamín**
- ☞ 112-114. **Antonio L. Bouza**
- ☞ 115-117. **Pedro Garfias**
- π 118-120. Antología de la Joven Poesía Andaluza

Undécimo año literario (1983)

- ☞ 121-123. **María Zambrano**. Tomo I
- ☞ 124-126. **María Zambrano**. Tomo II
- ☞ 127-129. Poesía sueca contemporánea (2ª entrega)
- ☞ 130-132. **Cernuda-Alberti**. Dos Suplementos (1ª época)

Duodécimo año literario (1983-1984)

- ☞ 133-135. **José María Hinojosa**. Tomo I
- ☞ 136-138. **José María Hinojosa**. Tomo II
- π 139-141. Poesía árabe-andaluza
- ☞ 142-144. **José Bergamín**. Antología periodística, I

Décimotercer año literario (1984-1985)

- ☞ 145-147. **José Bergamín**. Antología periodística, II
- ☞ 148-150. **José Bergamín**. Antología periodística, III
- π 151-153. Poesía erótica, I
- π 154-156. Poesía erótica, II

Decimocuarto año literario (1985-1986)

- π 157-159. Poesía árabe actual
♣ 160-162. **Gerald Brenan**
π 163-165. **Jaime Gil de Biedma**
♣ 166-168. **Jaime Siles**

Decimoquinto año literario (1986-1987)

- ♣ 169-170. Literatura escrita por mujeres
♣ 171. *El Guadalupe*. Homenaje a **Ángel Caffarena**
♣ 172(-173). **Francisco Giner de los Ríos**

Decimosexto año literario (1987)

- (172-)173. **Francisco Giner de los Ríos**
∞ 174-176. Surrealismo. El ojo Soluble

Decimoséptimo año literario (1988)

- ♣ 177. Poesía árabe clásica oriental
∞ 178-180. Veinte años de LITORAL

Decimoctavo año literario (1989)

- ≈ 181-182. **Manuel Altolaguirre**
∞ 183-184. Poesía del Rock

Decimonoveno año literario (1990)

- (183-)185. Poesía del Rock
≈ 186-187. **Emilio Prados**. La ausencia luminosa
♣ 188. **Luis Antonio de Villena**

Vigésimo año literario (1991)

- † 189-190. Navegaciones. **Pablo Neruda**
† 191-192. **Nerhu**. Escritos

Vigésimoprimer año literario (1992)

- † 193-194. Poesía norteamericana contemporánea
† 195-196. Memoria de América en la poesía

Vigésimosegundo año literario (1993)

- * 197-198. Poesía ucraniana contemporánea
* 199-200. Poesía catalana actual

Vigésimotercer año literario (1994)

- * 201-202. Poesía italiana contemporánea
* 203-204. **Carlos Arniches**. El Alma Popular

Vigésimocuarto año literario (1995)

- * 205-206. Poesía vasca contemporánea
* 207-208. **Dionisio Ridruejo**. *Dentro del tiempo*

Vigésimoquinto año literario (1996)

- * 209-210. Poesía gallega contemporánea
* 211-212. Eros picassiano

Vigésimosexto año literario (1997)

- * 213-214. **María Victoria Atencia**. El vuelo
‡ 215-216. Poesía cubana

π	Agotado
♣	2.500,— Ptas.
≈	3.000,— Ptas.
†	3.500,— Ptas.
*	3.700,— Ptas.
‡	3.850,— Ptas.
∞	4.000,— Ptas.

Dirige

José María Amado & Lorenzo Saval

Edita

Revista Litoral, S. A.

Redacción y administración

Carmen Saval Prados & María José Amado
Urb. La Roca, 107C. 29620 Torremolinos. Málaga.
Tel. (95) 238 42 00 fax 238 07 58

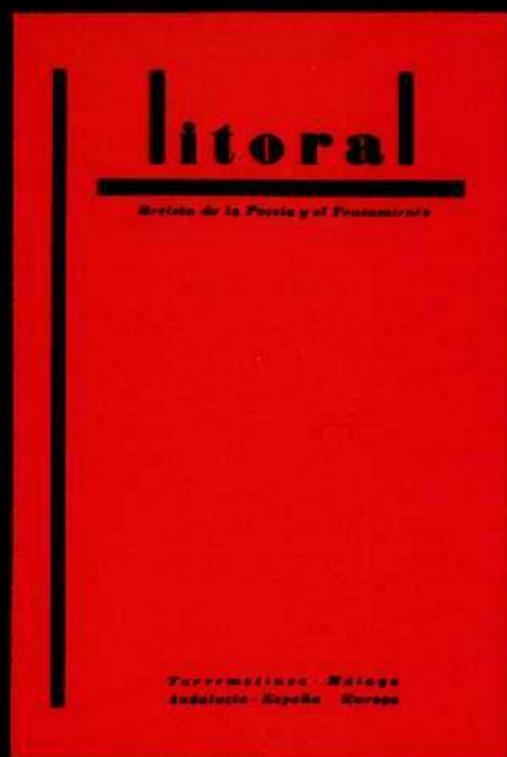
Maquetación y diseño

Lorenzo Saval & Miguel Gómez Peña

Distribución

LES PUNXES. Sardenya, 75-81. 08018 Barcelona
Tel (93) 485 63 80. fax (93) 300 90 91

DISTRIFORMA, S. A. Abtao, 25. 28007 Madrid
Tel (91) 501 47 49. Fax (91) 501 48 99



litoral nació en Málaga en Noviembre de 1926. Fundada por dos poetas malagueños —Emilio Prados y Manuel Altolaguirre— fue uno de los principales exponentes del quehacer vanguardista en los inicios de la llamada generación del 27. En sus páginas publicaron sus primeros poemas Federico García Lorca, Rafael Alberti, José Bergamín, Luis Cernuda, Jorge Guillén, Juan Larrea, José Moreno Villa, Gerardo Diego, Vicente Aleixandre, José María Hinojosa, Dámaso Alonso, Ramón Gómez de la Serna, Pedro Garfias...

Con ellos, músicos como Manuel de Falla y Rodolfo Halffter y los pintores: Picasso, Juan Gris, Joan Miró, Manuel Angeles Ortiz, Benjamín Palencia, Joaquín Peinado, Salvador Dalí, Francisco Bores etc.

LITORAL, volvió a publicarse en la primavera de 1968 dedicando sus números a difundir la obra de sus creadores, reproduciendo sus ya históricos números iniciales y los de la etapa de México —con Juan Rejano, Francisco Giner de los Ríos, Moreno Villa—, cuando la revista reapareció en el exilio. Siguió su ruta incorporando a sus páginas otras voces de prestigio, así como a los nuevos poetas y pintores de la España de ahora; pero sin olvidar nunca la huella ejemplar, alentadora y libre de sus fundadores.

LITORAL ha publicado además —a lo largo de quince años— números monográficos de valor perdurable: a Rafael Alberti, a García Lorca, al escultor Alberto, a Picasso, a Manuel de Falla, a José Bergamín, a la Joven Poesía Andaluza, a Vicente Aleixandre, a María Zambrano, la Poesía Erótica, la Poesía Árabe-Andaluza y Actual, a Gerald Brenan etc. Y otras entregas extraordinarias entre ellas la publicación, por primera vez en España del libro de Alberti "Roma peligro para caminantes", "En breve" de Dionisio Ridruejo, "La claridad desierta" de J. Bergamín, así como recopilaciones temáticas dedicadas a la poesía española en el exilio.

Regino Boti
 Agustín Acosta
 José Manuel Poveda
 Mariano Brull
 José Zacarías Tallet
 Manuel Navarro Luna
 Regino Pedroso
 Rubén Martínez Villena
 Nicolás Guillén
 Dulce María Loynaz

Eugenio Florit
 Emilio Ballagas
 Félix Pita Rodríguez
 José Lezama Lima
 Ángel Augier
 Virgilio Piñera
 Mirta Aguirre
 Samuel Feijóo
 Ángel Gaztelu
 Gastón Baquero



Selección

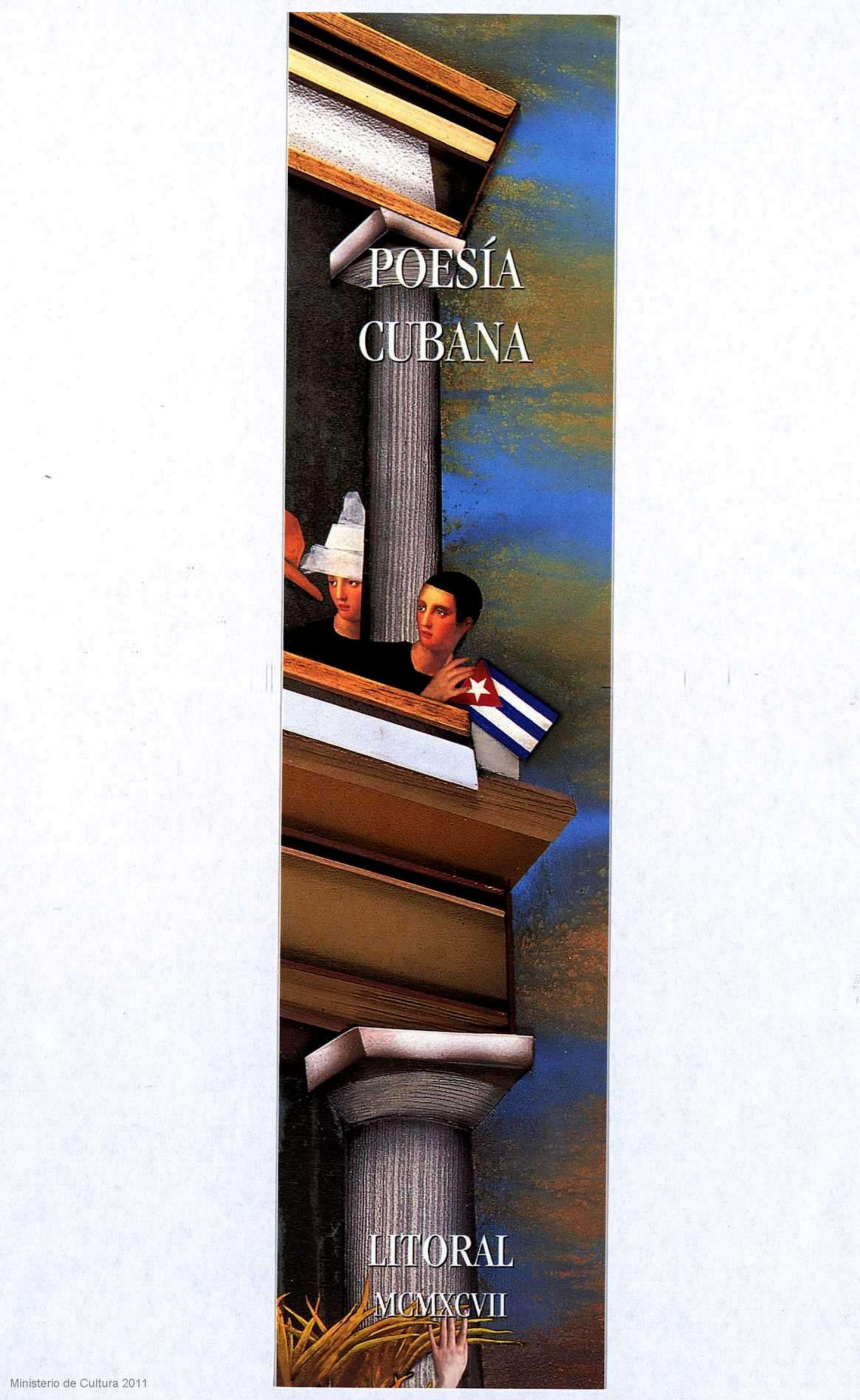
Aitana Alberti

Eliseo Diego
 Cintio Vitier
 Jesús Orta Ruiz
 Fina García Marruz
 Carilda Oliver Labra
 Rolando Escardó
 Rafaela Chacón Nardi
 Francisco Oraá
 Fayad Jamís
 R. Fernández Retamar
 Pablo A. Fernández
 Heberto Padilla
 César López
 Manuel Díaz Martínez

Luis Suardíaz
 Severo Sarduy
 José Kozer
 Miguel Barnet
 David Chericián
 G. Rodríguez Rivera
 Waldo Leiva
 Víctor Casás
 Nancy Morejón
 Magali Alabau
 Amando Fernández
 Luis R. Noguerras
 Alex Pausides

ISSN 0212-4378





POESÍA
CUBANA

LITORAL
MCMXCVII